

PENELOPE BLOOM

S

U



TERCIOPELO

PENELOPE BLOOM

S

U



TERCIOPELO

# Su banana

Penelope Bloom

Traducción de  
Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y María del Mar Rodríguez Barrena



TERCIOPELO

# SU BANANA

## Penelope Bloom

ÉL ES ADICTO AL POTASIO.

LA SERIE ERÓTICA DE LA QUE TODO EL MUNDO HABLA.

### ACERCA DE LA AUTORA

**Penelope Bloom**, la autora americana internacional con más de 350.000 ejemplares vendidos, por fin llega a nuestro país con su serie más erótica y divertida. *Su banana* es el primer volumen de la serie *Objetos de atracción*, al que le sigue *Su cereza*.

### ACERCA DE LA OBRA

«Lleno de risas y humor, te quedarás completamente cautivada por el romance entre Bruce y Natasha.»

«Natasha es torpe... y adorable. Bruce es muy estricto, pero excitante. La química entre ellos es increíble, tanto que saltan chispas.»

«¡Oh, adoro este libro! Es la combinación perfecta de humor y erotismo.»

«Una de esas raras historias que combinan humor y a la vez escenas de lo más sexy.»

«Unas escenas tan calientes que se te derretirán las bragas, se te arrugarán los dedos, harán que salga humo de la pantalla.»

«¡Dios! ¡Hacía mucho que no me reía así!»

«Ingeniosa y divertida. Me atrapó desde la primera página.»

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

1. Natasha
2. Bruce
3. Natasha
4. Bruce
5. Natasha
6. Bruce
7. Natasha
8. Bruce
9. Natasha
10. Bruce
11. Natasha
12. Bruce
13. Natasha
14. Bruce
15. Natasha
16. Bruce
17. Natasha
18. Bruce
19. Epílogo - Natasha
20. Epílogo - Bruce

Créditos

## Natasha

*H*ice un arte del llegar tarde. La torpeza más patética se convirtió en mi pincel y la ciudad de Nueva York, en mi lienzo. Como el día que no fui al trabajo porque pensé que había ganado la lotería y resultó que el número correspondía al sorteo de la semana anterior. Le mandé un mensaje de texto a mi jefe mientras iba a cobrar el premio. Le dije que nunca más tendría que asistir a una reunión de aquellas que podrían haberse solucionado con un mensaje de correo electrónico porque estaría en mi superyate, acompañada por unos cuantos tíos buenorros y morenos que me darían uvas para comer. Por desgracia, mi jefe imprimió el texto y lo enmarcó para colgarlo en la oficina, y lo único que comí aquella noche fueron palomitas de maíz rancias... que yo misma me llevé a la boca.

O como aquella vez que vi *Una pareja de tres* un día entre semana y me pasé la noche llorando hasta el punto de que al día siguiente no di pie con bola. También me había equivocado de tren en varias ocasiones, una vez me pasé media hora buscando las llaves del coche sin tener coche e, incluso, en una ocasión no pude ir a una cena con mi mejor amiga porque mi perro estaba de bajón.

Sí. No me enorgullecía admitirlo, pero era un poco un desastre con patas. Vale. Un poco no. Más bien un mucho. Era un imán para los desastres. Si había un botón que no se debería pulsar por ningún motivo, un jarrón de valor incalculable, un hombre delicado del corazón, seguramente yo fuera la última persona que debía acercarse a ellos. Pero oye... era una periodista que te cagas. Que fuera capaz de conservar mi empleo era la prueba que lo demostraba. Claro que los artículos que me encomendaban, lo peor de lo peor, me recordaban que estaba, y que siempre estaría, en el último lugar. Era

difícil colocarse en los primeros puestos cuando tenías por costumbre pegarte un tiro en el pie, por muy buenas que fueran tus historias.

—Despierta —dije al tiempo que le daba una patada en las costillas a mi hermano. Braeden gruñó y se dio media vuelta. Faltaba una semana para que cumpliera treinta años y seguía viviendo con mis padres. Su única condición era que los ayudara con las tareas domésticas. Por supuesto, no lo hacía, lo que significaba que de vez en cuando lo amenazaban con darle la patada. Así que se venía a mi diminuto apartamento durante un par de días, dormía en el suelo y luego se iba cuando las cosas se calmaban, dejándome tranquila una temporada.

Si yo era un desastre funcional, Braeden era mi equivalente disfuncional. Compartíamos la misma genética autodestructiva, pero él carecía de la perseverancia para enmendar sus errores. El resultado era un tío de veintinueve años cuyo pasatiempo preferido era jugar a Pokemon Go en el móvil y que, a veces, trabajaba de forma temporal como «funcionario de la limpieza», que no era otra cosa que trabajar recogiendo la basura por un sueldo mínimo.

—Ni siquiera ha salido el sol —se quejó.

—Sí, bueno, tus dos días de asilo han acabado, Braeden. Necesito que vayas a hacer las paces con mamá y papá para poder disfrutar de nuevo de mi soledad en esta caja de zapatos.

—Ya veremos. Ya que estoy en la ciudad quiero pillar un pokemon especial. Después ya veré lo que hago.

Me puse el abrigo y un zapato de cada clase, uno marrón oscuro y otro azul marino porque no tenía tiempo para buscar el par correspondiente, y enfilé el pasillo del apartamento de puntillas. Vivía enfrente de la casera y ella nunca perdía la oportunidad de recordarme el dinero que le debía.

Sí, pagaba el alquiler. Cuando podía. Los artículos de pena que me ofrecían no eran precisamente los mejores pagados de la revista, así que a veces tenía que elegir qué pagaba antes. Como, por ejemplo, la electricidad. Si me sentía muy aventurera, a veces hasta compraba comida. Mis padres no estaban forrados, pero eran maestros y ganaban lo bastante como para prestarme algo si mi situación era desesperada. Realmente no era tan orgullosa como para negarme a pedirles un préstamo, pero no quería que se preocuparan por mí, así que hice que Braeden jurara guardar el secreto del escaso contenido de mi

frigorífico y mi despensa. Pronto saldría del bache de todas formas, así que ¿para qué darle mayor importancia?

Vivir en Nueva York no era barato, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Si había alguna ciudad que entendiera mi caos particular, era esa. Me resultaba fácil fusionarme con la multitud que se ahogaba en las calles a todas las horas del día, sin importar que fuera un desastre o que llevara un zapato de cada color.

Disfrutaba del trayecto que tenía que hacer para ir al trabajo, aunque a veces fuera tan tarde que sabía que iban a echarme la bronca nada más llegar.

La oficina en la que trabajaba era minimalista, por decirlo finamente. Las mesas eran de aglomerado pintadas de gris, pero la pintura se estaba desconchando. Las paredes eran delgadas y se oía todo el ruido del tráfico del exterior. Muchos de los ordenadores eran todavía de los antiguos y voluminosos, con monitores de aquellos que pesaban como trece kilos y eran del tamaño de un niño rollizo. El periodismo impreso agonizaba entre estertores, y mi oficina lo dejaba bien claro. Los únicos que quedaban en el mundillo eran los tontos que no se paraban a disfrutar de la vida o los que disfrutaban demasiado haciéndolo. Me gustaba pensar que yo adolecía un poco de ambas cosas.

En cuanto llegué, Hank salió hecho una furia de su despacho del rincón, en el que tenía una mesa como las nuestras, salvo que la suya estaba arrinconada en ese trocito del enorme espacio que todos compartíamos. Era nuestro editor jefe, y la única persona con la que yo trataba directamente. También estaba el señor Weinstead, claro, pero él no se ensuciaba las manos. Lo suyo era asegurarse de que la revista tenía anunciantes y de que alguien pagara el alquiler de nuestro trocito de rascacielos al que llamábamos oficina.

Mi mejor amiga, Candace, agitaba los brazos y me miraba con los ojos como platos mientras Hank se acercaba a mí. Supuse que trataba de advertirme, pero no alcanzaba a entender qué quería que hiciera si Hank estaba a punto de endilgarme otro trño de reportaje.

Hank me miró de arriba abajo, como acostumbraba a hacer. Tenía unas cejas muy pobladas y anchas que se parecían muchísimo a su bigote, de manera que daba la impresión de tener una tercera ceja encima de la boca o tal vez dos bigotes encima de los ojos. Era incapaz de decidirme por una de ellas. Tenía canas en las sienes, pero aún demostraba la energía de un hombre joven.



—¿Hoy has llegado a tu hora? —masculló. Lo dijo casi como si fuera una acusación, como si intentara descubrir mi postura al respecto.

—¿Sí? —repliqué.

—Bien. A lo mejor no te despido todavía.

—Llevas amenazando con despedirme desde que empecé a trabajar. ¿Cuánto hace... tres años ya? Admítelo, Hank. No soportas la idea de perderme ni la de perder mi talento.

Candace, que estaba oyendo la conversación desde su mesa, se llevó un dedo a la boca y fingió que echaba la pota. Intenté no sonreírle, porque sabía que a Hank le irritaban las demostraciones de buen humor y que hacía todo lo posible para cortarlas por lo sano.

Hank bajó los bigotes, o eso que tenía por cejas, molesto.

—Lo único que voy a admitir es que me encanta tener a alguien a quien endilgarle los artículos que nadie más quiere. Y, por cierto...

—A ver si acierto. Vas a enviarme a entrevistar al dueño de una empresa de recogida de basuras. No, espera. A lo mejor al tío que tiene la empresa esa que recoge las cacas de perro de tu acera por una módica cantidad al mes. ¿He acertado?

—No —masculló Hank—. Vas a intentar que te contraten en prácticas en Galleon Enterprises. Es una empre...

—Una empresa de publicidad, sí —lo interrumpí—. Lo sé. Aunque me tengas siempre investigando mierdas, estoy al tanto de la actualidad del mundo, te lo creas o no —dije con un deje orgulloso en la voz. Al fin y al cabo, era cierto. Mis compañeros de trabajo me tomaban el pelo y se reían de mí, así que a veces era más fácil seguirles el rollo. Pero, en el fondo, era periodista y me tomaba mi trabajo muy en serio. Leía editoriales, me mantenía informada sobre las empresas que cotizaban en bolsa para estar al día de lo que pasaba en el ámbito empresarial e incluso leía algunos blogs sobre periodismo y escritura, para mantenerme en forma.

—Vas a hacer el pino con las orejas para encontrar los trapos sucios de Bruce Chamberson.

—¿Qué tipo de trapos sucios?

—¿Crees que te asignaría este trabajo si lo supiera?

—Hank... esto me parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Dónde está la trampa?

Por primera vez, la expresión adusta de su cara desapareció... un poco.

—Te estoy dando la oportunidad de demostrar que no eres un desastre. Espero que fracasas miserablemente, por cierto.

Apreté los dientes.

—No te decepcionaré.

Me miró como si yo fuera idiota hasta que me di cuenta de que acababa de decirme que esperaba que fracasara.

—Tú ya me entiendes —dije entre dientes antes de acercarme a la mesa de Candace.

Ella se inclinó hacia delante con una sonrisa de oreja a oreja. Éramos más o menos de la misma edad. Veinticinco. Tal vez ella tuviera menos. La conocí dos años antes, cuando empecé a trabajar para Hank en la revista *Mundo empresarial*. Llevaba el pelo rubio cortado al estilo *garçon*, pero era lo bastante guapa como para que le sentara bien con esos ojazos azules que tenía.

—¿Galleon Enterprises? —me preguntó—. Está en la lista Fortune 500 de Forbes, por si no lo sabes.

—¿Crees que es buen momento para hacerme pis encima o mejor espero hasta que nadie mire? —repliqué.

Candace se encogió de hombros.

—Si te lo haces en la mesa de Jackson, te cubro las espaldas. Creo que es él quien me roba los yogures del frigorífico.

—Candace, no soy tu arma biológica.

—Galleon Enterprises —murmuró con un deje soñador en la voz—. Has visto fotos del director general, Bruce Chamberson y de su hermano, ¿verdad?

—¿Debería?

—Solo si te gustan los gemelos con acompañamiento de bragas derretidas.

—Vale. Puaj. Si se te derriten las bragas nada más ver a un tío guapo, deberías hacértelo mirar.

—Yo te aconsejo que vayas a comprarte unas bragas térmicas antes de empezar a trabajar allí.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Dime que eso no existe.

Echó la cabeza hacia delante y abrió la boca como si no diera crédito.

—Nat, por favor. ¿Qué crees que llevan las astronautas?

Como de costumbre, me fui de allí asombrada, confusa y un poco

incómoda después de la conversación con Candace. Eso sí, me caía bien. No tenía tiempo para tener amigas en el sentido tradicional de la palabra, de esas que las comedias televisivas te hacen creer que todo el mundo tiene. Como veas unas cuantas, acabas pensando que los adultos pasan el noventa o noventa y cinco por ciento de su tiempo quedando con sus amigos o trabajando. Claro que la parte del «trabajo», en realidad, solo es una excusa más para quedar con los amigos.

A lo mejor solo era mi caso, pero mi vida consistía en pasar un cinco por ciento con los amigos, un sesenta por ciento en el trabajo, y un treinta y cinco por ciento preocupada por el trabajo. Ah, y un diez por ciento durmiendo. Sí, sé que eso suma más del cien por cien, pero me da igual. El asunto era que mi vida no transcurría como una comedia televisiva. Era una vida solitaria, salpicada por una saludable dosis de miedo de acabar sin hogar o, lo que era peor, obligada a mudarme a otro sitio y a renunciar a mi sueño. Pero había algo peor todavía, y era la amenazante posibilidad de acabar convertida en Braeden. De acabar en mi antiguo dormitorio, con las paredes manchadas por la cinta adhesiva allí donde antiguamente estaban las fotos de One Direction y de Crepúsculo.

Candace era una pequeña dosis de la vida que yo quería, y me gustaría tener más tiempo para disfrutar de ella, así que aceptaba con alegría la confusión que siempre me acompañaba después de hablar con ella.

Una vez de vuelta en mi mesa, empecé a asimilar la realidad de mi nuevo proyecto. Candace podía convertirlo en una broma si le apetecía, pero después de dos años por fin se me había presentado la oportunidad de demostrar de lo que era capaz. Podía escribir una historia increíble. Podía demostrar que merecía que me asignaran mejores trabajos, los mejor pagados. En esta ocasión, no estaba dispuesta a meter la pata.

## Bruce

«*H*ay un lugar para todo y todo tiene su lugar.» Era una frase por la que guiarse en la vida. Mi mantra.

Empezaba el día a las cinco y media en punto. Nada de remolonear cinco minutos más. Corría ocho kilómetros, pasaba veinte minutos exactos en el gimnasio y luego subía en el ascensor a mi ático para darme una ducha fría. El desayuno consistía en dos huevos enteros, tres claras de huevo, un cuenco de copos de avena y un puñado de almendras que me comía por separado una vez que terminaba lo anterior. Había preparado la ropa para el trabajo la noche anterior, un traje negro hecho a medida con una camisa gris y una corbata roja.

Me gustaba el orden. Me gustaba la organización. Era el principio que había tras mi modelo de negocio y uno de los principales motivos de mi éxito. Porque el éxito era una fórmula de dos factores tan sencillos como identificar los pasos necesarios para alcanzar un objetivo y luego dar dichos pasos. Casi cualquier persona era capaz de identificar los pasos, pero no muchas tenían la disciplina necesaria para seguirlos al pie de la letra.

Yo sí.

Había pasado por una ruptura complicada y muy desagradable y, de un tiempo a esa parte, me había parecido más sencillo concentrarme en la rutina. A lo mejor me estaba volviendo más dependiente de ella con cada día que pasaba, pero, la verdad, me daba lo mismo. Me enterraría sin dudarle en el trabajo si así podía olvidar. Apartaría a todo el mundo de mi lado si así no tenía que volver a sentir ese dolor.

Le ordené al chófer que me recogiera a las siete en punto para llevarme a la oficina. Trabajaba en un edificio de dieciocho plantas del centro. Mi hermano gemelo y yo lo compramos hacía cinco años, planta a planta. Nuestro primer

objetivo fue operar desde Nueva York. Tardamos un año en hacerlo. Nuestro siguiente paso fue alquilar un espacio en lo que antes era el edificio Greenridge, un monolito moderno, de granito y cristal, del centro de la ciudad. En eso tardamos dos meses. Con el tiempo, queríamos hacernos con todo el edificio. Tardamos cinco años.

Pero allí estábamos.

Saqué el móvil y llamé a mi hermano, William. Me cogió el teléfono con voz adormilada:

—¿Qué coño quieres? —protestó.

Se me aceleró el pulso. Tal vez tuviéramos el mismo aspecto, pero nuestras personalidades no podían ser más distintas. William se acostaba con una mujer distinta cada semana. Se le pegaban las sábanas siempre y se saltaba el trabajo. Aparecía con pintalabios en el cuello y en las orejas, o con los faldones de la camisa por fuera. Si fuera cualquier otro, lo habría despedido nada más conocerlo.

Por desgracia, era mi hermano. También por desgracia, tenía el mismo sentido de los negocios que yo, y pese a su falta de profesionalidad, era una persona clave para Galleon Enterprises.

—Te necesito aquí —le dije—. Hoy vamos a seleccionar a los trabajadores en prácticas para el tema ese de publicidad.

Hubo una larga pausa. Lo bastante larga para indicarme que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—Los trabajadores en prácticas. ¿Los que sugeriste que contratásemos? Los que van a absorber como esponjas todo lo que les enseñemos y a «soltarles nuestra brillante sarta de tonterías a la prensa». ¿Debo suponer que no te acuerdas de haberlo dicho?

William gimió, y me pareció oír una voz femenina de fondo.

—Ahora mismo, pues no. No lo recuerdo. En cuanto me meta un litro de café en vena, igual sí empieza a sonarme de algo.

—Te quiero aquí ya. No pienso pasarme toda la mañana entrevistando a tus trabajadores en prácticas.

Era casi la hora del almuerzo y me había pasado toda la mañana haciendo entrevistas. Miré el reloj. Era de los relojes que podía llevar un Navy Seal, lo que quería decir que podía sumergirme a ciento veinticinco metros con él

puesto. No sabía si algún día necesitaría zambullirme en el mar, pero siempre experimentaba un satisfactorio consuelo al saber que estaba preparado para todo lo que la vida pudiera ponerme por delante. Tenía dos mudas de ropa en el despacho y también en el coche en todo momento, un atuendo de negocios y otro más informal. Había trabajado con un nutricionista para asegurarme de que la ingesta de comida estuviera equilibrada, de modo que no sintiera un bajón ni me diera sueño durante la jornada laboral. Incluso tenía un teléfono de reserva con todos los contactos y una copia de seguridad de la información por si le sucedía algo a mi móvil habitual.

Todas las posibilidades estaban contempladas. Nada de sorpresas. Nada de contratiempos. Lo más importante de todo era que nunca cometía el mismo error dos veces. Jamás.

Una de las adiciones más recientes a mi política de no repetir errores había sido la de huir de las relaciones. No merecían la pena.

Podía olvidarme de las actividades más complicadas como las mujeres y el compromiso en aras de cosas más sencillas. Y al hilo, había una banana con mi nombre, literalmente, en la sala de descanso. Podría haberlo guardado en mi mesa, claro, pero prefería tener esa excusa para levantarme y andar un poco antes del almuerzo. También me daba la oportunidad de relacionarme con mis empleados. Hablar con los trabajadores normalmente consistía en oírlos lamerme el culo, pero sabía que era bueno para el ánimo de la plantilla dejarme ver de vez en cuando. La gente trabajaba mejor si el jefe le caía bien.

Le di las gracias a la sexta candidata que había entrevistado esa mañana y me levanté para acompañarla fuera del despacho. Al igual que todos los anteriores, acababa de salir de la universidad, todo la asombraba y estaba muerta de miedo. No me esperaba otra cosa, pero tampoco sabía cómo quería William hacer la criba de candidatos. Quería a alguien que absorbiera todo lo que hacíamos de la manera más positiva posible, porque iba a organizar una serie de entrevistas con la prensa en cuanto hubiera aprendido lo suficiente. Mi hermano dijo que sería publicidad gratuita justo antes de que lanzáramos nuestra nueva filial en Pittsburg.

Un lema que en publicidad se aplicaba a rajatabla era lo de tomarse en serio eso de cubrir todos los ángulos posibles. No solo queríamos que nuestros clientes pagaran por anuncios de radio o de televisión, de modo que echamos mano de la creatividad y decidimos convertir a los trabajadores en prácticas en nuestros anuncios más o menos gratis, lo que se consolidó como otra

faceta de nuestra estrategia. No se trataba tanto de dinero como de jugar a tope, y nos encantaban los desafíos. Pensar de forma distinta. Actuar más deprisa. Asumir más riesgos. También era otra oportunidad de que los clientes potenciales vieran la creatividad y la innovación que usábamos para publicitar nuestro propio negocio. Al fin y al cabo, si querías que los mejores clientes te pagaran para publicitarlos, tú debías publicitarte como el mejor.

William y yo siempre nos habíamos complementado a la perfección en cuanto a nuestras respectivas personalidades. Él me empujaba a asumir más riesgos de los que me gustaría con la empresa y yo lo ayudaba a echar el freno cuando se volvía demasiado imprudente.

Eché hacia atrás el sillón y apuré el agua.

El estómago me rugió al pensar en la banana que me estaba esperando. Mi dieta apenas si contenía azúcar y, con el tiempo, las bananas se habían convertido en el punto álgido de mi alimentación diaria. Sabía que era una tontería, razón por la que nunca se lo había confesado a nadie. Sin embargo, la banana que me comía antes del almuerzo era la mejor parte de mi día. William me dijo que los trabajadores que me tenían miedo habían aprendido a no entrar en la sala de descanso si la banana seguía allí. Los que querían besarme el culo esperaban, congregados a su alrededor, como si fuera un cebo.

La oficina era un espacio limpio y moderno. William y yo habíamos contratado a un diseñador de interiores para que la decorase y no habíamos reparado en gastos. Contar con un espacio limpio y agradable era más que un lujo, era un modelo de negocio. No solo queríamos que la competencia nos creyera lo mejor de lo mejor en todos los aspectos, sino que nuestros trabajadores también lo sintieran. Las personas trabajaban de forma distinta cuando creían que estaban en la cima y querían mantenerse allí.

La sala de descanso era un cubo de cristal con vistas a un patio interior cubierto en el que crecían casi todas las flores que podían sobrevivir en interior.

En cada una de las plantas del edificio había unas ochenta personas trabajando al mismo tiempo, y siempre se me había dado bien recordar los nombres y las caras.

Así que al ver que no reconocía a la chica con la falda de tubo azul marino y la blusa blanca, supe que se trataba de una de las candidatas al puesto de prácticas. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se le había escapado un

mechón de pelo, que el chorro de la rejilla de ventilación que tenía sobre la cabeza agitaba y mecía con un ritmo perezoso que captó mi atención. Era guapa, con unos expresivos ojos verdosos y una boca que parecía acostumbrada a sonreír, traviesa, y a replicar con insolencia, y un cuerpo que, a todas luces, se cuidaba.

Aunque todo eso daba igual. Lo importante era lo que tenía en la mano.

Lo que tenía a medio comer en la mano con mi nombre escrito gracias a un rotulador permanente. Solo se veían tres letras «BRU», escritas con pulcritud, porque la cáscara de la banana ocultaba el resto.

Había cuatro personas más en la sala de descanso, y todas habían visto lo que ella tenía en la mano y se habían trasladado al extremo más alejado de la estancia. La miraban como si tuviera una granada en la mano sin el seguro mientras intentaban salir de la habitación con tranquilidad antes de que sucediera la explosión que sabían que estaba a punto de tener lugar.

La chica me vio en ese momento.

Abrió los ojos un poco y respiró hondo, lo que, al parecer, hizo que se le atascara un trozo de banana en la garganta. Empezó a toser, atragantada.

Lo vi todo rojo. ¿Estaba allí para hacer la entrevista y había tenido el puto descaro de tocarme la banana? ¿De comérsela? Por eso, cuando me acerqué a ella y le di unas palmaditas en la espalda para ayudarla a respirar, lo hice con más fuerza de la necesaria.

Ella gruñó, tosió y luego tragó. Se le pusieron las mejillas coloradas mientras me miraba de arriba abajo y se sentaba a la enorme mesa del centro de la sala para recuperar el aliento.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté cuando me pareció que se había recuperado, después de haberse atragantado con mi banana. Tenía un nudo en la garganta por la rabia y la indignación. Esa chica era una inyección de caos en mi vida, una sabotadora de mi rutina. Mi instinto me gritaba que la eliminara de mi vida tan rápido como me fuera posible, como un cuerpo sano atacaría un virus.

—Bruce Chamberson —contestó ella.

Tenía la banana a medio comer a su lado. Hice que me mirase el dedo antes de levantar la cáscara de la banana para que pudiera leer el nombre completo que había escrito en ella.

Se quedó boquiabierta.

—Lo siento muchísimo, señor Chamberson. Es que se me ha olvidado el



almuerzo y no vi su nombre al cogerlo. Creía que era algo de cortesía, porque...

—¿Una banana de cortesía? —le pregunté con sorna—. ¿Creías que Galleon Enterprises les da a sus trabajadores una triste banana?

Se quedó callada un momento, tragó saliva y luego meneó la cabeza.

—Ay, Dios —dijo al tiempo que se apoyaba en el respaldo en la silla como si estuviera perdiendo todo el fuelle—. Algo me dice que no voy a conseguir el puesto después de esto.

—Algo me dice que te equivocas. Contratada. Tu primera ocupación todas las mañanas será comprarme una banana y llevármela al despacho, ni un minuto después de las 10:30. —Me aseguré de que la sorpresa no se me reflejaba en la cara, aunque me estaba consumiendo. «¿Qué coño estoy haciendo?», me pregunté. Era atractiva, pero dicho atractivo no era de esos que se apreciaban a simple vista. Había despertado algo en mi interior. No había sentido ni un ápice de deseo sexual desde que corté con Valerie, pero esa chica había hecho que la cosa cambiara. No solo sentía curiosidad por saber qué tal estaría con la falda subida hasta las caderas, sino que quería saber si era de las que gritaban o se quedaban en silencio en la cama, de las que me clavaría las uñas en la espalda o de las que se quedaría tumbada como una especie de sacrificio. Sin embargo, al mismo tiempo, quería echarla de mi vida lo más rápido que fuera posible. Era todo lo que había estado intentando evitar. Todo lo que no deseaba.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿Estoy contratada? —me preguntó.

Desterré las dudas. Le había dicho que estaba contratada delante de todos los presentes en la sala de descanso y no pensaba quedar como un imbécil que había perdido la cabeza delante de ellos. Tenía que apechugar.

—Que no se te suba a la cabeza. Si me cayeras bien, te daría la patada. Vas a desear no haberme tocado la banana en la vida, chica de prácticas. Te lo prometo.

## Natasha

*M*e quedé un buen rato debajo del agua de la ducha, sin importarme que estuviera tan caliente como para escaldarme. Eso me distraía de la última metedura de pata, que bien podía ser la peor de mi vida. Estaba deseando quedar bien a ojos de Hank; pero, a esas alturas, ni siquiera estaba segura de cómo podría averiguar algo jugoso sobre Bruce Chamberson. Que me contrataran era un primer obstáculo que ya desde el principio no sabía si podría superar; pero, la verdad fuera dicha, las cosas no podrían haber salido peor.

Y lo más difícil de todo había sido contener las carcajadas infantiles cada vez que él mencionaba «su banana». Era ridículo no, lo siguiente. Ese tío era como un supermodelo con hielo en las venas. Parecía tener un ceño fruncido natural y los ojos, entrecerrados en todo momento, como si esperase que una sola mirada suya pudiera convertirte en vapor y desvanecerte. Las rodillas casi me fallaron cuando lo vi entrar en la sala de descanso. Ya había hecho mis deberes acechándolo en Google, por supuesto, pero las fotos no le hacían justicia. Tenía la altura perfecta. No era de esos hombres desgarrados y un tanto torpes, como los jugadores de la NBA. Al contrario, tenía unas proporciones perfectas, enormes y supermasculinas. Su constitución era musculosa y se le notaba por debajo del exquisito traje hecho a medida. Todavía no había buscado a su hermano, pero supuestamente eran gemelos, por más difícil de creer que resultara. No me habían pedido que buscara los trapos sucios de William Chamberson, solo los de Bruce. Ya me preocuparía de William cuando se cruzara en mi camino.

Pero Bruce... era un camino que quería recorrer enterito, aunque pudiera encontrar en él una curva inesperada que me llevara directa a la muerte.

Y ¡por Dios, esa cara! Si no hubiera estado tan ocupado intentando atravesarme con la mirada, seguramente habría acabado babeando hasta el punto de que se le formara un charco en torno a los pies. Conseguí cerrar la boca gracias al instinto de supervivencia. Tenía un mentón tan afilado que podría cortarte; unos ojos como brasas azules y una boca demasiado sensual y besable para alguien que parecía tan antipático.

Era como un robot enfadado. Rectificación: como un robot sexual enfadado. Tan estupendo que te daría igual que solo pitara y vibrara.

Solté un largo y dramático suspiro mientras me enjuagaba el acondicionador del pelo, tras lo cual me sequé y me dispuse a seguir la rutina habitual para arreglarme. Era mi primer día en Galleon Enterprises y el instinto me decía que no habría cabida para los errores ni para los retrasos con un hombre como Bruce Chamberson. Sin embargo, me fue imposible no pensar en la vitalidad que asomó a su mirada cuando me advirtió de que me arrepentiría de haberle tocado la banana. Estaba bromeando conmigo, mientras me amenazaba, y me resultaba imposible, aunque lo intentara, reconciliar ese hecho con la idea de que fuera un robot sin emociones.

Bruce Chamberson era mucho más de lo que parecía a simple vista, eso estaba claro.

Llegaba tarde. Había intentado por todos los medios llegar a tiempo e incluso había cogido el tren que debería haberme llevado a Galleon Enterprises con media hora de antelación. Hasta había echado a Braeden del apartamento la noche anterior y les había enviado un mensaje de texto a mis padres para asegurarme de que me ayudaban a evitar que mi hermano acabara en mi casa otra vez a las pocas horas. Claro que no había previsto el tiempo que tardaría en limpiar el apartamento, porque mi bulldog francés, Charlie, había sufrido una diarrea explosiva y había decidido esparcirla por todos lados. Mi perro hacía caca cuando se ponía nervioso y, además, era extremadamente empático. Supongo que había percibido mi nerviosismo, de ahí que minara el apartamento como un acto canino de solidaridad.

Cuando salí del ascensor en la última planta de Galleon Enterprises, llevaba siete minutos de retraso. En mi opinión, no era tanto. Pero Bruce estaba esperándome al otro lado de la puerta del ascensor, con una expresión furiosa en la cara que me decía que su opinión no coincidía con la mía.

—Llegas tarde —me dijo. Con voz neutra y desapasionada.

—Lo siento, mi perro...

—No me interesan tus excusas. El retraso se te descontará del sueldo.

Levanté una ceja.

—Estoy en prácticas. No tengo sueldo.

Él apretó los dientes y me miró con los ojos entrecerrados.

«Oh, oh. A alguien no le gusta que lo corrijan.»

—A mi despacho. Ahora mismo.

Se marchó hecho una furia y no me dejó más alternativa que seguirlo con un nudo en el estómago. Mi estúpida boca me metió en un follón con Bruce cuando me comí su banana y, a juzgar por la postura rígida y los pasos rápidos, mi boca seguía metiendo la pata cada vez que la abría. Entre el episodio de la banana y esa mañana, alguien había sembrado una fantasía desquiciada y calentita en mi cerebro, y no paraba de imaginar que Bruce me encerraba en su despacho para poder ponerme sobre su regazo y azotarme el trasero. Era ridículo. Ni siquiera me gustaban esas cosas. Sí, si se jugaba a ponerle el título de una película a mi solitaria experiencia sexual, ganaría quien eligiera *A todo gas*. Aunque lo mejor habría sido titular la película: «A todo gas... para nada», pero dudo mucho que en Hollywood gustara el cambio.

Luché contra el instinto de levantar las manos para taparme los ojos cuando me precedió para llegar a su despacho. En una ocasión, cuando conducía, la policía me paró por exceso de velocidad, y recuerdo la vergüenza que sentí allí parada mientras la gente pasaba y me miraba con satisfacción. «Me alegro de que te haya tocado a ti», parecían decirme, lo mismo que sentía en ese momento.

Pero, en esa ocasión, era peor. Mucho peor. Porque no solo era mi orgullo el que estaba siendo arrastrado por el fango mientras seguía a Bruce como un perrito triste al que acababan de regañar. Lo peor era el golpe que sufría el potencial de impresionar a Hank. En esa empresa, todos eran una posible fuente de información, y cuanto más me vieran como un desastre, menos probabilidades había de que pudiera sonsacarles algo útil.

Suponiendo que no me echaran, me pasaría unas cuantas semanas trabajando en ese lugar. Meses, incluso. Lo que tardara en encontrar algún trapo sucio de Bruce. Y, la verdad, a medida que pasaban los minutos, más ganas tenía de encontrarlos. No solo quería saber si era el capitán de un barco

corrupto. Quería saber por qué se empeñaba tanto en aparentar delante de los demás que era un aguafiestas. Y también quería saber por qué en *Mundo empresarial* se sospechaba que Bruce estaba haciendo algo raro. Desde luego que a primera vista no encajaba con la típica imagen del empresario corrupto.

Cerró la puerta de su despacho y se acercó al cordoncillo de las persianas venecianas para cerrarlas y así impedir que nos vieran desde fuera.

—No necesito recordarte lo importante que es la puntualidad, ¿verdad? — me preguntó y me dejó allí plantada mientras él rodeaba su mesa y sacaba una cajita, sobres y un folio que colocó delante de mí.

«Dios mío. Esta es la parte de mi fantasía en la que saca un látigo y yo le digo que no me va ese rollo, pero él me obliga a inclinarme hacia delante de todas formas y me dice que he sido muy mala.»

Cierro los ojos con fuerza, deseando dejar de ser tan tonta, aunque sea por un minuto.

—Muy importante. —Tragué saliva—. No volverá a suceder. Seguramente. Nunca se sabe cuando te va a caer un rayo encima y esas cosas. Pero intentaré ser puntual todos los días a partir de ahora.

—Sí. Lo serás. Porque te voy a ser muy claro, Natasha Flores.

Hice caso omiso del escalofrío que me recorría la piel cuando lo oía pronunciar mi nombre. Supuse que había leído el currículum que le envié, porque mi apellido no salió a relucir ni durante el incidente de la banana, ni después.

—Yo no soy un hombre simpático y tú no estás aquí porque yo quiera ser tu amigo... ni porque quiera follarte —añadió, como si tal cosa, como si fuera una ocurrencia de lo más normal que tuviera que dejar clara—. Estás aquí porque no me caes bien y porque voy a disfrutar haciendo que renuncies.

—Si me das una oportunidad, puedo ser un encanto —conseguí decir a través del nudo que tenía en la garganta, aunque fue un milagro que me saliera la voz. Por más que acabara de confesar abiertamente que no estaba intentando llevarme a la cama, oír esa posibilidad de sus labios hizo que la fantasía que tenía en la cabeza adquiriera todavía más nitidez. No era una fantasía romántica. Era física y habría retado a cualquier mujer a que mirara a Bruce Chamberson sin montarse una película. No significaba nada. Solo era una reacción química y hormonal.

Me miró de arriba abajo, pero sus ojos no se detuvieron en ninguno de los lugares en los que se suponía que debían hacerlo.

—Dime, chica de prácticas. ¿Cómo planeas conquistarme exactamente? ¿Con tu ética laboral? ¿Con tu tendencia a llevarte a la boca las cosas que pertenecen a los demás? ¿O más bien planeas seducirme?

Enderecé la espalda. Catalogar a ese hombre era imposible. En un momento dado, lo veía como a un hombre frío y vacío por dentro y, al siguiente, me convencía de que se estaba quedando conmigo. Además, estaba segurísima de que se lo estaba pasando en grande.

—No sabía que se podía seducir a un robot —repliqué—. ¿Estás seguro de que no hay alguna palanca que deba accionar en tu panel trasero?

La mirada furiosa que me dirigió no tenía ni un pelo de robótica. Me arrepentí de haberle replicado, pero no había manera de desdecirme. Mis palabras flotaron en el aire y se quedaron allí, entre nosotros, para que yo las contemplara con mortificación.

—Eres una aberración —dijo él como si tal cosa, pasando de mi pulla—. Mi habilidad para tratar con aberraciones es una de las cosas que me hace ser tan bueno en mi trabajo.

—Eso me ofende. Creo.

—Bien. Esa era la intención. En fin —dijo con severidad, como si la discusión hubiera llegado a una conclusión ordenada e ingeniosa—. Este es tu teléfono para el trabajo. —Me ofreció un móvil que parecía estar configurado—. Tu contraseña es «BANANA» y no, no puedes cambiarla. Ese teléfono es tan mío como tuyo, así que cuidadito con usarlo para mandar mensajitos eróticos.

Estaba tonteando conmigo. Sí, eso estaba haciendo. Cada vez que empezaba a pensar que no había nada en esa preciosa cabeza salvo engranajes y circuitos, se le escapaba algo que delataba un tufillo a humanidad, y detestaba que me resultara tan interesante. Al fin y al cabo, yo era periodista y no recordaba haberme topado antes con un misterio tan intrigante como Bruce Chamberson. ¿La teoría ganadora de momento? Que era un tío normal y corriente, que se mantenía alejado de los demás. Lo único que necesitaba averiguar era si el verdadero Bruce asomaba la cabecita solo conmigo o si se le escapaba también con todos los demás.

—¿Y esto? —le pregunté al tiempo que señalaba los sobres y el folio.

Abrió uno de los sobres y me enseñó un tarjetero de plástico lleno de tarjetas, lo que parecía un manual de instrucciones y las llaves de un coche.

El otro contenía un pasaporte con mi foto, que no sé cómo había conseguido, porque yo no me había sacado el pasaporte en la vida.

—Estas son algunas de las herramientas que vas a necesitar para desempeñar tu trabajo. Las llaves del coche de la empresa, que usarás en calidad de mi chófer personal. Las tarjetas de crédito para pagar los gastos relacionados con tu trabajo, como las cenas con clientes o las diversas actividades organizadas por Galleon Enterprises. Tendrás que asistir a todos estos eventos, por cierto. El teléfono es para poder localizarte a cualquier hora del día o de la noche. Llévalo siempre encima. Solo yo tengo el número. Es mi línea directa contigo.

Solté el aire por la nariz con fuerza, algo que solo sucedía cuando me enfadaba tanto que empezaba a plantearme usar la frente como arma además del canto de la mano. Que estuviera tan bueno no le daba permiso para tratarme como a una esclava.

—¿Te has parado a pensar que el trabajo normal de una persona en prácticas consiste en hacer fotocopias, asistir a las reuniones para tomar notas o hacer café para todos los demás? —Tuve que cerrar la boca para no decir que tenía otro trabajo. Técnicamente, era cierto. Necesitaba tiempo para escribirlo todo y organizar cualquier cosa que descubriera en Galleon Enterprises a fin de preparar el reportaje que acabaría publicando. Según lo que acababa de decir, no planeaba ofrecerme tiempo libre, algo que no iba a facilitarme la vida.

—Lo normal no me interesa. Nunca lo ha hecho. Esta es una empresa excepcional, dirigida por personas excepcionales. Si vas a formar parte de ella, independientemente de tu función, espero que trabajes de forma incansable como hacemos los demás.

—A ver si lo he entendido. Que no vaya a recibir un sueldo no influye en absoluto en estas expectativas inhumanas, ¿cierto?

—Bien. Vas aprendiendo. A lo mejor hay esperanza para ti después de todo.

## Bruce

*E*l primer día de la chica de prácticas fue todo un ejercicio de autocontrol para mí. El instinto me gritaba para que me librara de ella. Era un desastre con patas. Me derramó café en la camisa, lo que me obligó a usar una de mis mudas. La verdad, ni siquiera estaba seguro de que una sola muda bastaría mientras esa mujer estuviera dando vueltas por mi vida. Abolló el coche de empresa cuando lo sacaba de la plaza de garaje porque dio un volantazo para esquivar «un enorme saltamontes», aunque yo había vivido casi siempre en la ciudad de Nueva York y no había visto un solo saltamontes. Para rematar la faena, la banana que me trajo no estaba lo bastante madura.

Todavía no era la hora del almuerzo y la chica de prácticas ya me había hecho experimentar más caos que en todo el año anterior. Tenía la tensión arterial por las nubes y empezaba a cuestionarme mucho mis motivos para que siguiera en la empresa.

Me sentía atraído por ella, en contra de toda razón. Tenía una melena castaña que hacía destacar esos ojos verdes y la piel bronceada. También tenía una forma de inclinar la barbilla hacia el pecho cuando la estaba regañando, una pose que hacía que sus ojos parecieran incluso más grandes, incluso que brillaran con expresión traviesa mientras me miraban a través de las pestañas. También esbozaba una sonrisilla torcida, como si cabrearme le hiciera gracia de verdad.

Iba a acabar como una puta regadera por su culpa.

—¿Estás...? Esto... ¿Estás bien?

Me di la vuelta, preparado para asestarle un puñetazo en la garganta a quien hubiera entrado en la sala de descanso. Seguía sujetando en las manos la cáscara de banana, que era más verde que amarilla. Se trataba de mi hermano.



Suspiré. William era la última persona con quien quería hablar cuando estaba tan desquiciado. Ni siquiera quería verlo. Se las apañaba para llevar el pelo hecho un desastre y tenía siempre una barba de varios días. Muy pocas veces usaba corbata y prefería dejarse un par de botones desabrochados, para así engatusar mejor a las mujeres lo bastante hambrientas como para ser su siguiente rollo de una noche.

Mirarlo hacía que me ardieran los dedos por las ganas de buscar un peine. Era mi viva imagen, salvo que él era como yo podría ser si no tuviera tendencias obsesivo-compulsivas con una fuerte dosis de perfeccionismo. Era yo sin control. La definición de un bala perdida. Sobre todo, era lo que yo podría haber sido si no hubiera conocido a Valerie. Menos ese ridículo pelo alborotado, claro.

Tiré la cáscara de la banana a la basura.

—Sí, estoy... «esto»... bien.

Se cruzó de brazos, mirándome con expresión risueña.

—¿Y por qué parece que alguien se haya cagado en tu budín de banana? Además, ¿desde cuándo comes algo que no sean bananas totalmente amarillas? Ese parecía más un pepino.

—Desde que ha llegado esa dichosa chica de prácticas. —Suponer que sería capaz de encontrar una banana adecuada había sido un error, y no pensaba repetirlo.

—Supongo que te estaría haciendo una pregunta estúpida si te pregunto por qué no la despides.

—Supones bien. No puedo despedirla. Todavía no.

—Vale. —William frunció el ceño con gesto escéptico—. ¿Eso quiere decir que está buena?

Lo miré con expresión sufrida.

—¿En serio? Sabes que somos totalmente idénticos, ¿no? Uno de los dos tiene que mantenerla dentro de los pantalones, sobre todo en el trabajo.

—Oye, que no era yo quien se la sacaba de los pantalones en el trabajo. Esas mujeres eran muy insistentes. Además, sé que tampoco le haces asco a mojar el churro. Estaba esa mujer. Joder, ¿cómo se llamaba?

—Valerie. —Intenté no mascullar su nombre. A lo mejor había sentido algo auténtico por ella en otro momento de mi vida. En ese instante, solo sentía el vacío de la pérdida, no porque ella ya no estuviera en mi vida, sino porque yo había entregado una parte de mí que deseaba recuperar.

—Eso —dijo William—. Menuda zorra asquerosa. ¿Sabes que se me pasó por la cabeza tenderle una trampa y hacer como que había cometido un delito para que fuera tu regalo de cumpleaños? Nada gordo, claro, pero me dije que un par de noches en el calabozo le sentarían bien.

—Por favor, dime que es coña.

—Claro, claro, una coña absoluta —replicó él de tal modo que supe que no lo era—. Por cierto, ya la detestaba antes de que te pusiera los cuernos. Así que ya te imaginas lo que siento por ella ahora, ¿no? —Sonrió y me dio un puñetazo en el hombro, como si fuera una broma sin importancia—. Y luego está la fase esa que pasaste con las secretarias. ¿Te acuerdas? —me preguntó y sonrió de oreja a oreja—. Te juro que solo te tirabas a tías que llevaran traje sastre o faldas de tubo al trabajo. Empezaba a creer que tenías una obsesión.

Respiré hondo y muy despacio por la nariz. William siempre conseguía que todas las conversaciones acabaran girando en torno al sexo, y nunca tenía problemas en airear mi vida sexual.

—Sí, he tenido alguna que otra relación. Y no, no tengo una obsesión con las secretarias.

La chica de prácticas entró dando tumbos en la sala, haciendo gala de algo que yo ya había diagnosticado como un don de la oportunidad desastroso. Y tan desastroso... porque el tacón se le enganchó en la moqueta y estuvo a punto de derramarme el café encima otra vez.

William la miró con las cejas arqueadas y le recorrió el cuerpo de arriba abajo, percatándose, sin duda, de que llevaba una falda de tubo. Sonrió.

—Hablando de obsesiones...

Natasha miró a William y casi derramó el café por segunda vez. Me miró a mí y luego a William, con el desconcierto pintado en la cara. Tenía que saber que éramos gemelos, claro, porque se repuso mucho más rápido de lo normal cuando alguien nos veía juntos por primera vez.

—Gemelos —dijo William. Dio un paso hacia ella, colocándole una mano en la base de la espalda como si necesitase ayuda para mantener el equilibrio. A decir verdad, era de suponer que lo necesitara. Por lo poco que sabía de ella, era de las que se caían de bruces sin avisar de vez en cuando.

—Así que tú eres el educado —le dijo a William—. ¿Eso te convierte en el gemelo malvado, Bruce?

William esbozó una sonrisilla al oírla.

—Oye, ¿nos la podemos quedar? Ya me cae bien. Con razón te has

empalmado.

—Soy yo el que no tiene problemas con las ETS —mascullé, pasando de él todo lo que pude.

William levantó las manos, lo que, por suerte, significaba que ya no la estaba tocando.

—Tranquilo, fiero. Siempre uso protección. Estoy más limpio que una patena.

—Gracias —dije con voz ronca al tiempo que le quitaba el café de las manos a Natasha, con la esperanza de que se fuera. No quería que mi hermano tuviera más oportunidades para intentar tirársela. Porque estaba viva, era guapa y, sobre todo, sospechaba que yo la deseaba para mí. A ojos de William, eso era lo más parecido a un afrodisíaco que la madre naturaleza podría proporcionar jamás.

La chica de prácticas se quedó donde estaba, mirándonos a los dos como si esperase que, al final, todo fuera una especie de ilusión óptica.

—Es asombroso —dijo ella.

—Pues no tanto. Solo es cuestión de genética —repliqué.

—Pasa de él. —William la siguió al frigorífico, donde ella estuvo buscando solo Dios sabía qué—. Tiene una enfermedad crónica. Le encontraron un palo metido por el culo cuando éramos niños y los médicos dijeron que no podíamos sacárselo sin matarlo. Por supuesto, todos nos esforzamos al máximo para sacárselo, pero ese cabrón terco nunca ha cedido ni un solo centímetro. Verás, también es un estrecho. Si te paras a pensarlo, es una tragedia absoluta. A veces, me paso la noche en vela intentando averiguar qué le sobrevino antes: el palo en el culo o ser un estrecho.

La chica de prácticas intentó ocultar la sonrisa escondiendo la cara detrás de la puerta del frigorífico, pero podía oír su respiración entrecortada mientras trataba de contener las carcajadas.

—Largo —le dije a William.

Mi hermano dio un paso hacia la puerta, como si esa hubiera sido su intención desde el principio.

—Por cierto, sigue poniéndote faldas de tubo. Y todo el conjunto ese de secretaria. Para él es una especie de fetichismo, le pone mucho. Es como un coche viejo. Le cuesta arrancar, pero en cuanto lo pones en marchar, ya no lo puedes parar. Tú sigue así, guapa.

Ella se miró la ropa al tiempo que se alisaba las arrugas de la falda, con la

cara como un tomate. ¿Cuántas horas hacía que la conocía y cuántas veces se había ruborizado? Jamás lo admitiría delante de nadie, pero era posible que sí tuviera cierta preferencia por el aspecto de secretaria. También era posible que siempre me hubieran gustado las mujeres que se ruborizaban con facilidad.

Claro que nada de eso importaba, porque la lista de las cosas que no me gustaban de esa mujer era más larga que mi brazo. Era un desastre al lado de mi perfección, era como una bola de demolición que destrozaría todas las paredes y todo el consuelo que me había pasado toda la vida construyendo con esmero. Era absolutamente espantosa para mí, en el sentido más amplio de la palabra, pero seguía sin despedirla. Y sabía que no lo haría. La mantendría en el puesto hasta...

¿Hasta qué?

Me pasé el resto de la tarde sopesando la respuesta a esa pregunta. ¿A qué coño estaba esperando?

Más tarde, estaba sentado a una mesa del Seasons I2. Era un sitio con manteles blancos, velas y un código de vestimenta que requería chaqueta y corbata. Había una enorme pecera en mitad del comedor llena de peces exóticos de especies carísimas, entre las que se encontraban un tiburón y una enorme morena, cuya boca se abría y se cerraba sin hacer ruido como si estuviera probando el agua. Me pregunté de pasada si la cautividad volvía locos a los peces mientras observaba a la morena. Los humanos perderíamos la cabeza encerrados en semejante pecera en cuestión de semanas, tal vez de días.

Recordé que Natasha me había llamado «robot». A lo mejor no se equivocaba del todo, al menos en algunos aspectos. No se trataba de que no sintiera o anhelara lo mismo que la mayoría de la gente. La diferencia era que yo había aprendido a reprimir los sentimientos y los anhelos. Me había adiestrado para hacerlo. Suponía que William y yo teníamos cada uno nuestro sistema de defensa contra las putadas con las que crecimos. Él aprendió a que no le importase nada. Yo aprendí a hacerme con el control, incluso de las situaciones más incontrolables. Aprendí a conquistar el caos y a imponer el orden.

No sucedió de la noche a la mañana. La vida me había puesto por delante casi todo lo que podía y, poco a poco, me había encerrado en mi caparazón. Supongo que el problema era que si entierras lo que quieres proteger para mantenerlo a salvo, también lo dejas fuera de tu alcance. En algún momento, era posible que erigiera tantos muros a mi alrededor que lo único que le mostraba al mundo era mi eficacia profesional y una cara que a las mujeres les gustaba mirar. Casi me entraban ganas de reír. Natasha me conocía desde hacía dos días y parecía que ya había dado en el clavo. No era mucho mejor que un robot.

Mis padres llegaron diez minutos tarde. Mi madre tenía cincuenta y tantos. William y yo teníamos sus ojos y sus cejas, pero habíamos heredado el mentón y los anchos hombros de mi padre. A saber de dónde habíamos sacado la altura, porque los dos rondaban el metro setenta y poco, como mucho.

Mi padre tenía una forma de andar que vulgarizaba cualquier ambiente con una facilidad pasmosa e innata. Era algo a caballo entre el contoneo y el andar chulesco, mientras movía la cabeza de un lado para otro sin parar y esbozaba una sonrisa torcida y desdeñosa. A ojos del mundo, parecía que nada lo impresionaba, aunque lo más impresionante que había hecho era engendrarnos a William y a mí. Mi padre también parecía ser de la misma opinión, razón por la que teníamos que soportar «reuniones» mensuales, que eran poco más que una forma de intentar sacarnos pasta de forma mal disimulada.

Acceder a reunirme con ellos a esas alturas era el último resquicio de respeto que les demostraba por haberme criado. Había pagado de sobra cualquier deuda que pudiera tener con ellos, pero no era capaz de cortar del todo los lazos. Al menos, todavía no.

Mi madre era una mujer anodina. Frágil, con una expresión de sorpresa perpetua en la cara y la incapacidad de pintarse bien los labios, lo que hacía que pareciera que tenía el labio superior torcido.

—¿Dónde está tu hermano? —me preguntó mi padre cuando se sentó.

—No ha podido venir.

En realidad, le había dicho a mi hermano que se reuniera conmigo en un restaurante al otro lado de la ciudad. Seguramente a esas alturas ya se hubiera dado cuenta de que lo había engañado, pero se le pasaría. El idiota no dejaba

de darles dinero a nuestros padres en vez de darse cuenta de que eso solo empeoraba las cosas.

Mi madre miró con nerviosismo a mi padre. Sabía que tenían tantas posibilidades de sacarme dinero como de extraer agua de una piedra.

—Hijo —comenzó mi padre. Se echó hacia atrás en el asiento y se humedeció los labios con un gesto que me recordó a un reptil—. No vamos a pedir limosna. Queremos un socio comercial.

No me digné a replicar. Mantuve la mirada gélida y la expresión pétrea.

Mi padre carraspeó y redobló sus esfuerzos por parecer amable al extender un brazo por encima del respaldo de la silla de mi madre y poner cara de no haber roto un plato en la vida.

—Es calderilla para ti, Bruce. Puta calderilla. ¿Te eduqué para que fueras un cabrón egoísta o ha sido culpa de tu madre?

—He pagado con creces la deuda que tenía por haberme educado.

—Bruce —dijo mi madre—, no nos debes nada por educarte. Eras nuestro hijo. Solo buscamos un poco de ayuda ahora que te van tan bien las cosas. Piénsalo. Tu calderilla es nuestro premio gordo.

—Un premio gordo que ya os he dado a los dos. Muchas veces. ¿Y para qué os ha servido el dinero? ¿Para contraer deudas de juego, comprar una embarcación que destrozasteis porque ibais como cubas y meteros en la cara toda la porquería que os habéis metido? ¿Para pagar todas las multas por conducir borrachos?

Los dos se tensaron al oír mis palabras.

—¿Quieres subirte a un pedestal? —Mi padre se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa, pero bajó la voz porque había llamado la atención de los comensales que teníamos más cerca—. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras me insultas. Te cambié los putos pañales cuando te cagabas encima, tío duro.

—Cierto —repliqué—. ¿Quieres que ahora te los cambie a ti? Usad el dinero que William y yo os hemos dado para contratar a una niñera. No soy vuestro cajero automático.

Me sorprendió, y sentí bastante alivio, cuando los dos se levantaron y salieron a toda prisa del restaurante, indignadísimos. Sí que tenían un límite, y me alegraba poder decir que me había vuelto un experto para encontrarlo lo más deprisa posible a lo largo de los años. Podría haberme negado a verlos, pero la verdad era que estaba esperando a que pasara algo con ellos, tal como

lo esperaba con la chica de prácticas. El problema era que tampoco sabía lo que esperaba de mis padres.

A lo mejor era un efecto secundario por haberme cerrado emocionalmente al mundo durante tanto tiempo. Ya no me entendía ni yo.

## Natasha

*M*e desperté muchísimo más temprano de lo habitual para pasarme por las oficinas de *Mundo empresarial*. Hank estaba en su mesa del rincón, con los brazos cruzados y esos bigotones que tenía por cejas bien levantados.

—Así que estás dentro, ¿no? —me preguntó—. Eso es bueno. Me has impresionado, Nat.

Me hinché de orgullo. Hank me había mirado con lástima desde el principio, si no recordaba mal. A lo mejor sí apreciaba mi forma de escribir, hasta cierto punto, pero siempre me había tratado como una obra de caridad. Yo era a quien no podía despedir. Oírlo decir que lo había impresionado fue como un chute de un medicamento muy necesario, y ya necesitaba otra dosis. Quería que se sintiera orgulloso de mí. Quería dejarlo sin palabras con una historia increíble.

—Estoy dentro —le aseguré.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Bordaste la entrevista?

Hice un gesto con la mano para indicar que había sido algo parecido.

Él me miró, desconcertado.

—Lo único que importa es que tengo el puesto, ¿no?

Se echó a reír.

—Claro, Nat. Pensándolo bien, no quiero saber cómo lo has conseguido. Conociéndote, seguramente haya sido gracias a un montón de coincidencias muy improbables, casi imposibles.

Sonreí con la esperanza de que no viera cómo me ponía colorada. «Técnicamente, tuve que meterme su banana en la boca», pensé.

—Pero quería ponerte sobre aviso. Quiere que trabaje para él casi a jornada completa. No podré venir a la oficina a menudo.

Hank le restó importancia con un gesto de la mano.



—No vengas. Lo único que me interesa es tener la historia. Me da igual si tardas un mes en conseguirla. Si encuentras sus trapos sucios, vas a cobrar el cheque más gordo de tu vida. El señor Weinstead va a pagar un pastizal por cualquier trapo sucio sobre Bruce Chamberson, y esa pasta vamos a llevárnosla nosotros.

—¿Es cosa del señor Weinstead? —le pregunté—. ¿Por qué le tiene tantas ganas? ¿Y por qué está tan seguro de que es Bruce y no su hermano? Por lo que he descubierto, su hermano parece un sospechoso mucho más probable.

Hank se encogió de hombros.

—¿Qué más da?

Esa era la expresión de Hank para decir «No lo sé», que sabía que no debía cuestionar. Hank era el jefe, y le gustaba que fuera así. No le gustaba admitir que no estaba enterado de algo.

Me detuve junto a la mesa de Candace al salir. Ella me sonrió con expresión elocuente. No tenía ni idea de lo que creía que sabía, pero estaba esperándome para que se lo contara todo.

—Cuéntamelo todo —me ordenó.

—No hay nada que contar. Pasé la entrevista. Conseguí el puesto. Así de sencillo. —Estaba ganando tiempo, y las dos lo sabíamos. A decir verdad, me encantaba tomarle el pelo a Candace. Era como un perrillo, y yo disfrutaba viendo cómo se ponía cada vez más alterada mientras le agitaba delante de las narices algo que ella quería.

Se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada.

—Nat, que te conozco. Como me vengas con chorradas, te parto las piernas. —Cogió su paraguas y empezó a darme golpecitos con la punta en las rodillas, obligándome a retroceder entre carcajadas.

—¡Dios! Vale. ¡Ya vale! —exclamé, y tuve que quitarle el paraguas de las manos. Me acerqué un poco a ella y hablé en voz baja—: Me comí la banana de Bruce Chamberson. Y no lo digo con segundas. Me refiero a una banana madura que tenía su nombre escrito en la cáscara con rotulador permanente. Evidentemente, no había visto su nombre, porque si no... —Dejé la frase en el aire al ver su desconcierto.

Me miró unos segundos antes de estallar en carcajadas.

—Lo siento —me dijo—. Es que es tan típico de ti... Fíjate qué historial tienes que ni se me pasa por la cabeza que puedas estar quedándote conmigo.

Pues claro que te comiste su banana. Pero no termino de ver cómo pasaste de mordisquearle la banana a conseguir un trabajo.

—Yo tampoco termino de verlo.

—¿Le gustó que te la comieras o algo? A lo mejor es un perverso. A lo mejor está buscando un significado oculto, ya sabes. —Bajó la voz e hizo una horrible imitación de voz masculina—: Ay, Natasha. Soy una banana para tus labios. Si vas más deprisa, me comes enterito. Ay... ay...

—¡Candace! —mascullé con una sonrisa, pero miré a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos podía oír—. Lo primero: es de lo peorcito que he oído. Lo segundo: no. Un no rotundo. Él no es así. A ver, que si lo fuera, sería un actor estupendo. Parecía querer arrancarme la cabeza y tirarla por la ventana más que otra cosa.

Candace levantó las cejas y, después, entrecerró los ojos.

—¿Eso quiere decir que es un poco salvaje? Sexy.

—Es más un robot. Un robot muy sexy, sí, pero parece un burrito hecho en el microondas. Ardiente por fuera y helado por dentro.

—Por favor, dime que acabas de comparar a un hombre con un burrito, porque me encanta.

—Lo confirmo —le dije con una sonrisa.

Suspiró.

—Oye, Nat, me da igual si está helado por dentro o no. Tienes que usarlo a tu favor. Olvídate de la historia. Olvídate de todo. Algo pasa con eso. ¿Te comes su banana y va el tío y te contrata? Por favor. Ahí tienes la historia. No es uno de esos casos en los que lo que se ve es lo que hay. Ni muchísimo menos.

—A ver, me dejó muy clarito que quería contratarme para castigarme.

Candace extendió los brazos como si acabara de confirmar su historia.

—¿Lo ves? Ese tío es un perverso. Quiere llevarte a su mazmorra sexual o algo así. Piénsalo. Tienes que acostarte con él para conseguir que se abra. Forma parte de tu trabajo. Forma parte de la integridad del puto periodismo. Estarías faltando a ella si no te acostaras con él.

Me eché a reír, si bien pensar en Bruce y en el sexo me excitó. Aunque, al mismo tiempo, pensar en Bruce y en una relación me heló la sangre en las venas.

—La verdad es que lo detesto un poquito... —le dije.

Candace soltó el aire para quitarle importancia, apartando un mechón de su

melena corta.

—No tiene que gustarte para acostarte con él, que lo sepas. Ya eres mayorcita. A veces, no pasa nada si aprovechas la oportunidad de rascarte cuando se te presenta. El sexo no tiene que ser una gran declaración emocional, por cierto. Puedes hacerlo solo para pasarlo bien.

No estaba tan segura de eso, pero me disculpé y salí corriendo del edificio cuando me di cuenta de que ya estaba a punto de llegar tarde de nuevo. Se me había olvidado que tenía que conducir, así que ya no tenía que lidiar con el irregular metro. Tenía que lidiar con el tráfico de Nueva York.

Bruce estaba esperando delante de su edificio con cara de cabreo. Aparqué el abollado coche de empresa y esperé a que se subiera. Al ver que no hacía ademán de moverse, me di cuenta de que esperaba que me bajase del coche para abrirle la puerta.

Media hora de trayecto para recorrer poco más de cuatro kilómetros me habían cabreado demasiado como para aguantar su postureo, así que me estiré por encima del asiento del acompañante y abrí la puerta.

Él la fulminó con la mirada, pero al final la abrió del todo y entró en el coche.

—¿No resulta un poco emasculante? —le pregunté—. Me refiero a ir de acompañante mientras la de prácticas conduce.

Me miró con frialdad.

—No.

Carraspeé, un poco incómoda, y puse el coche en marcha. Se las apañaba para contestar a mis preguntas traviesas con tanta hostilidad que siempre me arrepentía después, aunque no del todo. Meterme con él me gustaba. A lo mejor solo era una respuesta natural cuando te encontrabas con alguien que parecía tan tranquilo y controlado. Quería ver cómo reaccionaba si lo pinchaba lo suficiente para que saltase. Estaba mirando su móvil mientras fingía, con bastante éxito, que yo no existía, lo que reforzaba la idea de que la teoría de Candace de que le interesaba era una bobada.

—¿Qué estás haciendo en tu rinconcito? —le pregunté.

Vi con el rabillo del ojo que me fulminaba con la mirada y decidí concentrarme en la carretera en vez de clavar la vista en ese gélido fuego.

—Estoy trabajando.

—Ah —murmuré—. Creía haber visto un vídeo de gatitos por un segundo.

—¿Te parezco de la clase de gente que ve vídeos de gatitos?

Apreté los labios.

—A ver, ¿quién no los ve? ¿No?

—Yo no los veo.

—Pues te mandaré algunos por correo electrónico. A lo mejor un par de gatitos te ablandan un poco.

Soltó el móvil sobre sus piernas y se giró un poco hacia mí.

—¿Lo haces a propósito?

—¿El qué hago a propósito?

—Irritarme. ¿Eres incapaz de conducir en silencio mientras trabajo?

—Supuse que el motivo de que me obligaras a hacerte de chófer era porque querías mi compañía.

—Pues te has equivocado.

Lo miré de reajo. Volvía a concentrarse en su móvil, pero la psicóloga aficionada que llevaba dentro me sopló que su postura era un tanto defensiva. Demasiado tensa y rígida.

—Vale. En ese caso, ¿por qué vuelvo a ser tu chófer?

—Quiero que renuncies al puesto.

—¿En serio? —le pregunté, escéptica—. Parece una excusa muy débil, incluso para mí. A ver... Primero, tu hermano habla de tu fetichismo y luego me contratas sin ningún motivo aparente. Aquí pasa algo más...

—Se acabó —me cortó en voz baja—. No tengo que darte explicaciones. Trabajas para mí hasta que decidas renunciar al puesto. Harás lo que yo te diga hasta que decidas largarte. Es así de sencillo. No tienes que comprenderlo ni tampoco tiene que gustarte. De hecho, ojalá que no te guste.

Apreté los labios, pero no repliqué. Alguien tocó el claxon, y habría jurado sobre la tumba de mi abuela que lo oí mascullar: «Te lo mereces por haberte comido lo que no era tuyo».

Volví la cabeza para mirarlo y casi me estampé contra el coche que teníamos delante. Allí estaba de nuevo. Esa chispa de humanidad debajo de la maquinaria y los cables de su piel perfecta.

—Tener un accidente mortal con el coche haría que te quedaras sin trabajo sin necesidad de renunciar al puesto. Pero no me parece una buena idea.

—De no saber que es imposible, creería que acaba de hacer un chiste, don Robot.

Me miró con sorna.

—¿Y si conduces en vez de intentar comprenderme?

—¿Eso crees que hago? ¿Crees que intento comprenderte? —Hice una pedorreta—. Menos humos.

—Estupendo. Me preocupaba que empezaras a preguntarme por el trauma que supuso mi infancia o el terrible accidente que me llevó a tener esta personalidad capada.

—No me lo trago.

Se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? —le pregunté unos segundos después, aunque detestaba la idea de ser incapaz de no morder el anzuelo.

Me cabreó mucho que mantuviera la cabeza agachada mientras tecleaba algo en el móvil. Incluso me pareció atisbar una sonrisilla torcida en sus labios. Lo puse de vuelta y media en mi cabeza durante el resto del trayecto hasta el trabajo, y casi abollé de nuevo el coche cuando subí la rampa y el paragolpes delantero pasó a un dedo de una señal de tráfico. Hacía mucho tiempo que no conducía, y en contra de la creencia popular, no se parecía en nada a montar en bici. Claro que también tenía un largo historial de accidentes con la bici, así que a lo mejor la creencia popular no iba tan desencaminada.

La primera mitad del día transcurrió como el día anterior. Preparé café, sin leche y sin azúcar para don Robot Sexual. Tuve que pasarme por tres tiendas para encontrar una banana que no tuviera ni rastro de verde ni tampoco puntos marrones por estar demasiado madura. Creo que no lo he visto tan serio como cuando me describió sus requisitos en cuanto a la banana. De no menos de veinte centímetros. Dura. Sin golpes. Sin verde. Incluso me obligó a poner las manos de cierta manera para que tuviera algo con lo que medir y asegurarme de que no era ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Parecía que me estuviera dando instrucciones para desactivar una bomba en el sótano de una guardería.

Volví justo antes del almuerzo con la banana en la mano y se lo dejé en la mesa. Él la cogió, le dio la vuelta y montó un espectáculo ridículo para inspeccionarla. Al final, asintió con la cabeza.

—Mmm, no está mal.

Después, la tiró a la papelera y se levantó de su asiento.

Señalé la papelería, boquiabierto por la estupefacción.

—¿Sabes a cuántas tiendas he tenido que ir para comprarla?

—Me lo imagino. Has estado fuera una hora y diez minutos. Suponiendo que anduvieras deprisa, eso te permite haber visitado tres tiendas, tal vez cuatro si diste con la sección de la fruta pronto.

Puse los ojos en blanco.

—No estás haciendo mucho para desmentir lo de ser un robot. «Tres tiendas, tal vez cuatro si...» —repetí con mi mejor voz robótica, pero dejé la frase en el aire al verle la cara.

—Soy metódico —replicó, a la defensiva, una novedad.

—En fin, solo intento averiguar cómo te mueves en mi mismo mundo, donde nada funciona a la perfección. ¿Qué pasa si se retrasa el tren o si te despiertas enfermo una mañana?

—Busco la manera de solucionar el problema. Si no puedo, hago los cambios necesarios para asegurarme de que estoy preparado y no volver a cometer el mismo error.

Hizo que me sintiera como una adolescente, como si tuviera que contenerme para no poner los ojos en blanco cada vez que abría la boca. Pero también me sentía víctima de las hormonas desatadas que me obligaban a clavar la vista allí donde su camisa se le pegaba al duro torso o a darme cuenta de lo bien que le sentaban los pantalones. «Robot sexual», me recordé. Bien me podría estar poniendo cachonda por un coche deportivo. Sí, era bonito de ver, pero no había nada bajo el capó. Salvo que seguramente él tenía una tableta de chocolate buenísima por abdominales y lo que no podía dejar de imaginarme como una banana absolutamente deliciosa y funcional.

Tenía un «no sé qué». Me pregunté hasta qué punto su forma de ser conmigo era un mecanismo de defensa y hasta qué punto era así de verdad. Pero ¿por qué se ocultaba? ¿Y qué ocultaba? Supongo que no debería sorprenderle a nadie que mi primer impulso fuera el de lanzarme de cabeza contra los muros tras los que se escondía, presa de la curiosidad. Pero tenía un trabajo que hacer. A lo mejor tras esos muros ocultaba el cerebro criminal de un empresario corrupto.

—Así que... ¿nunca repites el mismo error? ¿Por eso tienes la personalidad de una lavadora? ¿Te quemaste porque en otra época eras agradable?

Se detuvo de golpe, me miró con algo que casi consideré una sorpresa y, después, adoptó una expresión neutra.

—Nací así.

—Claro —mascullé al tiempo que lo seguía—. ¿Se puede saber por qué has tirado la banana? ¿Te preocupaba que la hubiera envenenado? Porque se me ha pasado por la cabeza, pero al final me decidí por desear que te atragantases.

Se paró, volvió la cara para mirarme y, de no saber que era imposible, habría jurado que se estaba esforzando por no sonreír.

—La he tirado porque ya tengo una banana con mi nombre esperándome en la sala de descanso. A menos, claro está, que alguna chica de prácticas sin dos dedos de frente se la esté comiendo.

—¿Es un problema recurrente para ti? —le pregunté.

—Tú pareces ser la única que no vio mi nombre escrito en mayúsculas en la banana. Así que no, no es un problema recurrente.

Cuando entramos en la sala de descanso, todos se tensaron al ver a Bruce. Me resultaba muy fácil olvidarme de por qué estaba allí, pero en ese instante, la periodista que llevaba dentro por fin hizo ademán de despertarse. Necesitaba esforzarme para encontrar tiempo lejos de Bruce, de modo que pudiera sonsacarles información a sus trabajadores.

—Señor Chamberson —lo saludó una mujer de treinta y tantos años, con buen cuerpo y cara bonita. Hablaba con un deje ansioso que delataba su desesperación.

Me crucé de brazos y observé la escena con sorna desde la puerta. «Qué tonta. Lo mismo da que te lances sobre un saco de patatas.»

Bruce apenas si le prestó atención mientras cogía su banana, que, según vi, tenía escrito su nombre con rotulador en letras bien grandes por todas partes, para que nadie pudiera pasarlo por alto de nuevo. Decía en serio eso de no cometer dos veces el mismo error.

—Un momento —le dije, interrumpiendo a la mujer, que intentaba explicar algún problema en el sistema, que estaba ralentizando a su departamento. De todas formas, me parecía una patraña ideada para conseguir que fuera a su mesa—. ¿Me has enviado a la caza de la banana cuando ya tenías una?

Peló la banana y le dio un mordisco que estaba casi segura de que no tenía la intención de ser seductor, pero que se las apañó para provocarme una oleada ardiente por la piel muy deprisa. «Qué dientes más bonitos. Y esos labios...»

—Tenía que asegurarme de que eras capaz de conseguirme algo más

comestible que el pepino que me trajiste ayer.

—Tenía un poquito de verde. Si te pareció un pepino, deberías ir al oculista.

Fui consciente de que todos nos miraban con evidente asombro. La única excepción era la guapa, que me estaba fulminando con la mirada territorial que las mujeres llevábamos siglos perfeccionando. Era la mirada que decía: «Estás clavando tus garras en mi poste de rascar, zorra, y como no te largues ahora mismo, te saco los ojos».

Con mucho esfuerzo, me desentendí de todos ellos y me concentré en Bruce. Por mucho que me hartase su actitud, también había algo travieso e incitante en intentar seguirle el ritmo. Cada palabra que intercambiaba con él formaba parte de una relación verbal a la que todavía no me había acostumbrado del todo, pero que ansiaba tener.

Le dio otro mordisco a la banana y la masticó con tranquilidad mientras me miraba, al parecer sin darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en nosotros. La verdad, era hasta mono ver lo mucho que disfrutaba de su aperitivo. Tenía un brillo travieso en los ojos mientras masticaba. Era la misma expresión que ponía la gente cuando saboreaba un postre de los que engordaban muchísimo.

—Vamos a almorzar con unos clientes muy importantes. Que el coche esté listo dentro de diez minutos. —Se terminó la banana y tiró la cáscara a la papelera sin mirar.

—Has fallado —le dije al ver que la cáscara se enganchaba en el borde de la papelera y caía al suelo.

—Menos mal que tengo a una chica de prácticas —replicó él por encima del hombro.

Me arrodillé para recoger la cáscara delante de todos, que me miraban con una mezcla de lástima y de cruel regocijo. En ese preciso momento, decidí que no iba a ser una guerra unilateral. ¿Quería que mi vida fuera espantosa? ¿Quería obligarme a renunciar al puesto? Pues que se preparase para la guerra, porque iba a demostrarle que no me daba miedo devolver el mordisco.

El restaurante era muy elegante. Había crecido casi en la pobreza, así que mi forma de distinguir un restaurante elegante de uno normal siempre pasaba



por fijarme en la norma de si había que llevar camisa y zapatos de vestir o no. Por desgracia, ese sitio estaba bastante por encima de eso, porque incluso mi ropa formal parecía demasiado sencilla y barata.

Todos los presentes tenían pinta de ser ricos o importantes. Era como si lo exudaran o algo, desde el brillo de los dientes blanquísimos que tendría que mirar con gafas de sol hasta esa extraña cualidad que siempre me había parecido que los ricos tenían en la piel. «Somos lo que comemos», lo que me hacía suponer que los ricos comían cosas tan caras que incluso su piel parecía distinta.

Bruce también tenía muy buena piel, me fijé. «Para ser un robot», me dije. Tampoco debería sorprenderme. Era tan organizado, el puñetero, que seguramente nunca se tocaba la cara sin haberse lavado las manos antes, ni tampoco tendría dedos grasientos. Me entraron ganas de tirarle una patata frita durante el almuerzo, pero algo me decía que en ese sitio no servían patatas fritas. Seguramente acabaría pinchando con el tenedor un trozo de hígado de pavo mientras contenía las arcadas durante una hora.

Nos sentamos en un reservado, en un rincón algo apartados del resto de comensales. El local no estaba muy concurrido, pero de todas formas el personal corría de un lado para otro con evidente urgencia, como si estuviera abarrotado.

—A lo mejor tus clientes importantes te han dado plantón —le dije nada más sentarnos.

—Hemos llegado temprano. Con quince minutos de adelanto.

—Ya —repliqué, como si supiera a qué se refería. Uno de los efectos que Bruce tenía sobre mí era que ya me estaba obligando a llevar una vida más o menos estructurada. Seguía siendo un desastre con patas, pero él era como un arnés de seguridad. Aunque podía ser abrumador y muy distante, la verdad era que resultaba agradable la sensación de que fuera capaz de mantener a raya mis peores cualidades.

De todas formas, quería que se diera cuenta de que había cometido un error al decidir meterse conmigo. ¿No iba a despedirme? Bien. Eso quería decir que tenía carta blanca para hacer lo que quisiera sin temor a poner en peligro mi verdadero trabajo. Y, en ese momento, quería un poco de venganza.

Sus clientes importantes aparecieron a los pocos minutos.

Eran un matrimonio que intentaba lanzar una cara campaña publicitaria para una nueva rama de su empresa tecnológica, según pude entender por la

conversación. Durante toda mi vida laboral, había intentado conseguir información vital de nuevas empresas a través de las revistas y de otras fuentes, así que estar sentada a esa mesa y que me dieran información directamente era una novedad.

Aunque, en realidad, no estaban hablando de nada revolucionario. Nos sirvieron las bebidas y empecé a beber vino, pese a las miradas que me dirigía Bruce. Parecía renuente a reprenderme delante de sus clientes, algo de lo que pensaba aprovecharme al máximo. Me comí unos cuantos canapés de crema de cangrejo mientras hablaban de las fechas en las que lanzarían la primera gran campaña. Canapés que bajé con ayuda de una copa de vino.

A continuación, nos sirvieron una «reducción» verde de peras con flores comestibles por encima. Tenía una pinta preciosa, y me sorprendió comprobar que también estaba bastante buena. Bruce apenas si tocaba la comida y solo había bebido un par de sorbos de vino. Parecía concentrado por completo en asegurarse de que los clientes comprendían el plan de negocios.

—Eso será el diecisiete —dijo Bruce—. Lanzaremos campañas de bajo coste para escoger el texto del anuncio hasta el veintiocho del mes siguiente. Una vez que hayamos seleccionado los que mejor funcionan, podemos empezar a invertir a lo bestia en la campaña. Lo único que tienen que hacer es asegurarse de estar preparados para recibir mucho más tráfico del habitual en su infraestructura. Su nuevo sitio web no será el único que se beneficiaría de todo esto. Recuérdenlo, están vendiendo su marca.

La pareja se miró con sonrisas nerviosas. Les gustaba lo que Bruce les decía. Les gustaba cómo lo decía. No podía culparlos. Allí sentada al lado de Bruce, me quedó claro cómo se había hecho con algunos de los clientes más poderosos e influyentes. Hablaba con tanta seguridad y tanta pasión del plan de publicidad que era imposible ponerlo en duda. Parecía un hombre que había desentrañado el misterio del funcionamiento del mundo, y tal vez lo hubiera hecho.

Claro que, pensé con un aguijonazo de emoción, yo era un pedacito del mundo que no sabía cómo funcionaba.

—Mmm —murmuré al tiempo que bebía otro sorbo de vino mientras intentaba parecer tranquila. Seguramente fuera un error, porque la cabeza ya me daba vueltas—. Eso significaría que van a lanzar su campaña principal unas dos semanas antes del lanzamiento de WeConnect. —Esperé a que mis

palabras calasen. A Bruce le resultaba muy fácil verme como a una idiota torpe, pero me moría por ver su cara cuando se diera cuenta de que tenía una buena cabeza sobre los hombros.

Bruce parecía estar echando mano de todo su control para no arrancarme dicha cabeza. No era precisamente la expresión que me esperaba, pero también me resultó satisfactoria.

—¿WeConnect? —preguntó la mujer, salvándome de Bruce por el momento.

El hombre asintió con la cabeza, examinando la mesa con expresión pensativa.

—Son una empresa emergente. He oído el nombre, pero no recuerdo los detalles.

—Todo indica que van a ser un bombazo —dije—. Se financian gracias a las aportaciones anónimas y su petición en Kickstarter ya ha reunido más de treinta y cinco millones. Básicamente, se cree que WeConnect va a hacer todo lo que hacen Facebook, Instagram y Twitter, pero todo a la vez y mejor. Y están hablando de ponerse a competir con eso.

Los dos miraron a Bruce, que me miraba boquiabierto. Intenté no hacer una mueca por su inevitable estallido. En cambio, fue como si estuviera pensando en lo que yo acababa de decir. A la postre, asintió con la cabeza, muy despacio al principio y, después, con más entusiasmo.

—Tiene razón. Joder. No sé cómo lo hemos pasado por alto.

Estuve prestando atención durante la siguiente media hora, mientras Bruce ideaba un plan para neutralizar la amenaza que suponía el lanzamiento de WeConnect. Durante todo ese tiempo, no dejé de intentar contener la euforia y el orgullo, y la forma en la que ese «Tiene razón» se repetía en mi cabeza una y otra vez. Dado que solo me había ganado malas caras y miradas de reproche, el cumplido fue increíble. Desde un punto de vista profesional, claro. Si quería conseguir información privada, necesitaba que confiase en mí.

Perdí la cuenta de las copas de vino que me bebí durante el primer plato, que consistió en langosta con la salsa de mantequilla más sencilla, pero más sabrosa que había probado en la vida. Ya había dejado atrás el achispamiento para entrar en el campo de la borrachera. Ese era mi plan, al principio, cuando me obligó a asistir al almuerzo. Pensé que si me convertía en una

fuente de vergüenza para él, dejaría de intentar avasallarme para que fuera su recadera.

Iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para dejar de beber y quedarme sentadita, en silencio, mientras el alcohol me daba vueltas en la cabeza. Impresionarlo empezaba a parecerme más sensato que cabrearlo, pero no podía chasquear los dedos y que se me pasara la borrachera en un abrir y cerrar de ojos.

El camarero hizo ademán de rellenarme la copa, pero Bruce levantó una mano y se lo impidió con un gesto discreto. Yo había estado a punto de hacer lo mismo. Mi yo borracho se ofendió porque Bruce tuviera el morro de decirme cuándo había llegado el momento de parar. Mi yo borracho también era imbécil.

—Echa más —dije, con lengua de trapo. Estaba más borracha de lo que creía. Había llegado un punto en el que las palabras que salían por mi boca me sorprendían tanto como a los demás.

El camarero parecía querer que se lo tragara la tierra. Bruce seguía intentando controlar la situación, seguía intentando mantener supreciado orden por encima de todo.

—Vamos, guapetón —insistí. En algún lugar, mi yo sobrio estaba hecho un ovillo dentro de mi cerebro, avergonzado, porque sabía que esa frase no se me iba a olvidar en la vida. A mi yo borracho le pareció graciosísima.

—Ya ha bebido bastante —dijo Bruce, que obligó al camarero a marcharse.

Me apoyé en el respaldo de la silla y miré con expresión desafiante a la pareja, que en ese momento se removía, incómoda, mientras intentaba con todas sus fuerzas no mirarme. No fui capaz de enterarme de mucho más. Solo quería tumbarme y dormir, pero luego vi de reojo a Bruce, que no necesitaba que nadie estuviera borracho para ver lo guapísimo que era. Después de haberme bebido casi media botella de vino, me parecía una especie de ángel resplandeciente. Sentí que algo muy tonto e inapropiado cobraba vida en mi interior, y sabía que era imposible contenerlo.

Se produjo una pausa, larga e incómoda, durante la cual todo el mundo parecía estar esperando que sucediera algo. Estaba demasiado mareada para intentar imaginarme siquiera lo que se esperaba. Por supuesto, eso no me impidió abrir la boca y decir lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Bueno, Brucie —le dije—. ¿Vas a ser el postre? Porque no creo poder compartirte con estos dos.

## Bruce

*M*e disculpé por enésima vez con Donna y Gregory mientras los acompañaba al exterior en busca del aparcacoches. Natasha se apoyaba en mi hombro, y casi tuve que sacarla a rastras del restaurante.

—No pasa nada, de verdad. Nosotros también hemos sido jóvenes —dijo Donna.

Gregory se limitó a sonreír de una manera que me dejó claro que Natasha había dañado mi reputación a sus ojos y que tendría que esforzarme bastante para reparar dicho daño.

Una vez que se fueron, Natasha se enderezó un poco y me miró con los párpados entornados.

—Bueno. Ha estado genial. ¿Quieres que te lleve a tu casa o a la oficina?  
—Hablabas con lengua de trapo y parecía incapaz de clavar la mirada en un lugar más de un par de segundos. Estaba como una cuba.

Menudo desastre. Había pensado tontamente que sería capaz de controlarla si la tenía a mi lado. Saltaba a la vista que había subestimado su capacidad para alterar mis planes.

Podía llamar a alguien para que la recogiera. William lo haría, pero ese gilipollas era capaz de hacer cualquier tontería. No se aprovecharía de ella mientras estuviera así de borracha, pero no me extrañaría que se la llevara a su casa, la acostara en su sofá y, después, intentara algo por la mañana cuando estuviera sobria.

Hasta ese momento lo había negado, incluso ante mí mismo, pero ya era imposible seguir haciéndolo. No solo quería mantener alejado de Natasha a mi hermano. Quería mantenerla apartada de todo el mundo. Era mi problema y no pensaba llamar a nadie de la empresa para que la llevara a casa porque, aunque estaba como una cuba, era el tipo de mujer del que los hombres no

podían evitar enamorarse. La mayoría de los hombres, por lo menos. Solo tenía que recordar a Valerie para tener claro por qué yo no quería mantener una relación ni enamorarme.

La pegué a mi costado y la llevé hasta el coche una vez que el aparcacoches lo dejó delante del restaurante. La acosté en el asiento trasero y le cubrí las piernas con mi chaqueta para que no me enseñara nada por el retrovisor. Después, me senté al volante. Tuve que llamar a la oficina para conseguir su dirección.

Me estremecí al descubrir dónde vivía.

En un bloque de apartamentos de ladrillos cubiertos de moho que parecía no recibir nunca el sol porque los edificios de su alrededor eran más altos. Me sorprendería que un solo rayo de sol llegara a sus ventanas en algún momento del día. Era un triste recordatorio de lo mucho que yo había ascendido, y por más que viera a Natasha como un fastidio, no me gustaba que viviera en ese lugar.

Cuando por fin encontré un aparcamiento, tuve que llevarla en brazos hasta llegar a su bloque. Decía mucho del barrio donde vivía que nadie se extrañara al verme llevarla en brazos con las piernas tapadas con mi chaqueta. Me parecía tan pequeña y frágil que no pude evitar sentir un ramalazo de deseo por lo agradable que me resultaba. Habían pasado dos años desde lo de Valerie, pero el dolor era todavía lo bastante reciente como para mantenerme firme en la promesa que me había hecho después de que todo acabara.

Ni una relación más. Ni un compromiso más. Nada de confiar en otra persona que no lo mereciera.

Tuve que rebuscar como pude en su bolso para sacar las llaves con una mano mientras con la otra intentaba sujetarla sobre la rodilla que había levantado. Por fin encontré las llaves de la puerta principal del edificio y después su apartamento, cuyo número había escrito tontamente en las llaves con rotulador permanente. ¿No había caído en la cuenta de que si las perdía, algún gilipollas zumbado podía encontrarlas y entrar en su casa?

Por supuesto que no. Si cayera en la cuenta de algo así, no sería el desastre con patas que era.

Una mujer que no mediría más de metro cincuenta y que no podía tener menos de setenta años salió en tromba por la puerta del apartamento situado en frente del de Natasha antes de que yo pudiera entrar.

—Mmm —rezongó, levantando la barbilla mientras me miraba de arriba

abajo—. ¿Tiene dinero para emborracharse pero no para pagar el alquiler?

—¿Cuánto le debe? —le pregunté. Con personas así era mejor ir al grano. Lo sabía por experiencia.

La expresión de sus ojos me dejó claro que había olido dinero y que estaba devanándose los sesos para sacar todo lo que pudiera.

—Cuatro meses. Que son... mmm... —Frunció el ceño mientras intentaba hacer la cuenta mentalmente.

—En menos de diez minutos, deje una nota por debajo de la puerta con toda la información. Asegúrese de que sea legible. Mañana le enviaré un cheque para pagar lo que le debe.

La mujer parecía estar a punto de afirmar que Natasha le debía todavía más dinero, pero entré en el apartamento antes de que pudiera hacerlo. Me había timado claramente, pero tampoco tenía importancia. Uno de los lujos de poseer una fortuna era la capacidad de valorar el tiempo más que el dinero. Si unos cuantos miles de dólares evitaban que acabara discutiendo con esa mujer, aunque solo fueran cinco minutos, era un precio razonable.

El apartamento consistía en un dormitorio con una cocina en un rincón, una ventana con una preciosa vista del sucio edificio que tenía delante y un cuarto de baño con el espacio justo para poder abrir la puerta. Su cama estaba a unos pasos de la puerta principal. El desorden era descomunal, y nada más entrar, se abalanzó sobre mí un rechoncho bulldog francés. A juzgar por lo que veía, el perro se había tomado la libertad de sufrir una diarrea que había dejado esparcida por todo el apartamento. Y, a juzgar por el olor, era reciente.

Dejé a Natasha con cuidado en la cama, asegurándome de no pisar la mierda mientras lo hacía. Me arrodillé para que el perro me oliera una mano.

—Soy un buen tío, no te preocupes. Tu madre a lo mejor no está de acuerdo con eso, así que será nuestro secretillo.

El perro me olió con recelo. Unos segundos después, pasado el riguroso examen canino, me dio su aprobación con un lametón en la barbilla.

—¿Esto es tuyo o suyo? —le pregunté al perro mientras contemplaba la asquerosa explosión de caca—. Dime la verdad.

El animal se encogió un poco y se alejó para sentarse en un rincón.

—Ya me parecía a mí —dije.

Me remangué y me pasé la siguiente media hora limpiando caca. Por suerte, el suelo era de madera natural, así que con un poco de detergente, agua y un montón de papel higiénico, se solucionó. Cuando acabé, intenté

abrir la ventana para ventilar. En esa época del año hacía calor, pero mejor el calor que el olor. No me sorprendió descubrir que era imposible abrirla.

Una vez que limpié la caca del perro, confirmé la impresión de que su apartamento estaba tan desordenado como cabría esperar. Tenía un montón de ropa sin doblar, pero que parecía limpia, al lado de la puerta. Supuse que se habría impregnado del olor de la caca del perro y que le iría bien otro lavado.

Miré el reloj. Se estaba haciendo tarde, pero imaginé que podía comprar unas cuantas cosas antes de que Natasha se despertara. Papel higiénico para reemplazar los rollos que había usado limpiando lo que su bulldog francés tamaño tonel había ensuciado y herramientas para arreglarle la ventana. También podría ir a mi casa para lavarle la ropa.

Le quité los zapatos y la arropé con la colcha. Me detuve un momento para contemplar lo inocente que parecía dormida. Era fácil olvidar que esa era la misma mujer que, no me cabía duda, se había emborrachado a propósito para darme una especie de lección. Solo se le podía ocurrir a ella, usarse a sí misma como ariete. No era precisamente sutil, y tuve que admitir, a regañadientes, que admiraba ese rasgo de su carácter. A lo mejor porque su personalidad era totalmente distinta de la de Valerie. A lo mejor porque estaba monísima cuando intentaba cabrearme y solo conseguía que me encariñara cada vez más con ella.

Esperaba algo del estilo cuando la invité a cenar, pero no esperaba que durante la reunión llegara a demostrar que podía ser útil. Al día siguiente, alguien iba a llevarse una buena bronca por no haberse percatado del problema con WeConnect, pero me sorprendía que Natasha estuviera tan informada del mundillo empresarial como para que ella sí se hubiera dado cuenta. Podía haber sido de chiripa, pero aun así no me lo esperaba. Me había impresionado, aunque habríamos acabado percatándonos del problema al cabo de unas semanas, durante la revisión final de la estrategia de promoción.

La puse de costado con delicadeza y le coloqué unos cuantos cojines detrás de la espalda para asegurarme de que no se daba la vuelta y acababa vomitando cuando estuviera boca arriba.

—Échale un ojo, ¿vale? —le dije al perro—. Y apártate de ese rincón, hombre. Que no pasa nada.

El perro se levantó muy contento, echó a andar hacia la cama, a la que subió de un salto y se acurrucó al lado de las piernas de Natasha. Me gruñó.



—¿Qué? —le pregunté.

Gruñó más alto mientras se sentaba y levantaba el mentón. Miré su rechoncha figura y los michelines que le colgaban.

—Te mimas demasiado, ¿verdad? ¿Qué quieres, una chuche? A lo mejor por eso tienes problemas digestivos, amigo. Verás, voy a traerte una zanahoria de la tienda. —Me agaché para acariciarle la enorme cabeza—. ¿Quieres una zanahoria?

Él meneó el rabo, confuso, pero me lamió la mano. Le di unas palmaditas en la cabeza.

—Asegúrate de que no se muera. Técnicamente, es mi empleada, y no me apetece cargar con las culpas. Como le pase algo, iré a por ti con mis mejores abogados.

## Natasha

*M*e desperté con uno de esos dolores de cabeza que te hacían desear no estar viva. No solo quería morirme, sino que además quería viajar en el tiempo y evitar que mis padres me concibieran.

Mis idas de olla remitieron cuando conseguí beberme una taza de café y me comí unos huevos revueltos. Estuve de pie, junto a la encimera, medio zombi mientras cocinaba y Charlie me ladraba sin parar.

—Hoy no jugamos, cariño —le dije—. Lo siento, mamá tiene resaca.

Y, después, los recuerdos acudieron en tropel, un recuerdo desagradable tras otro. «Vamos, guapetón.» Lo había dicho, ¿verdad?

Luego casi me dio un ataque de pánico al intentar recordar cómo había llegado a casa. Recordé que Bruce me sacó del restaurante y que... ¡Ay, Dios mío! Recordé cómo me aferré a él, cual borracha desesperada. Incluso era posible que le hubiera dado un pellizco en el culo. Me ardió la cara solo de pensarlo.

Me di cuenta de que Charlie no se había hecho caca por ninguna parte, un tremendo alivio. No pude volver a casa para sacarlo, de modo que pensaba darle cuartelillo si ya fue incapaz de contener su pequeña vejiga, y desde luego que no lo saqué a pasear cuando regresé.

—Lo siento, colega —le dije, arrodillándome para acariciarle la carita—. Deja que lo guarde todo y te sacaré a dar un paseo. Seguro que estás a punto de reventar.

Con el rabillo del ojo, vi algo y me volví para examinar su cama, donde me topé con una zanahoria entera en toda su gloria. Y parecía de verdad. ¿De dónde narices había salido una zanahoria?

Cogí el cartón de huevos y abrí el frigorífico. Dejé los huevos junto al pollo y las verduras, y luego tuve que mirar de nuevo. ¿Pollo y verduras?

Miré el frigorífico por primera vez desde que me levanté y me di cuenta de que lo tenía hasta arriba, con comida suficiente para una semana. El congelador también estaba lleno de carne y de pan. Me quedé plantada, mirando sin comprender lo que debían de ser doscientos dólares en comida.

Después, caí en que todo estaba muy organizado, incluidos los botecitos de los condimentos que llevarían años allí, porque nunca se sabía cuándo ibas a necesitar salsa picante para unas alitas de pollo. Todos los botes estaban organizados por colores y de mayor a menor altura. Un vistazo por mi apartamento me confirmó que alguien lo había toqueteado todo para organizarlo. Incluido el montón de ropa limpia que tenía en el suelo y que, en ese momento, estaba pulcramente doblada delante de mi armario. Mi ropa interior estaba en su propio montón, también pulcramente doblada según pude ver.

Bruce.

Seguro que había sido Bruce. Seguro que me llevó a casa la noche anterior y, después, el estado de mi apartamento hizo que su trastorno obsesivo-compulsivo se volviera loco. Pero ¿por qué me había comprado comida? Y, a juzgar por el maravilloso olor de la ropa que había doblado, la había lavado de nuevo con un detergente de los buenos.

Estuve a punto de sacar el móvil que me había dado con su número directo para llamarlo, pero antes de poder marcar, vi la hora que era.

Ya llegaba una hora tarde y ni siquiera había salido de casa.

Cogí en brazos a Charlie, bajé corriendo las escaleras y lo dejé que hiciera sus cosas en el jardincillo que había delante antes de correr escaleras arriba con él bajo el brazo, como si fuera una pelota de fútbol americano y yo, la estrella del equipo. Me sorprendió que mi casera no aprovechara la oportunidad para salir de su apartamento y echarme la bronca por el alquiler, pero tampoco iba a protestar.

Me di la ducha más rápida del mundo y me vestí, ropa interior incluida, intentando no ponerme colorada por la idea de que Bruce ya tenía una oportunidad de entre diez de adivinar el color de mis bragas. Le di un besito a *Charlie* y salí corriendo a la calle. Bruce había encontrado un aparcamiento fabuloso justo delante, una suerte, porque me preocupaba tener que dar vueltas por la manzana en busca del coche.

Solo se me ocurrió mirar el móvil que Bruce me había dado una vez que me subí al coche. Tenía un mensaje de texto suyo.

BRUCE: No hace falta que me recojas hoy. Reúnete conmigo en la oficina. Tráeme la banana.

El alivio y cierta confusión me abrumaron. Era evidente que fue él quien se aseguró de que llegaba sana y salva a mi cama la noche anterior, y desde luego que era él el organizador compulsivo que había pasado por mi apartamento como un tornado del orden. No me apetecía calificarlo de «amabilidad», porque no estaba segura de que don Robot Sexual fuera capaz de ser amable. Seguro que lo había racionalizado con su fría y rara lógica hasta convertirlo en una obligación. A lo mejor se dio cuenta de que no podría torturar a la de prácticas si salía borracha a la calle y la atropellaba un coche, o si moría por malnutrición de una sobredosis de ramen. Lo de la organización seguramente fuera algo compulsivo y no un intento de ser útil. Seguro que también organizaba los estantes de las tiendas cuando iba de compras.

Abrí la puerta del despacho de Bruce poco después de las diez de la mañana. Era tarde, incluso para mí. Le presenté la banana que había comprado de camino como si fuera una ofrenda de paz.

Bruce se levantó, la cogió y procedió a tirarla a la papelera sin apenas echarle un vistacillo.

Solté el aire. No fue un suspiro, pero se le acercaba mucho.

—¿Qué le pasaba a esta?

—Que llega tarde.

—¿Y por qué me has pedido que te la trajera?

—No necesito un motivo, chica de prácticas. —Soltó el apelativo por esos voluptuosos labios con un deje lento y muy deliberado.

—Claro. —Intenté poner cara de póquer, porque no quería darle la satisfacción de que supiera que me había molestado—. Por favor, recuérdame, ¿cómo querías el café esta mañana? ¿Con escupitajo o sin él?

—Al gusto del chef.

Resoplé y salí hecha una furia de su despacho para prepararle el café. Tenía el don de recordarme que lo odiaba justo cuando empezaba a confundirme. Se merecería que le escupiera de verdad en el café, pero parecía que quería descubrir mi farol. Había una línea que no pensaba cruzar, ni siquiera para cabrearlo cuando se lo merecía tanto. Me conformé con algo menos

asqueroso y le eché una bolsita de azúcar en el café. Incluso le añadí un chorrito de leche, deseando que el cabrón fuera intolerante a la lactosa y tuviera que interrumpir su agenda perfecta para hacer una paradita en el cuarto de baño.

De acuerdo, técnicamente eso podía ser peor que escupirle en el café. Pero me bastó con recordar el sutil brillo triunfal en su mirada cuando tiró la banana a la papelera.

Volví a su despacho y lo pillé hablando por teléfono. Le di el café y me quedé delante de él mientras inclinaba la cabeza para beber un sorbo.

Se oyó un siseo, como el de una tubería con una fuga, y de repente acabé recibiendo una ducha de café caliente.

Me miré, sin comprender por qué tenía manchitas marrones en la blusa y en la cara. Después, vi la expresión horrorizada de Bruce.

—Mierda —dijo. Cogió un montón de servilletas de un cajón y empezó a secarme la cara y la blusa.

Los dos nos quedamos paralizados al darnos cuenta, al mismo tiempo, de que me estaba poniendo una servilleta en un pecho. Miré a Bruce, que se miraba la mano casi con desconcierto, pero el deseo era evidente en su cara.

—Si querías meterme mano —le dije, aunque tenía un nudo en la garganta por los nervios—, no hacía falta que me espurrearas el café.

Apartó la mano y, por primera vez desde que lo conocí, sonrió de verdad. Era una sonrisa de las buenas. Una sonrisa de las que te derretían el corazón y de las que hacía que las chicas se enamorasen. Era una sonrisa contrita, sincera, y también sensual a más no poder. Y luego estaba la forma en la que sus ojos me miraron, con un brillo que casi podría calificar de travieso, como guinda del pastel.

—Qué dulce —dijo él.

—Gracias, yo... —repliqué.

Me miró con el ceño fruncido y, después, se cubrió la boca con una mano para ocultar la sonrisa y soltó una carcajada.

—¡Ah! —exclamé—. Sí, claro, claro, has notado algo dulce porque le he echado azúcar al café. —¿Había entendido que me estaba diciendo que yo era muy dulce? Madre del amor hermoso.

Soltó el café en la mesa sin dejar de mirarme con esa preciosa sonrisa.

—Bueno, ¿prefieres que te llame chica dulce a chica de prácticas?

Me puse colorada de la cabeza a los pies. Agaché la cabeza, sin saber si reírme o llorar.

—La verdad, me gustaría saber el mejor sitio para hacerme una bola y morirme de la vergüenza. ¿Sabes de alguno bonito?

—Podrías meterte debajo de mi mesa —contestó.

No estaba segura de si lo había dicho con segundas o no, pero a juzgar por cómo se tensó unos segundos después, supuse que fue sin segundas.

—No creo que sea una buena idea ahora mismo. Seguro que me metía en problemas ahí abajo.

Arqueó las cejas.

—¿En qué problemas podrías meterte debajo de mi mesa?

—Dicen que una vez que la de prácticas prueba la banana de su jefe, lo desea para toda la eternidad. —Intenté morderme la lengua, de verdad que lo intenté, pero me había puesto a huevo el chiste verde. Decirlo era casi como una deuda con el universo.

Esperaba que se echara a reír o que, incluso, pareciera decepcionado, pero solo vi el mismo brillo intenso y apasionado que apareció en sus ojos mientras me secaba el pecho con la servilleta.

Dio medio paso hacia mí y, por un desquiciado segundo, creí que iba a pegarme contra la puerta y a besarme. Y por un segundo igual de desquiciado, creí que deseaba que lo hiciera.

Carraspeé y extendí el brazo a su lado para coger el café.

—Ahora te traigo otro. Lo siento —me disculpé a toda prisa antes de darme la vuelta y correr hacia la sala de descanso.

Me apoyé en la pared de la sala de descanso un minuto después y solté el aire en un intento por tranquilizarme mientras la cafetera preparaba más café. Di un respingo cuando creí ver que Bruce entraba, pero tenía algo raro. Luego caí en el asunto. El pelo alborotado. La falta de corbata. Los botones desabrochados. Era William.

—La chica de prácticas pródiga —dijo con voz cantarina—. Cuéntame: ¿mi hermano te permite preparar café para más personas o te quiere solo para él?

—No es mi dueño —contesté con un deje más amargo del que pretendía—. A ver, que puedo prepararte un café si quieres.

William asintió con la cabeza, pero la sonrisa que tenía en la cara era una

mueca demasiado elocuente para mi gusto.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has intentado darte una ducha con café? Con la ropa puesta, nada menos.

—Al parecer, a tu hermano no le gusta el azúcar.

William entrecerró los ojos, como si no lo terminara de entender, pero tampoco le importase demasiado.

—Bueno... —dijo al tiempo que se cruzaba de brazos y se apoyaba en la jamba de la puerta—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué le interesas tanto a Bruce?

—¿Te ha dicho algo? —le pregunté, y detesté el deje esperanzado que detecté en mi voz.

La sonrisa de William se ensanchó.

—¿Sabes qué? Da igual. Ya me hago una idea. —Soltó una carcajada—. Por cierto, ¿te has dado cuenta de que solo te pones faldas de tubo desde que te dije que mi hermano estaba obsesionado con ellas? La de prácticas que nos ha tocado es una viciosilla.

Me puse como un tomate. No podía mentir y decirle que era coincidencia.

—Tengo un fondo de armario limitado.

—Ya. En fin, dado que no intentas seducir en secreto a mi hermano, supongo que no te interesará conocer su única debilidad.

Hice todo lo posible por no preguntar, pero al final sucumbí.

—¿Cuál es?

—Banana split. Vendería su alma al diablo por una banana con helado.

Lo miré con suspicacia.

—No me lo imagino comiendo helado.

—Pues te lo creas o no, no siempre fue tan estirado. Una tía lo jodió vivo y todo eso de «no cometer el mismo error dos veces» se le fue de las manos. Está insoportable desde entonces. Llevo esperando una temporada a que se le pase, pero no da señales de que vaya a suceder pronto.

—Entiendo. ¿Y me has dicho cuál es su kriptonita porque esperas que me acueste con él y haga que se relaje un poco? Qué retorcido. Sabes que es retorcido, ¿verdad?

—Oye, no hay nada de malo en que dos adultos mantengan relaciones sexuales consentidas. Y tampoco hay nada de malo en que el hermano de un hombre quiera hacer lo mejor para él. Tú piénsatelo. Le hace falta. Nos estarías haciendo un servicio público a los dos.

Gruñí, asqueada.

—Aunque se me hubiera pasado por la cabeza, en secreto, acostarme con él, algo que no ha sucedido, acabas de conseguir que la idea sea tan retorcida que me resulte imposible llevarla a cabo.

William se desentendió de mis palabras con un gesto de la mano y con esa sonrisa que mostraba tan alegremente.

—Es muy incómodo que alguien te desmonte todas las farsas. Lo entiendo. Cojo mi café y te dejo sola. Pero acuérdate: banana split. Ah, y le gusta que le digan guarrerías. Que no se te olvide. Lo pone a mil.

William me guiñó un ojo después de que le sirviera el café.

Clavé la vista en la cafetera unos minutos mientras hacía acopio del valor necesario para volver al despacho de Bruce. No me gustaba William ni esa chulería que había demostrado al asegurar que me interesaba Bruce. Nunca había abandonado del todo la idea adolescente de que el sexo era algo especial. La mayoría de las mujeres que conocía, sobre todo desde que vivía en Nueva York, tenía una idea muy liberal del sexo. Para ellas, era un pasatiempo divertido. Algo que hacer por las noches siempre que el tío no fuera un cretino y estuviera limpio.

Ni siquiera estaba segura de qué me había pasado para convertirlo en algo tan sagrado y trascendental. Sí, me había acostado con un par de tíos. De acuerdo, con uno solo. Pero había visto muchas películas y había oído las batallitas de mis amigas. Tenía experiencia de primera mano con lo rápido que puede alcanzar un hombre un orgasmo y con la profunda vergüenza que sentía yo después, una vez acabado todo.

Conocí al chico con el que perdí la virginidad a través de una página de citas después de que mis amigas de la universidad me convencieran de que me creara un perfil. Salimos tres veces, y todas mis amigas me dijeron que la tercera cita básicamente tenía el requisito tácito de acabar en sexo si todo iba bien. Me sentí muy rara con todo el proceso. Rarísima. El chico era mono y nos llevábamos bien, pero no me pareció que fuera el momento apropiado. De todas formas, pasé por la experiencia. Durante los treinta segundos que duró.

Corté con él poco después, porque me daba la sensación de que el sexo resaltaba todos los problemas que tendríamos en el futuro. Seguramente me pasé de frenada, pero era lo que sentía, y el sexo me intimidaba desde entonces.

Y luego estaba Bruce.



Si William estaba convencido de que intentaba acostarme con su hermano, significaba que no me conocía en absoluto. Ya me costaba bastante imaginarme el sexo con un tío con el que estuviera saliendo... con uno con el que me llevara bien. Así que... ¿con Bruce?

El sexo con él sería... ¿horrible? No estaba segura. Solo me lo imaginaba haciéndolo de forma apasionada, intensa y salvaje. Algo que no se parecía en nada al crucero de placer romántico, a la luz de las velas, que había ido construyendo en mi imaginación como mi fantasía sexual perfecta. Sin embargo, no pude contener el escalofrío provocado por el deseo que me corría por las venas cada vez que pensaba en lo duros que serían sus brazos, en lo bien que se sentiría al ostentar tanto poder sobre un hombre que parecía tener el mundo a sus pies. No dejaba de pensar en lo maravilloso que sería tocarlo allí y ver cómo el poder lo abandonaba mientras yo me hacía con él, mientras yo me convertía en la capitana de su vida, aunque solo fuera por un instante.

Gemí en voz alta. A lo mejor William no se equivocaba tanto, pero seguía siendo un cerdo y un capullo.

Me desentendí de esas ideas. Tenía que concentrarme en el trabajo.

Sabía que Bruce ya se estaría impacientando, esperando su café. No me extrañaría ni un pelo que supiera cuánto se tardaba en ir a la sala de descanso y cuánto tardaba la cafetera en preparar el café. Seguramente podría decir cuántos segundos más de la cuenta había tardado. Tendría que aguantarse, y si se atrevía a preguntar, le diría que había estado en el cuarto de baño.

Me quedé en la sala de descanso un par de minutos más, hasta que entraron dos mujeres.

—Ni se te ocurra preguntar por la cuenta Murdoch —dijo la mayor de las dos. Tenía una sonrisa socarrona—. Eso se lo recordaría y acabaríamos todo el fin de semana aquí encerrados hasta solucionar el problema.

—Uf —replicó la otra, que se estaba sirviendo una taza de café—. Seguro que tienes razón.

La mujer con el café reparó en mi presencia en ese momento. Era unos cuantos centímetros más alta que yo y parecía tener treinta y tantos, con pecas en la nariz y pelo castaño.

—Eres la nueva chica de prácticas de Bruce, ¿verdad? —me preguntó.

—Ajá —contesté—. Supongo que ya se ha corrido la voz.

Ella asintió con la cabeza.

—Bruce nunca ha ocultado lo mucho que detesta la idea de tener trabajadores en prácticas y, desde que lo conozco, nunca ha tenido a uno a su cargo, así que sí. Como es normal, la gente tenía mucha curiosidad cuando apareciste.

Hizo una pausa, y me di cuenta de que estaba esperando a que yo explicase de qué iba todo en realidad. También me di cuenta de que tanto ella como el resto de la oficina ya deberían tener su propia explicación. Creían que me acostaba con él o que Bruce esperaba acostarse conmigo. Ojalá pudiera desentenderme del escozor que sus conjeturas me causaban, pero no podía. Todos esos desconocidos ya estaban predispuestos a suponer que encajaba en el estereotipo de chica de prácticas dispuesta a todo para ascender. No debería sorprenderme mucho, claro. Era más fácil creer lo peor de un desconocido que tomarse la molestia de descubrir la verdad.

Esboqué con esfuerzo una sonrisa amable y solté una carcajada. Me pareció la mejor forma de quitarle hierro al asunto sin tener que explicar la verdad, que de todas maneras parecería demasiado ridícula como para que nadie se la creyera: «Me sorprendió comiéndome su banana y me contrató para castigarme».

—¿Y bien? —insistió. No pensaba dejarme escapar así como así—. ¿Estáis...? Ya sabes.

—No, no. Desde luego que no. —Intenté arrugar la nariz para demostrar lo descabellada que era la idea—. Imposible.

—Entonces, ¿tienes novio?

—No —contesté, aunque cada vez tenía más ganas de decirle a esa cotilla que se metiera su interrogatorio por el culo y que me dejara tranquila.

La otra mujer había captado el rumbo de la conversación y añadió su opinión:

—Si Bruce Chamberson quisiera que trabajase para él en prácticas solo por el sexo, no me negaría.

La mujer del café se echó a reír, sorprendida.

—¡Stacy! Que estás casada...

La aludida se encogió de hombros.

—Si Michael viera a Bruce, lo entendería. Aunque, la verdad, creo que me lo pasaría mejor con William.

La otra mujer asintió con la cabeza.

—Seguro. Pero si quisieras una relación, creo que Bruce sería el mejor

candidato. William es para tener algo sin compromiso ni ataduras. Bruce me parece la clase de hombre con un fuerte afán posesivo. —Sopesó lo que acababa de decir y luego entrecerró los ojos y sonrió—. Como un oso enorme.

Stacy se echó a reír y me pareció que esa era mi mejor oportunidad para escapar.

—En fin, tengo que volver con el oso —dije.

Las dos se echaron a reír.

—Ah, lo que daría por ser joven de nuevo —dijo Stacy mientras yo salía de la sala de descanso, aunque era imposible que fuera mucho mayor que yo.

Intenté por todos los medios centrarme mientras volvía al despacho de Bruce. Solo llevaba una semana allí y ya tenía la sensación de que estaba atrapada en algo mucho más turbulento y fuera de control de lo que había esperado. Era consciente de que mis emociones empezaban a involucrarse en una situación que, en un primer momento, solo iba a ser un trabajo. Candace parecía creer que estaba loca por no querer acostarme con Bruce. Desde luego, las mujeres de la sala de descanso creían lo mismo. Incluso el hermano de Bruce prácticamente me había dicho que me acostara con él.

Empezaba a creer que Bruce y yo éramos los únicos sobre la faz de la Tierra que no queríamos irnos a la cama. Pero, a decir verdad, tampoco estaba muy segura de que fuera cierto. El brillo de los ojos de Bruce acudió a mi cabeza, y fui incapaz de no recordar la sensación que me provocó su mano en el pecho, como si hubiera cobrado vida una llama que seguía ardiendo.

Montármelo con Bruce tal vez fuera el menor de mis problemas. Porque sospechaba que también tendría que lidiar con los dichosos y desconcertantes sentimientos que empezaba a provocarme.

## Bruce

*H*acía un día tan ideal que me daban ganas de vomitar. Los pájaros cantaban, la hierba del campo de golf no podía ser más verde ni estar mejor cortada. Una formación rocosa creada por la mano del hombre rodeaba el lago, que era el hogar de una bandada de patos que, de vez en cuando, sumergían la cabeza en busca de algún jugoso trozo de comida de la que comer. Hasta el tiempo era agradable.

Me bajé del carrito y miré a mi *caddie*, que se había puesto el sombrero que yo le había aconsejado, algo que me sorprendió.

—El hierro cinco, por favor.

Natasha parecía estar a punto de golpearme en la cabeza con uno de los palos en vez de darme el que le había pedido.

—¿Y cuál es ese, oh, amo? —me preguntó con deje sarcástico.

—El que tiene un cinco. Con razón no te pago.

Sacó el palo de la bolsa y se acercó a mí con mirada fogosa. Intenté no fijarme en el contoneo de sus caderas, enfundadas en esos chinos masculinos que llevaba, ni en lo ajustado que le quedaba el polo negro, que dejaba a la vista un sugerente trozo de su canalillo. Estaba superridícula con el sombrero de ala ancha que le había dicho que se tenía que poner para ser mi *caddie*, pero al mismo tiempo estaba monísima. Era de esos sombreros que llevaban todos los hombres en los años cincuenta.

Le quité el palo de las manos y sentí un ramalazo de emoción cuando nuestros dedos se rozaron.

Era raro, pero el deseo de apartarla de mi vida aumentaba a medida que pasaba más tiempo con ella. A esas alturas, llevaba trabajando para mí una semana y ya había perdido la cuenta de las veces que se había cargado mi rutina. Sin embargo y al mismo tiempo, una parte confusa de mi persona

disfrutaba del desafío que suponía meterla en vereda. Tal vez hubiera una parte protectora en mí que estaba dispuesta a salvarla de sí misma. Al fin y al cabo, había sido testigo de la facilidad con la que se caía de unas escaleras o se metía entre el tráfico sin darse cuenta. Retenerla a mi lado tal vez se debiera más a mi deseo de mantenerla con vida que al de seguir con el extraño jueguito que nos traíamos entre manos.

—¿Me explicas otra vez por qué esto cuenta como un evento de la empresa? —me preguntó.

—A ver —dije—. ¿Ves a aquellos hombres de allí? —Señalé a Alec y a Von, que estaban jugando el hoyo situado a unos doscientos metros detrás de nosotros—. Son dos empresarios suecos que quieren abrir una cadena de restaurantes en Estados Unidos. Corre el rumor de que planean extenderse por todo el territorio en cinco años. Quiero que elijan Galleon Enterprises, así que aquí estoy, en el mismo campo de golf que ellos. Les doy el espacio que necesitan, pero nos encontramos... por casualidad, por supuesto. Después del partido, cuando nos reunamos en el bar del club de golf, ¿quién sabe? A lo mejor acabamos hablando de negocios con ellos.

—¿Y necesitabas que me vistiera de payaso para conseguir eso? —protestó ella.

—¿Quieres que te diga la verdad? No pensaba que fueras capaz de ponerte la ropa que le pedí a Linda que trajera.

Había visto a Natasha ponerse colorada muchas veces, pero el rubor que se extendió por su cara en ese momento tal vez fuera el primero ocasionado por un enfado.

No pude contener una sonrisilla, gesto que me pareció raro. Nunca había sido de los que sonreían con facilidad, y era extraño que algo me pareciera gracioso. Al menos, no desde Valerie.

—En fin —dijo con un deje furioso—. En la oficina todos creen que me mantienes a tu lado porque soy una especie de esclava sexual. Vestirme así no va a ayudar a acallar los rumores.

—¿Y qué más da lo que crean? De esa forma evitamos que cualquiera de los tíos que trabajan en la empresa te tire los tejos.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Ahora no puede tirarme nadie los tejos?

—A menos que quieran acabar despedidos, no. Será mejor que no lo hagan.

Cruzó los brazos por delante del pecho, y el gesto le unió las tetas sin querer, algo que me distrajo.

—Entonces, ¿forma parte de mi castigo? ¿Quieres asegurarte de que no conozca a ningún hombre mientras soy tu esclava?

—No. Es porque trabajas para mí. Eres mía. No quiero que nadie toque lo que es mío. Así de simple.

—¿Tuya? —me preguntó con incredulidad—. ¿Y qué pasa si no quiero ser un trofeo polvoriento en tu estantería?

—Que puedes renunciar. Hasta entonces jugarás siguiendo mis reglas.

—Eres un cabronazo, ¿lo sabes? —Apretó los labios, enfadada, miró la bolsa de golf y, después, se subió al carrito y salió disparada. La miré mientras se alejaba y estuve a punto de soltar una carcajada cuando la vi dar media vuelta para regresar al cabo de unos segundos. Bajó furiosa del carrito, metió la mano en el bolsillo de la bolsa de golf y sacó las llaves—. Se me habían olvidado, ¿vale? —me soltó con la cara roja como un tomate. Acto seguido, se subió de nuevo al carrito y se fue.

Meneé la cabeza. Esa dichosa mujer tenía la rara virtud de cabrearme e intrigarme al mismo tiempo.

Eran casi las nueve de la noche y yo seguía en la oficina. Hacía todo lo posible para organizar mi vida siguiendo una rutina estricta, pero salir tarde del trabajo era un pequeño trastorno que no me importunaba.

La diferencia era que Natasha también estaba en la oficina, lo que significaba que las únicas personas en el edificio éramos el personal de la limpieza, la chica de prácticas y yo.

Yo estaba sentado a mi mesa, intentado asegurarme de que tenía controlados todos los detalles para la reunión del día siguiente con uno de nuestros mayores clientes. Me rugía el estómago, porque no sabía dónde había dejado la cena que había llevado. Estaba seguro de haberla guardado en el frigorífico de la sala de descanso, pero cuando fui en su busca hacía media hora, descubrí que no estaba.

Natasha asomó la cabeza por la puerta.

—Te habrás dado cuenta de que estoy aquí sin hacer nada, ¿verdad? En realidad, no me has asignado ninguna tarea, salvo la de seguirte allí donde vayas y molestarte, así que me preguntaba si podía irme ya.

La miré furioso. Era la tercera vez que me preguntaba si podía irse a casa y, a esas alturas, yo estaba a punto de ceder. Empezaba a cuestionar mis propios

motivos para mantenerla cerca de mí y castigarla. Habían pasado días desde el incidente de la banana y, para ser sincero, sabía que me había resarcido lo suficiente con todo lo que había pasado. Pero ya no era algo tan sencillo.

Me fijé en su pelo y en sus ojos castaños mientras estaba allí asomada, de manera que solo le veía la cabeza y los hombros, como si pensara que tal vez tuviera que salir por patas si las cosas se ponían feas.

—Hay una cosa que sí puedes hacer antes de irte —le dije—. Ve a comprar comida china o lo que sea para que cenemos.

En ese momento sí que entró en mi despacho, con los ojos como platos, al tiempo que se llevaba una mano a la boca para exagerar la sorpresa.

—¿Tú? ¿Comiendo comida china para llevar? ¿No te preocupa acabar convertido en una bola de grasa y que tengas que salir rodando de la oficina?

—Como de una determinada forma para mantener la mente despierta. Los nutrientes adecuados en los momentos adecuados del día mantienen los niveles óptimos de energía y te ayudan a estar de buen humor.

Ella levantó una ceja.

—Entonces ese es el problema. Tus nutrientes no están bien, porque creo que nunca te he visto de buen humor, salvo cuando me metiste mano aquella vez.

No recordaba la última vez que me había puesto colorado, pero tuve la impresión de que en ese momento se me acaloraba un poco la cara.

—No te metí mano. Estaba intentando limpiarte el café de la blusa antes de que te dejara mancha.

—Vale. Pero empezaste por las tetas.

—Eran... eran lo que tenía más a mano.

Natasha soltó una carcajada sorprendida y me miró con una sonrisa embriagadora.

—¿Lo que dice tu hermano es cierto? ¿Sobre tu obsesión con las secretarías?

—Nunca he tenido una obsesión por las secretarías.

—En pasado —señaló ella.

Sonreí.

—A ver, si quieres interrogarme, será mejor que vayas a buscar comida. Ya. Creo que nos quedan diez minutos antes de que empiece a echar espumarajos por la boca y a gruñir. No llevo muy bien lo de pasar hambre.

—No estoy segura de que los espumarajos sean una consecuencia del

hambre, que lo sepas.

Nada más ver la cara que puse, levantó las manos a la defensiva.

—Vale, vale. ¿Qué quieres del restaurante chino?

—Cualquier cosa, pero asegúrate de traer *rangoons* de cangrejo. Hace años que no los como y, ahora mismo, daría cualquier cosa por probar uno.

—¿Cualquier cosa? —repitió ella con un brillo travieso en los ojos.

Volvió media hora después con dos enormes bolsas marrones llenas de comida. De la peor comida posible desde el punto de vista nutricional. Pensé que a mi nutricionista le daría un infarto si la viera, y estaba seguro de que al día siguiente me sentiría fatal, pero sin saber por qué, me daba igual. A lo mejor solo era por el hambre atroz que sentía o tal vez porque Natasha, el desastre con patas, me estaba contagiando lo suyo.

Empecé a abrir los envases en busca de los *rangoons* de cangrejo y me percaté de que Natasha estaba mirándome sin hacer nada.

—¿Qué? —le pregunté.

—Tengo la impresión de que debería llamar a tu domador o lo que sea. ¿Seguro que estás bien?

Solté la bolsa de papel encerado llena de *rangoons* y me encogí de hombros.

—¿Por qué iba a estar mal?

—¡Ah! —exclamó ella como si tal cosa—. Ni idea.

Le di un bocado a un *rangoon* y me apoyé en el respaldo del sillón, sonriendo mientras masticaba.

—Joder, qué rico. Cuando estaba en la universidad los comía a todas horas. En algunos restaurantes les dan forma de ala, con el relleno en la parte inferior y la parte de arriba de masa crujiente. Pero ¿estos? Estos son los mejores. —Le di media vuelta al *rangoon* que tenía en la mano para señalarle los cuatro picos crujientes de la masa, en cuyo interior estaba el jugoso relleno de cangrejo y deliciosa salsa.

—Me alegro de que te gusten.

—¿Vas a comer o vas a seguir ahí mirándome en plan raro?

Natasha suspiró, se sentó y abrió el envase más aburrido de todos. El de arroz blanco cocido sin ningún aderezo. Parecía que algo la molestaba, pero no estaba seguro de ser la persona adecuada en la que ella confiaría, así que



decidí disfrutar de la comida sentado frente a ella sin mantener conversación alguna durante un rato.

Al final, Natasha alzó la vista del arroz, que apenas había tocado. Tenía el ceño fruncido.

—¿Por qué hiciste todo lo que hiciste en mi apartamento? —me preguntó.

La pregunta me sorprendió. Solté el pinchito de ternera que me estaba comiendo.

—No fue nada.

—Ni hablar. No hacer nada habría sido llamar a algún asistente personal, que para eso tienes los millones que tienes, y ordenarle que me llevara a casa. Lo que hiciste fue un detallazo. Y le diste una zanahoria a mi perro. Sé que lo hiciste, así que no intentes negarlo.

—¿La zanahoria fue el punto de inflexión o qué?

—No —contestó ella—. No hay ningún punto de inflexión. Es que estoy harta de que cuando por fin creo que te tengo calado, hagas algo que no te pega en absoluto. Me contrataste para castigarme. Prácticamente me obligas a ser tu esclava. Me humillas siempre que puedes. Pero, al mismo tiempo, me haces comentarios subidos de tono, tonteeas conmigo, me metes mano y te portas fenomenal cuando me pillo la borrachera del siglo. Incluso arreglaste la ventana de la cocina que nunca se abría. —Se encoge de hombros como si estuviera derrotada—. Estoy cansada, nada más. Quiero saber si debo odiarte o si deberías caerme bien, y estás haciendo que me sienta como si fuera una bola de una máquina de pinball.

Me apoyé en el respaldo del sillón.

—Una bola de pinball entre el odio y la simpatía —dije—. ¿Eso significa que a veces te gusto?

Ella puso los ojos en blanco con ese gesto tan suyo. No era un gesto irrespetuoso o inmaduro, como lo habría sido en otra persona. Era juguetón y sensual. Me hacía sentir que estábamos compartiendo una broma privada.

—También significa que a veces te odio.

En mi cerebro empezaron a sonar campanas de alarma. «Desconecta. Aborta. Ponle fin. Ahora mismo.»

El sistema de seguridad que me había pasado dos años creando en mi cuerpo quería que hiciera algo para evitar que la conversación continuara, pero Natasha conseguía eludirlo de alguna manera. A su lado no podía controlarme. No siempre.

—Bueno —repliqué—. Pues ya somos dos.

Ella me regaló una sonrisa torcida.

—¿Eso significa que a veces te gusto?

—A veces —contesté—. Y normalmente cuando menos sentido tiene que me gustes.

Natasha se mordió el labio.

—¿En qué momento te he gustado? Solo por curiosidad, claro.

—Cuando tuviste los ovarios de señalar el problema de agenda con WeConnect durante la cena. Cuando te pusiste ese atuendo tan ridículo que te di para que hicieras de *caddie*. Cuando le echaste azúcar a mi café. Cuando intuí que te estabas excitando mientras te limpiaba el café de la... blusa.

Ella bajó la mirada y tomó una entrecortada bocanada de aire.

—¿Y cómo sabías que estaba excitada?

—De la misma manera que lo sé ahora —respondí—. No parpadeas apenas y te cuesta respirar. Se te ponen las mejillas y el cuello colorados. Estás más tiesa que un ajo. Tu cuerpo entero se pone en estado de alerta. Me apuesto lo que quieras a que sientes una especie de hormigueo en la piel, como si pasara una corriente eléctrica.

Se frotó el brazo con gesto distraído, allí donde se le había puesto el vello de punta y la piel de gallina.

—Pues no —me contradijo en voz baja—. Es más bien como el sol. Como si un cálido rayo de sol me calentara todo el cuerpo. —Guardó silencio y me miró mientras se mordía el labio de nuevo de una manera que me llevó a replantearme todas las promesas que había hecho sobre lo de evitar las complicaciones.

—Y ese calor... —dije—, ¿qué efecto tiene exactamente?

Ella sonrió.

—¿Te soy sincera? Ahora mismo, me apetece comerme una banana.

Sentí que se rompía la emoción de momento al oír la ridícula respuesta.

—¿Cómo?

—Algo frío. Como el banaba split que he comprado después de salir del restaurante chino. Lo he dejado en la sala de descanso, y hay de sobra para los dos.

## Natasha

Vi a Bruce Chamberson sonreír por segunda vez desde que lo conocía cuando saqué el banana split del congelador. Por suerte, solo llevaba dentro veinte minutos y la banana seguía a la temperatura perfecta. Era enorme. Había dos bananas, una a cada lado de las tres bolas de helado de chocolate, fresa y vainilla. La monstruosidad tenía una generosa capa de nata montada, jarabe de chocolate por encima de la bola de chocolate, jarabe de fresa por encima de la bola de fresa y caramelo por encima de la de vainilla.

—Has estado hablando con William, ¿verdad? —me preguntó Bruce.

—Es posible —contesté.

Bruce me miró con una expresión que podría haber conseguido que una monja se quitara el hábito en cuestión de segundos. Puro sexo. Puro fuego.

—La última vez que William convenció a alguien de que me invitara a un banana split, me dijo que le había asegurado que de esa manera me bajaría los pantalones. ¿Esto significa que esperas que me baje los pantalones?

—Eso sería ridículo —respondí al instante—. ¿Qué hacemos luego con ellos?

Bruce se echó a reír. Tenía una risa fantástica. Una risa sincera. Contagiosa, incluso. Me reí con él mientras esperaba a que diera el siguiente paso. Fuera el que fuese, la pelota estaba en su campo. Aunque fui yo la que nos arrastró al terreno de juego, sabía que dependía de él lo que sucediera a partir de ese momento, y me alegraba por ello. Todavía no estaba segura de lo que buscaba exactamente con él, pero sí tenía claro que era inútil luchar contra la atracción que me provocaba. A saber si era posible que una relación entre nosotros funcionara, pero Candace tenía razón. Yo era una adulta. No tenía por qué caerme bien para acostarme con él.

Aunque habría sido más fácil si tuviera claro que no me gustaba. El problema radicaba en que ya no estaba segura de nada. Me descubría pensando en él a todas horas. Ansiaba esos instantes de felicidad que a veces se le escapaban. Me gustaba ser la causante de dichos momentos, porque era como si tuviera un efecto especial sobre él.

No tardó nada en meterle mano al helado, pero se aseguró de darme una cuchara para compartirlo. Compartir el postre con él me pareció un gesto muy íntimo, sobre todo porque no paraba de hacer unos ruiditos muy tiernos y un poco eróticos que indicaban lo mucho que estaba disfrutando. Parecía incapaz de contenerse.

—¿Tienes familia? —me preguntó de repente, pero cuando me di cuenta de que llevábamos cinco minutos comiendo sin hablar, supuse que era posible que hubiera empezado a sentir cierta curiosidad por mí. Lo único que sabía era lo que veía. No sabía nada de mi vida doméstica, de mi pasado ni de mi familia. Me halagó en cierto modo que demostrara esa curiosidad.

—Ajá —contesté, tras lo cual lamí la parte posterior de la cuchara y suspiré. La dejé en la mesa porque no quería acabar empachada y sintiéndome mal delante de Bruce, por más que deseara seguir comiendo—. Mis padres viven fuera de la ciudad. Son maestros. Mi hermano mayor vive con ellos.

Bruce asintió con la cabeza, ese gesto tan típico suyo, cuando revelé la parte de mi hermano. Parecía sentir una especie de mezcla entre compasión y curiosidad.

—Todavía no ha encontrado su camino en la vida —le expliqué—. Gasta toda su energía en hacer planes para ganar dinero de forma rápida. Probó lo de marketing multinivel. En una ocasión, puso en marcha una especie de fraude que consistía en ofrecer productos que las tiendas grandes anunciaban en oferta a través de sus páginas webs. Por ejemplo, si vendían guantes por dos dólares, él ofrecía unos cuantos en eBay por cuatro dólares y cuando alguien los compraba, se subía en el coche, iba a la tienda en cuestión, los compraba, los empaquetaba y sacaba un beneficio con la venta. Estoy segura de que era ilegal, pero de todas formas le cerraron la cuenta por otra tontería de las suyas.

—Conozco a ese tipo de gente —comentó Bruce—. Mis padres son un poco así. Creen que William y yo somos sus cajeros automáticos personales, unos cajeros sin fondo, por cierto. Sin olvidar que hicieron todo lo posible

para evitar que mi hermano y yo llegáramos adonde hemos llegado. Y ahora que estamos aquí, es todo gracias a ellos, por supuesto.

—No ha debido de ser fácil. Lo he pensado muchas veces —dije—. Lo difícil que debe de ser triunfar en algo. Y que al poco tiempo te des cuenta de que la gente que conoces intenta arrebatarle un trozo de la tarta que has conseguido.

Él se echó a reír, pero fue una risa triste. La expresión distante de sus ojos me dijo que había dado en el clavo.

—¿Eso fue lo que pasó? —le pregunté—. Con la chica, me refiero. Con la que mencionó tu hermano.

Bruce pareció sopesar mi pregunta durante un buen rato. No tuve claro si estaba decidiendo si debía contestarme o no, o si estaba buscando la respuesta correcta.

—No es algo sobre lo que me apetezca hablar ahora mismo —dijo por fin.

Asentí al instante con la cabeza y debido a las prisas con las que intenté disculparme por haberle hecho una pregunta tan impertinente, golpeé con la mano su cuchara, que salió despedida del cuenco y nos puso perdidos de helado y jarabe. Miré espantada sus carísimos pantalones, en los que le había caído un trozo de helado de cada sabor que la tela absorbía con rapidez.

Estuve a punto de extender el brazo para limpiarlo, pero caí en la cuenta de que, en esa ocasión, sería yo la que estuviera metiéndole mano.

Él me miró la mano y me observó mientras la apartaba con gesto incómodo y me ponía colorada como una tonta.

Bruce, que no parecía tener prisas por limpiarse, usó el dedo índice para coger un poco de helado de chocolate medio derretido, lo miró y, después, me lo acercó a la boca.

—¿Vas a limpiar el estropicio que has provocado, chica de prácticas? —me preguntó con una voz ronca y erótica. La mirada sensual de esos ojos entrecerrados con sus espesas pestañas no dejaba lugar a dudas.

¿Quería que le...? ¡Ay, Dios mío! Me sentí sexualmente inadecuada de repente. Ansiaba hacerlo. Lo tenía claro. No se trataba de la tensión sexual torpe de la época universitaria. Aquello era real. Como jugar en las grandes ligas, y nunca había sido consciente de lo mal preparada que estaba para enfrentarme a ese momento.

—Esto... —balbuceé mientras extendía el brazo para coger una servilleta.

—No. —Me detuvo con firmeza—. Con la servilleta no.

Tragué saliva y levanté la mano para aferrarle la muñeca y acercarme su mano a los labios, centímetro a centímetro, muerta de los nervios. Me metí la punta del dedo en la boca y dejé que mis labios lo chuparan. La incertidumbre y los nervios me abandonaron de repente cuando vi cómo me miraba. Hipnotizado por el placer, rebosante de deseo y pasión.

Tuve la impresión de que podría postrarlo de rodillas con el más leve roce de la lengua, y ese poder se me antojó embriagador.

Me saqué su dedo de la boca sin soltarle la muñeca y cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que me atravesaba un fuego abrasador.

—No soy... yo no suelo hacer estas cosas —dije.

—¿Haces estropicios y luego no los limpias? —me preguntó él.

Clavé la vista en el dedo y esboqué una sonrisilla.

—Normalmente no uso la boca, mucho menos cuando el estropicio está en la entrepierna de alguien.

—¿Normalmente? Así que lo haces a veces, pero no siempre, ¿no?

—Lo creas o no, esta es la primera vez.

—Bien —dijo—. Me gusta la idea de tenerte solo para mí.

Sus palabras me provocaron un cálido hormigueo en la piel, como si fueran un hechizo que acabara de unirme a él de alguna forma. No sabía qué sentido les había dado él. Pero sí tenía claro que nuestros cuerpos se movían por voluntad propia a esas alturas, acercándonos cada vez más a lo inevitable, pero no sabía qué sucedería después. Si le hacía caso a Candace, debería darme igual. Supuestamente solo sería sexo. Diversión sin más.

Pero para mí eso no bastaba.

—¿Esto es buena idea?

Bruce se puso de pie. Su cuerpo estaba tan cerca del mío que podía sentir el calor que irradiaba. Me pregunté si sentiría la dureza de su erección si se acercaba un par de centímetros más.

Me rozó una mejilla con los dedos y desde allí descendió hasta el mentón y la barbilla al tiempo que sus ojos seguían el movimiento sin perderse detalle, como si esperara encontrar algo.

—A lo mejor no —contestó—. A lo mejor solo vas detrás de mi dinero y a lo mejor yo solo quiero pasármelo bien contigo antes de descartarte. Pero podríamos pasarnos días y días hablando del tema y no lo sabríamos hasta que no lo intentáramos.

Me incliné hacia delante y le apoyé la frente en el pecho mientras la mente

me funcionaba a toda pastilla.

—¿Y cómo sé yo que no eres tú quien va detrás de mi dinero? —le pregunté al cabo de un rato.

Bruce rio entre dientes, y la vibración resonó en su pecho.

—Supongo que vas a tener que hacerte una pregunta muy importante. ¿Te sientes afortunada, chica de prácticas? ¿Qué me dices?

Lo miré con una sonrisa torcida.

—¿Ahora mismo? Sí. Sin que sirva de precedente.

En ese momento, me besó, y fue más de lo que había imaginado. El mundo desapareció. El lejano sonido de los coches que circulaban por la calle, el viento contra las ventanas y el zumbido del aire acondicionado se distanciaron hasta perderse. Fue como si todos mis receptores sensoriales se desconectaran de repente, salvo los de los labios y las manos para poder concentrarme solamente en los lugares donde nos tocábamos.

Tenía unos labios increíblemente cálidos y suaves, con la humedad justa para que el beso fuera erótico, pero no baboso. Percibí el dulzor del helado en ellos y en su lengua. Me besó como si hubiera deseado hacerlo desde la primera vez que me vio. Se pegó a mí y me sujetó por los hombros para evitar que me cayera mientras me apoyaba contra la puerta de la sala de descanso y me inmovilizaba.

Sentí que una de sus manos golpeaba la puerta, al lado de mi cabeza. La otra mano me la enterró en el pelo hasta que me sujetó la cabeza y me instó a levantarla para que lo mirara a los ojos. Su sólido y cálido cuerpo estaba pegado al mío y sentí la rigidez de su erección en el abdomen.

—Mi hermano tenía razón —susurró entre beso y beso—. Aunque no del todo.

—¿Sobre qué? —le pregunté. Mis manos se movían por su cuenta y exploraban desvergonzadamente cada protuberancia, curva y plano de ese cuerpo escultural por encima de la camisa. Ansiaba desnudarlo, pero navegaba por aguas inexploradas. Quería que él llevara las riendas. Quería confiar en él para que me guiara.

—Sobre las faldas de tubo y la imagen típica de la secretaria. Pero no tiene nada que ver con el fetichismo. Es que no podía dejar de pensar en levantarte la falda y abrirte de piernas para hacer que gimias mi nombre hasta quedarte ronca.

Tragué saliva y se me olvidó devolverle el beso durante unos segundos,

mientras sus eróticas palabras obraban su magia en mí, desde el hormigueo que se extendió por las yemas de mis dedos hasta el calor que me invadía las entrañas. Y, después, como si una mano espectral helada me hubiera agarrado el tobillo desde la oscuridad, la realidad se interpuso entre nosotros. Necesitaba confesarle la verdad. No podía hacer eso mientras planeaba escribir el artículo. Bruce debía saberlo.

—Bruce, tengo que decirte una cosa que...

—Esta es la parte en la que admites que eres una espía rusa enviada para matarme —me interrumpió—. Déjalo. Me da igual. Ahora no.

Intenté convencerme de que debía decírselo de todas formas. Lo intenté de verdad, pero cada vez que me besaba o que esas manos tan grandes me acariciaban con avidez, regresaba a su mundo de ensueño, a ese lugar extraño donde no parecía importar que tuviera facturas pendientes y que la única forma de pagarlas pasara por traicionar a Bruce. Lo único que importaba era todo lo que resultara placentero y natural. Y, madre mía, pero no entendí el significado de la palabra «natural» hasta que sus manos me acariciaron y sus labios me besaron. No había nada tan natural en el mundo como pedir más, anhelar más.

Me levantó del suelo sin dejar de besarme, y le rodeé la cintura con las piernas mientras me llevaba hasta la mesa desde la que se veían los jardines interiores y el patio. Me había levantado la falda hasta la cintura y, para mi espanto, me di cuenta de que llevaba las bragas menos sensuales que tenía. Eran de un color verde muy poco favorecedor con un tejido un tanto deshilachado. Además, me quedaban más bien grandes y parecían un poco de abuela.

Para mi alivio, Bruce, don Controlado y don Calmado, decidió ponerse en plan cavernícola. Sin apartar los labios de los míos, extendió un brazo, cogió las bragas por el elástico y les dio un tirón. El elástico no se rompió... pero la tela se rasgó de un lado al otro.

Jadeé contra sus labios y le aferré la nuca, clavándole las uñas en la piel.

—Espero que no te gustaran —masculló, y tuve la impresión de que lo decía con un deje sorprendido, como si no hubiera esperado parecer tan descontrolado. Me consoló un poco pensar que no era la única que sentía arrastrada por una corriente invisible, pero muy fuerte.

—Eran mis preferidas —mentí—. Pienso demandarte.

—Ahora lo entiendo —replicó él, que me invitó a tumbarme sobre la mesa



sin apartar las piernas de su cintura—. Has ido detrás de mi dinero todo este tiempo. Esto ha sido un plan muy bien pensado para que yo te rompiera las bragas y así poder llevarme a los tribunales.

Me lamí los labios, demasiado excitada como para burlarme de él.

—Tienes razón —dije con un hilo de voz—. Meterme tu banana en la boca solo fue el primer paso de un plan largo y complicado del que tú no sabías que formabas parte. En realidad, soy un cerebro portentoso, no un desastre con patas.

Él rio entre dientes, pero el deseo que lo embargaba borró al instante todo rastro de hilaridad de su cara, como si solo pudiera distraerse un instante de lo que tenía delante. De mí.

—Casi me engañas hasta que has llegado a la parte en la afirmas no ser un desastre con patas.

—Joder —protesté—. Supongo que me has pillado entonces.

Me robó el aliento cuando levantó un brazo y se quitó la corbata con un solo movimiento. Sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento y, ¡por Dios!, me miraban con todo tipo de promesas eróticas. Además, sabía que lo de ir tan despacio era una tortura para mí, que seguía allí totalmente expuesta, pero no me demostró clemencia alguna.

Se desabrochó los botones uno a uno, y el momento se me hizo eterno.

Un botón: la parte superior de su bronceado torso y un trocito de clavícula.

Dos botones: la hendidura del esternón entre los pectorales y un poquito de músculo.

Tres botones: la línea divisoria entre los pectorales y unos abdominales perfectamente definidos.

No llegó al cuarto porque perdí la paciencia. Me incorporé sobre la mesa, le agarré la camisa y le di un tirón, sin importarme si le arrancaba los botones en el proceso. Al fin y al cabo, él me había roto las bragas. Mejor olvidarnos de que su camisa seguramente costase más de cien dólares y de que yo robé mis bragas de un estante de prendas de ocasión, eso no importaba.

Lo oí hacer un sonido que era una mezcla de gruñido y gemido cuando le abrí la camisa, momento en el que pude disfrutar en primera fila de un cuerpo de esos que solo se ven en la gran pantalla o en las revistas de moda.

—En fin, chica de prácticas, ya no tienes base legal para demandarme.

—A la mierda el dinero. Solo te deseo a ti.

No hizo falta que me preguntara si mis palabras habían surtido efecto,

porque se quitó los pantalones y me quitó a mí el resto de la ropa en cuestión de segundos. De repente, los dos estábamos desnudos. Podría haberme sentido avergonzada, pero al ver que me devoraba con la mirada, sentí que no había cabida para las dudas. Le gustaba lo que veía.

Sabía que algunas mujeres veían pelis pornos, pero a mí me resultaba chocante. Así que solo había visto a un tío desnudo en mi vida y, en ese momento, por fin pude afirmar con rotundidad que mi experiencia anterior fue con un hombre que tallaba pequeño. O eso o Bruce era afortunado. Muy afortunado.

Esperaba que me la metiera sin más, pero en cambio, se arrodilló junto al borde de la mesa. Yo me incorporé un poco, luchando contra el deseo de juntar las piernas. Una cosa era estar desnuda delante de él y otra tener su cara a escasos centímetros de mis partes íntimas. Sin embargo, no me dio tiempo para que me preocupara mucho porque, en cuanto sus labios rozaron la cara interna de un muslo, todas mis preocupaciones desaparecieron arrastradas por un placer candente.

Me apoyé en los codos, renuente a tumbarme por completo, porque verlo allí, haciendo su trabajo, era demasiado erótico como para cerrar los ojos o apartar la vista.

—No hace falta que... —dije con un hilo de voz y no supe por qué quise hacerlo cambiar de opinión al respecto cuando todas las células de mi cuerpo lo animaban a continuar.

Bruce me miró a los ojos mientras me daba un lento lametón desde el muslo hasta el coño. Abrí la boca sin emitir sonido alguno y mi cuerpo se tensó. Allí me quedé, boquiabierta y jadeando solo por un lametón que había durado segundos, ansiando más.

—¿Quieres que pare, entonces? —me preguntó con una sonrisa ufana.

—Ni se te ocurra.

Enterró la cara entre mis piernas y se dispuso a devorarme como si yo fuera el manjar más apetitoso que había probado en la vida. Le agarré el pelo, me aferré a la mesa, a sus hombros, a cualquier cosa que tuviera a mano.

Bruce usó los labios, la punta de la lengua, la parte inferior de la lengua y los dedos. Los usó en una especie de coreografía diseñada para que yo me derritiera por completo. Sentía crecer en mi interior una tensión que no había experimentado nunca y que era tan intensa que casi tenía miedo de llegar al orgasmo que sentía cada vez más cerca.

Me corrí cuando me penetró con tres dedos y me lamió el clítoris al tiempo que me miraba con esos ojos tan sensuales que tenía. Era demasiado. Me tumbé sobre la mesa y me resultó imposible seguir conteniendo los gemidos. Hasta ese momento, había conseguido contener los más escandalosos, pero en ese instante se me escaparon todos. Gemí, me retorcí y, al final, acabé sentándome para mirar a ese hombre que acababa de ascender de robot sexual a mago sexual, porque no había nada robótico en lo que acababa de pasar y la capacidad de esa lengua húmeda para hacerme olvidar al instante todos los intentos por cabrearme durante la semana transcurrida no podía catalogarse sino de magia.

Mis ojos vagaron por su cuerpo hasta detenerse en su polla erecta, y levanté una ceja. En ese momento, sonó el teléfono.

Esperaba que pasara de él, pero Bruce miró cabreado el móvil, que estaba en una esquina de la mesa, donde debió de dejarlo después de sacárselo del bolsillo de los pantalones cuando se los quitó. Pareció reconocer quien lo llamaba, porque cogió el móvil sin pérdida de tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Intenté disimular la decepción. Hasta ese momento, me sentía como lo único que le importaba del mundo. Y era una buena sensación. Una sensación alucinante. Y, de repente, sucedía algo que lo echaba todo por tierra. Me senté, cogí la blusa, que estaba en la mesa, a mi lado, y me la puse en el regazo al tiempo que colocaba los brazos de manera que me cubrieran el pecho en la medida de lo posible. Bruce no me había echado de la sala, pero de pronto me sentía incómoda y ridícula por estar desnuda, aunque él estuviera allí de pie como una estatua creada por un escultor griego magistral, completamente desnudo y empalmado.

Se produjo una pausa, mientras la persona que lo había llamado hablaba. Los ojos de Bruce se clavaron en mí de una forma que no resultó agradable. Más bien era la mirada que se le echaba a una persona de la que sospechabas que podía estar pegando la oreja.

—Puedo irme —me apresuré a decirle.

Él titubeó. Se concentró de nuevo en la llamada y frunció el ceño mientras escuchaba lo que le estuvieran diciendo.

—¿Otro día? —me dijo.

Se me cayó el alma a los pies. Me sentía mortificada, avergonzada y un poco cabreada al verme descartada por una llamada de teléfono. Saltaba a la

vista que para él no significaba nada, aunque yo hubiera estado ocupada convirtiéndolo en algo importante. No quería que captara mi desilusión. Si supiera el daño que acababa de hacerme su rechazo, descubriría que había estado a punto de renunciar a muchas cosas por él. Al menos de esa manera podía fingir que para mí tampoco tenía importancia.

Me bajé de la mesa con la mayor naturalidad posible y me puse el sujetador, la blusa y la falda. Incluso recogí las bragas rotas y las guardé en el bolso, tras lo cual me despedí de él con una sonrisa forzada y me marché.

Todavía sentía entre los muslos la humedad de sus besos y de su lengua. Sentía en los labios la hinchazón provocada por los apasionados besos que habíamos compartido. Pero, en ese momento, todo me parecía una tomadura de pelo más. Otro recordatorio burlón de que él era mi dueño y yo, solo un juguete que él usaba con crueldad hasta que se aburriera.

De repente, me alegré de no haberle confesado la verdadera razón por la que había solicitado un contrato en prácticas en la empresa. A lo mejor así no me remordía la conciencia cuando encontrara algún trapo sucio y lo publicara.

## Bruce

*L*e dije a Natasha que se tomara el día libre, pero no debería haberme sorprendido cuando la encontré esperándome delante de mi edificio con el coche de empresa. Se había recogido el pelo en un moño severo, algo que casi le daba un aire profesional.

Me agaché y metí el brazo por la ventanilla bajada del lado del copiloto para quitarle algo morado y pegajoso de la comisura de los labios. Me lamí el dedo y sonreí.

—¿Tostadas con mermelada para desayunar? —le pregunté.

Carraspeó mientras se frotaba los labios.

—No sé cómo me he podido manchar. Seguro que me he tropezado con el desayuno de otra persona de camino hasta aquí.

—Seguro. —Abrí la puerta y me subí al coche—. Es la explicación más plausible, por supuesto. Bueno, ¿te importa decirme por qué no te has tomado el día libre tal como te dije?

Aferró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos mientras clavaba la vista al frente.

—Porque no pienso permitir que lo que sucedió anoche en el despacho complique las cosas. Lo que fuera que fuese... sucedió, y da igual cómo sucediera. Sigo trabajando en prácticas para ti y pienso hacer mi trabajo.

—¿Aunque tu trabajo implique aguantar mis chorradas hasta que renuncies al puesto por pura frustración?

Aflojó las manos sobre el volante y sonrió.

—¿En qué se diferencia de cualquier otro trabajo?

—En fin, para empezar, en que no te pago.

—Es verdad —admitió ella—. Pero los puestos en prácticas son la nueva forma de esclavitud. Si tienes menos de treinta años y quieres un trabajo,

tienes que tener mucha suerte o muchísimo talento para no acabar en uno.

—No te olvides de los que tienen más de cuarenta —repliqué—. No los contratas porque o son más caros que los esclavos jóvenes o suponemos directamente que no saben cómo funciona el correo electrónico.

Sopesó mis palabras un momento.

—Supongo que has escogido la única forma de triunfar en este mundo, ¿no? Te has convertido en tu propio jefe y pones tú las reglas.

—Hasta que te topas con alguien que se niega a seguirlas —repuse. La miré el tiempo suficiente para que captara la indirecta.

Ella bajó la vista y se mordisqueó el labio inferior de esa forma que empezaba a ser como la kriptonita para mí.

—Natasha... siento lo de anoche.

Meneó la cabeza, pero se enderezó y clavó la vista al frente enseguida.

—No tienes que disculparte. Fue lo que fue. El sexo solo es eso, ¿no?

—Sí —convine, aunque en realidad tuve la sensación de que iba a ser algo muchísimo más que sexo. Tuve la sensación de que estaba a punto de tirar por la borda las precauciones que había tomado con mi corazón durante los últimos dos años, como si me fuera a lanzar de cabeza a la piscina sin tener en cuenta las consecuencias. Pero, después, vi el número de Valerie en el móvil. Solo me llamaba cuando le pasaba algo a Caitlyn, y sabía que tenía que contestar.

—Voy a serte sincero —dije—. Te pedí que te quedaras en casa porque hoy voy a ver a mi exnovia. Fue quien me llamó anoche.

A Natasha se le descajó la cara, pero se repuso a toda prisa.

—Vale. ¿Dónde vive?

—Natasha... Puedo decirle a mi chófer que me lleve. No tienes que...

—Solo soy la de prácticas —me recordó—. ¿Verdad? ¿Por qué me iba a importar llevarte a ver a tu ex?

—Solo digo que no tienes que hacerlo. Que puedes tomarte el día libre.

—No —zanjó ella. Arrancó el coche y se internó en el tráfico, y casi agradecí que no hablara durante el trayecto.

Aparcamos al final de Tribeca, por la zona norte. Natasha echó un vistazo a su alrededor y luego me miró con curiosidad.

—¿No vive por aquí gente como Leonardo DiCaprio? ¿Tu ex es una estrella de cine?

—No —contesté. No me resultó fácil, pero mantuve a raya la amargura—.

La verdad es que es camarera.

La curiosidad de Natasha fue más evidente.

—¿Y vive aquí?

—Sí —contesté.

—Vale, tú ganas. Me pica la curiosidad. ¿Vas a hacerte de rogar o tengo que recurrir al chantaje? No vayas a pensar que no me acuerdo de lo de las bragas rotas. La última vez que lo comprobé, la destrucción de propiedad privada era un tema que se tomaban muy en serio en los tribunales.

Sus palabras me transportaron a la noche anterior, y experimenté el subidón de nuevo. Su sabor era delicioso, pero cuanto más me distanciaba de lo sucedido, más sentía que era algo que no podíamos repetir. La llamada de Valerie se había producido en el peor momento, y fue como una especie de advertencia del universo para evitar que cometiera el mismo error por segunda vez.

Aunque Natasha no tenía nada que se pareciera a la vez anterior. De todas formas, había muchos caminos para alcanzar un solo destino, y cada camino que había emprendido hacia una relación o un compromiso había terminado en un callejón sin salida.

—No hay mucho que contar, la verdad. Fui un idiota y creí que le gustaba de verdad. Resultó que lo que le gustaba era mi cuenta corriente. Literalmente. Fui el gilipollas que decidió que estábamos en un punto en el que podía confiar en ella, y cuando consiguió todo lo que quería, ya era demasiado tarde. No quise meterla en una batalla legal porque eso significaría meter también a su hija.

—¿Tienes una hija? —me preguntó Natasha, que se paró en seco y me puso una mano en el brazo.

—No —contesté—. Caitlyn es hija de Valerie, fruto de una relación anterior. Cumplirá nueve años el mes que viene.

—¿Y has dejado que Valerie se fuera de rositas después de robarte para proteger a su hija? Dios —musitó ella—, tienes que querer mucho a Caitlyn.

—Es una niña increíble, pero ningún juez en su sano juicio me otorgaría derechos de visita. —Soltó una carcajada con la vista clavada en el suelo—. A decir verdad, creo que la relación dejó de parecerme sana antes de descubrir lo que había hecho, pero intuía que Valerie se llevaría a Caitlyn si cortaba con ella. Era así de vengativa, y sabía cómo golpear donde más dolía.

—Lo siento. ¿De eso iba la llamada? ¿Quiere más dinero?

Volvió a sorprenderme lo intuitiva que era Natasha. Resultaba muy sencillo fijarse en su cara bonita y en su cuerpo, y creer que era como tantas otras mujeres de esa ciudad: guapa por fuera y vacía por dentro. Sin embargo, ella se las apañaba para recordarme a todas horas que era mucho más que eso.

—Más o menos —le dije.

—¿Me estás diciendo que vive en Tribeca, pero que te sigue pidiendo dinero?

—¿Sabes qué? ¿Por qué no entras conmigo y la conoces? Creo que si la ves con tus propios ojos, lo entenderás mejor.



## Natasha

*E*l piso de Valerie era enorme. Estaba situado en el ático de un edificio que en tiempos fue una especie de fábrica, algo habitual entre los edificios de la zona. En un momento dado, algún promotor vació la mayoría de ellos y los convirtió en lo más cercano a una mansión que se podía conseguir en el centro de Nueva York. Me estremecí al pensar en lo mucho que Valerie debía de haberle robado a Bruce si podía permitirse vivir en semejante sitio.

Bruce parecía muy compuesto y tranquilo mientras lo seguía por el vestíbulo del edificio. Me resultaba imposible no recordar el cuerpo perfecto que había debajo del traje y la sonrisa que esbozó mientras me devoraba. El recuerdo me provocó un escalofrío ardiente.

El tiempo transcurrido solo había servido para confundirme más. Todavía seguía ofendida porque me hubiera despachado en mitad de lo que estábamos haciendo por culpa de una llamada telefónica. Como poco, me merecía una explicación. Debería de ser consciente de la vergüenza que había sentido cuando me echó en mitad del polvo de esa manera, como si yo hubiera hecho algo mal o le hubiera fastidiado el momento.

La breve explicación que me dio mientras salíamos del coche y caminábamos hasta el edificio fue un paso en la dirección correcta, pero de todas formas no me parecía suficiente para tranquilizarme.

Tenía que pensar en el artículo para Hank, y según pasaban los días me sentía más desesperada por avanzar en alguna dirección. En un principio, pensaba que estar cerca de Bruce sería suficiente para descubrir algo jugoso, pero de momento no me había enterado de nada. Además, cada vez que mis sentimientos se involucraban en la ecuación, acababa preguntándome si estaba dispuesta a escribir un artículo que le hiciera daño. Para ser sincera,

sabía que no podría hacerlo tal y como estaban las cosas. Pero era más fácil seguir adelante que enfrentarme a la realidad.

No recibiría mi sueldo hasta que escribiera el artículo y si renunciaba a hacerlo, ya no podría seguir trabajando con Bruce. Pero si escribía el artículo, también perdería a Bruce. Sabía que no estaba preparada para enfrentarme a eso, pero el reloj no se detenía. Las facturas tampoco dejarían de llegar, y dentro de poco me vería obligada a hacer algo. Pero ¿qué se suponía que debía hacer cuando ninguna de las opciones me convencía?

Bruce llamó a la puerta del piso de Valerie y esperó. Yo me balanceé sobre los talones y solté una risilla nerviosa.

—A saber qué va a pensar cuando me vea, ¿eh?

—Conociendo a Valerie, no tendrás que esperar mucho para saberlo.

La puerta se abrió y apareció una mujer que supuse que era Valerie. Un poco más alta que yo y con el pelo de un tono rubio platino, teñido evidentemente. Era espectacular, y me repateó que eso despertara los celos en mi interior. Intenté no imaginármela con Bruce, ni lo sosa que debía de parecer yo comparada con ella. Valerie tenía una nariz respingona perfecta; labios carnosos; unos enormes ojos con unas pestañas espesas y elegantes; una frente ancha; y una barbilla puntiaguda. También parecía contar con los servicios de un entrenador personal y no comer otra cosa que no fuera verdura y pollo.

Su mirada pasó sobre Bruce y se clavó en mí. Sus ojos me recorrieron de la cabeza a los pies y, después, me abandonaron. Acababa de descartarme fríamente. Había sopesado si yo suponía una amenaza o no, y había decidido así de rápido que no lo era. Nunca había sido competitiva ni me gustaba la rivalidad femenina, pero parte de mí ansiaba soltarle que, en realidad, sí suponía una amenaza, porque Bruce parecía pasárselo fenomenal entre mis muslos.

Fue una idea ridícula. Inmadura, incluso. La desterré de inmediato e intenté comportarme como una adulta. Esa mujer era su ex por una razón, y yo no tenía motivos para competir con ella.

—Pasa. Los documentos están en la cocina —dijo.

Bruce y yo la seguimos al interior y cuando entré, vi a una niña tumbada en el sofá con una tableta en la mano y unos auriculares grandes en las orejas. Debía de ser Caitlyn. Examiné sus rasgos faciales en busca de algún parecido con Bruce antes de recordar que no era hija suya. Además, saltaba a la vista.

Su padre biológico debía de ser de ascendencia latina, porque Caitlyn era como una versión pequeña y exótica de su madre, con la piel morena y un precioso tono cobrizo de pelo.

Al ver a Bruce, esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras se quitaba los cascos y corrió para abrazarlo. Bruce soltó una carcajada mientras la abrazaba con fuerza y la levantaba del suelo para decirle al oído:

—Te he echado de menos.

Valerie lo observaba con los brazos cruzados por delante del pecho y una expresión irritada.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Caitlyn mientras él la dejaba en el suelo—. ¿Vas a quedarte?

—Lo siento, cariño —contestó él, que se arrodilló para colocarle el pelo detrás de las orejas—. Hoy no.

Vi una faceta diferente de Bruce en esos gestos y en esas palabras. Vi el dolor tan inmenso que le provocaba la situación y comprendí por qué la ruptura le había resultado tan traumática. Quería a esa niña como si fuera su hija, y Valerie no solo la había arrancado de su lado, sino que la había usado como escudo humano para impedirle que reclamara la justicia que merecía.

Caitlyn bajó la mirada, pero asintió con la cabeza.

—Vamos —dijo Valerie—. Tengo una cita dentro de media hora.

Esperaba que Bruce se enfrentara a ella o le soltara algún comentario sarcástico de los suyos, pero se limitó a seguirla. Era duro verlo así. Supuse que era muy consciente de la espada que Valerie tenía sobre él. Daba igual que lo que hiciera estuviese bien o mal. Esa mujer usaba el bienestar de Caitlyn como si fuera un cuchillo contra el cuello de Bruce. Si le ofrecía algún motivo, me la imaginaba haciendo algo que pudiera dañar a la niña. No físicamente, pero algo me decía que Valerie era más que capaz de causar un gran daño emocional.

Intenté echarle un ojo a los documentos que Bruce se veía obligado a firmar. Se trataba de un buen fajo de papeles, que él iba pasando y firmando sin apenas leerlos. Valerie se limitó a quedarse a su lado y a mirarlo con una especie de superioridad ufana. Supe que no se trataba de la primera vez y también que estaba tan segura de que él haría lo que ella quisiera que me dieron ganas de darle un puñetazo en esa naricilla perfecta.

Bruce firmó la última página, soltó el bolígrafo y apartó los documentos, tras lo cual la miró con gesto interrogante.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—De momento sí. Ya puedes irte.

Había tal frialdad entre ellos que me descubrí cruzando los brazos por delante del pecho para luchar contra los escalofríos. Valerie se marchó, caminando con sus zapatos de tacón sobre el carísimo suelo de mármol, y no se dignó a acompañarnos hasta la puerta.

Cuando me di la vuelta para irme, vi a Caitlyn de pie en el vano de la puerta, con el ceño fruncido.

—Bruce, no tienes por qué permitirle que te haga esto.

—Lo sé —replicó él, que le acarició una mejilla con un pulgar y le sonrió—. Pero solo es dinero, cariño. Tengo más del que necesito. Si eso hace feliz a tu madre y a ti te evita problemas, no me importa.

—Quiero vivir contigo —confesó la niña de repente.

A juzgar por la reacción de Bruce, no era la primera vez que sacaba el tema a relucir.

—Oye, sé que a veces puede ser difícil entenderla, pero Valerie es tu madre. Te quiere a su manera. —Bajó la voz y se acercó un poco más a ella para añadir—: Sabes que te adoptaría en un abrir y cerrar de ojos, pero legalmente es imposible que pueda apartarte de tu madre. Lo único que conseguiríamos es que acabaras bajo la custodia de los servicios sociales, si acaso hubiera motivos para llegar a ese punto, que dudo que los haya, y después tendríamos que esperar y desear que me dieran el visto bueno para adoptarte.

—Ni siquiera me habla. Se limita a darme la tarjeta de crédito con un montón de dinero y se cree la mejor madre del mundo. La odio.

—Oye —la reprendió Bruce—. No digas eso. —Guardó silencio un instante y sonrió de oreja a oreja—. O no lo digas tan alto por lo menos.

Caitlyn le devolvió la sonrisa, y verlos así me destrozó. Con razón Bruce era tan reservado. Perder a esa niña había debido de ser como si le arrancaran el corazón de cuajo y se lo pisotearan. Su frialdad probablemente fuera un mecanismo de defensa. Al fin y al cabo, nadie podía hacerte daño si te mantenías alejado de todo el mundo.

—Por favor, intenta hacer algo —le suplicó—. Me da igual que tengamos que ir a juicio o...

—¿Todavía estás aquí? —gritó Valerie desde otra estancia—. ¡Lárgate... ya!

Fui consciente de su afán por negar mi existencia por completo desde la mirada que me echó en la puerta, y me lo guardé para avivar el deseo de asegurarme de que esa mujer recibiera su merecido. No sabía bien cómo iba a hacerlo, pero la antipatía que sentía por Valerie había despertado en mi interior un afán protector. Era raro pensar en Bruce como en alguien que necesitaba mi protección en cualquier sentido de la palabra, pero le habían hecho daño y, aunque fuera una superestrella en el mundo empresarial y mantuviera un férreo control de su empresa, en este ámbito de su vida no destaca precisamente. Lo habían pisoteado.

Después de despedirse de Caitlyn con un rápido abrazo y la promesa de mantenerse en contacto, salimos del piso y regresamos a la calle.

—Estoy con Caitlyn —dije—. La odio.

Bruce me regaló una sonrisa torcida. Volvía a recuperar parte de su forma de ser habitual, como si en el interior del edificio hubiera una especie de aura que absorbía su energía para luchar, pero una vez en el exterior la recuperara de nuevo.

—¿Te apetece almorzar antes de que regresemos a la oficina? —me preguntó de repente.

Lo miré, sorprendida.

—¿Cómo, esto es una cita o algo?

—Un almuerzo de empresa —se apresuró a corregir.

—No me pagas ni me permites hacer algo que sea remotamente importante. Yo voy a llamarlo cita, aunque tú no lo hagas.

Él farfulló algo, pero no quiso discutir.

Se las arregló para encontrar una tienda que vendiera bananas decentes de camino al restaurante y se comió una mientras caminábamos.

Le eché un vistazo al reloj.

—Madre mía. Te estás comiendo la banana media hora tarde por lo menos, Bruce. No sé cómo lo has soportado.

Me miró con desdén.

—Sí, tengo una rutina que me gusta seguir. Pero soy capaz de adaptarme a las circunstancias.

—Eso es precisamente lo que diría un robot.

Nos sentamos a comer un poco después, uno frente al otro, a una mesita metálica, y cuando la camarera nos sirvió las bebidas, nos trajo una bandeja

de esponjosos panecillos con olor a mantequilla y un cuenco de ensalada para dos.

Yo había pedido agua, porque no quería que se repitiera lo que sucedió la última vez que comimos juntos, cuando me emborraché hasta el punto de que tuvo que llevarme a casa.

—Lo siento, por cierto —dije.

—¿El qué? Se me ocurren un montón de cosas que podrías haber hecho mal, así que deberías concretar un poco.

—Qué gracioso. Siento lo de hoy. No tenía por qué inmiscuirme en tu vida de esa manera. Intentaste que me quedara en casa y debería haberte hecho caso.

—Podría haberte dicho que te quedaras en el coche. No pasa nada. No sé por qué, pero quería que las conocieras.

—La verdad —repliqué—, conocerlas me ha servido para entender por qué eres tan gilipollas casi siempre. Yo también lo sería si tuviera que lidiar con esa mujer.

Él asintió con la cabeza. Todavía no había tocado los panecillos, pero se había servido un poco de ensalada en el plato.

—Detesto que Caitlyn esté atrapada en el medio. Se merece mucho más.

—Parece muy dulce.

Él asintió con la cabeza.

—Toca el piano y se le da muy bien. Me sigo colando en sus recitales, pero creo que tampoco me hace mucha falta esconderme. Valerie hace meses que no pisa ni uno.

—¿Valerie siempre fue... así?

—¿Una lagarta calculadora? —me preguntó—. No. Durante años se encargó de que yo pareciera un idiota. Me convenció de que sentía algo por mí y de que quería un futuro a mi lado. Nunca había imaginado que, en algún momento, me apetecería tener una familia, pero Caitlyn era una ricura. Valerie y yo nos llevábamos bien, aunque cuando nos tocábamos no saltaban chispas ni nada de eso. Supongo que me parecía suficiente.

—¿Y ya te había pasado antes? —le pregunté—. Lo de las chispas, me refiero.

Clavó la mirada en el plato un instante antes de mirarme a los ojos.

—No en aquel entonces. No. Había oído hablar de que sucedía y tal, pero a mí nunca me había pasado. Empecé a pensar que la gente exageraba.

—¿Hasta...? —le pregunté mientras la boca se me secaba en cuestión de segundos.

Él se inclinó hacia delante y me contestó en voz baja y ronca:

—Hasta que te besé en la sala de descanso. Por todos lados.

Me estremecí y bebí un buen sorbo de agua.

—A mí también me gustó.

—Gracias por ese apoyo tan entusiasta.

Me mordí el labio mientras golpeaba los cubitos de hielo con la pajita.

—Me gustó muchísimo —confesé en voz baja.

—Vale. Te has puesto colorada. Lo acepto.

Me tapé los ojos con las manos, pero no pude evitar echarle una miradita y suspirar.

—Te juro que no soy de esas mojigatas que se ruborizan por nada. Es que tienes un don para sacarme los colores.

Elegí ese preciso momento para golpear el vaso de agua y empapar los panecillos y casi todo el mantel. Enderecé el vaso ya vacío y clavé la vista en el techo como si esperara que algún ángel bajase e hiciera retroceder el tiempo. A lo mejor, ya puestos, podíamos retroceder una semana o así.

Bruce ni pestañeó siquiera.

—En fin. Creo que ha sido la vez que más has tardado en hacer un estropicio desde que te conozco. Medio día casi.

—Pues yo creo que ha sido la vez que más te he visto saltarte la rutina —repliqué—. Me da que pasamos demasiado tiempo juntos.

Bruce levantó las cejas.

—O no.

No lo entendí de inmediato, pero cuando lo hice, sentí una repentina calidez.

—¿Y si no me apetece ser tu juguete? —le pregunté.

—En ese caso, será mejor que presentes tu renuncia, porque no me veo capaz de mantener las manos lejos de ti después de lo de anoche.

Me pasé por la oficina de *Mundo empresarial* después de que Bruce me dejara marcharme temprano. Era la primera vez que veía a Hank y Candace después de una semana, y me resultaba raro volver. Sobre todo, era un recordatorio de que estaba fracasando por completo en lo que se refería a mi

verdadero trabajo. Soslayé casi todas las preguntas de Hank sobre cómo iban las cosas con Bruce y fingí que estaba haciendo progresos. Candace me conocía demasiado bien como para tragarse el cuento.

—¿Y? —me preguntó—. ¿Has encontrado algún trapo sucio o te estás revolcando en las sábanas sucias?

Yo me había apoyado en su mesa mientras ella me miraba y se enroscaba un corto mechón de pelo en torno a un dedo.

—A lo mejor ha pasado algo. Pero ahora me lo estoy replanteando.

—¿El qué?

—Todo. El artículo que debo escribir. Si hay algo sobre lo que escribir o no. ¿Qué narices hago sintiendo algo por Bruce Chamberson? ¿Debo continuar?

—Si no te sientes cómoda con el artículo, dile a Hank que te cambie.

—¿Y así demostrarles, a él y a todos, que me merezco todos los artículos de mierda que me ha dado hasta ahora?

—¿Eso es lo que más te preocupa si te da otro encargo?

Suspiré.

—No. Debería, pero me preocupa más la posibilidad de no volver a ver más a Bruce.

—Pues entonces dile a Hank que no hay historia. De esa manera, no es un fracaso. Te has limitado a hacer tu trabajo y has descubierto que no hay nada que rascar.

—Es posible, pero ¿y si decide enviar a otro después de que yo lo deje y esa persona sí encuentra algo? Quedaría como una incompetente total.

—Bueno, pues decide si Bruce te interesa en serio o no. Si lo hace, dejas el artículo y vuelves aquí, tal y como estabas antes. Serás pobre y cubrirás historias de poca monta, pero tendrás un novio millonario. O, si decides que no va a funcionar, sigues buscando y buscando hasta que descubras algo chungo sobre lo que escribir el artículo. Ya está. Problema resuelto.

Sonreí.

—Dicho así parece muy fácil. Pero ¿qué pasa si lo nuestro no funciona y de todas formas no quiero hacerla quedar mal porque no es tan mal tío como pensaba al principio?

—Bueno, en ese caso, es como ir cuesta abajo y sin frenos. Renuncias al artículo y vuelves al principio, pero sin el novio guapo y millonario.



## Bruce

*T*ení una rutina: ejercicio, desayuno, trabajo, banana, almuerzo y trabajo. Casi se había convertido en una religión para mí. Había organizado mi vida de forma que girase en torno a mi rutina, no al contrario.

Natasha solo llevaba en mi vida poco más de una semana y ya había encontrado la manera de cambiarlo. Eran las diez de la mañana. En otras palabras, era hora de mi banana, y no estaba en el trabajo y tampoco tenía una banana en la mano.

En cambio, llevaba en la mano la correa de un perro y estaba en medio de Central Park. Se trataba del perro de Natasha, para ser exacto. Hacía poco que había descubierto que ese tonel se llamaba Charlie. Por algún motivo, Charlie había decidido que yo le caía bien. Le rasqué a regañadientes la arrugada cabeza mientras estaba sentado junto a mis pies.

Los dos observábamos a Natasha, que estaba arrodillada junto a un tío de veintitantos o treinta y pocos años que dormía en un banco del parque. Llevaba unas pintas desastrosas, con una barba de varios días que no parecía tener un fin estético y la ropa sucia. El tío se incorporó, dijo algo y, después, abrazó con fuerza a Natasha.

Al parecer, se trataba de su hermano. Había recibido una llamada y, de repente, me pidió poder salir unas horas en mitad de la jornada laboral. Insistí en que me diera detalles, pero solo me contó que su hermano la necesitaba.

Por raro que pareciera, me pareció que no tenía más remedio que acompañarla. Natasha era muy dada a los accidentes y tenía muy mala suerte. A veces, pasaba por alto el sentido común de un modo que daba miedo, y cuanto más la conocía, más sentía la necesidad de estar con ella en todo momento para mantenerla con vida. Sin embargo, no me parecía que ese

fuera el único motivo para acompañarla ese día. Quería estar a su lado cuando me percaté de lo alterada que estaba.

Le rasqué la cabeza a Charlie mientras analizaba mis pensamientos. En algún punto del camino había dejado de odiar a Natasha, pensé. No sabía cuándo ni cómo había sucedido. La idea de que mantuviéramos algún tipo de relación era, evidentemente, ridícula, pero poco a poco había pasado de querer castigarla a querer arrancarle una sonrisa. Me gustaba cómo replicaba cuando me reía de ella. Me gustaba cómo transmitía tanta pasión sensual con la más fugaz de las muecas, y sobre todo me gustaba que no tuviera ni idea de lo transparente que era.

Se moría por entregarse de nuevo a mí y, la verdad, yo me moría por poseerla. Lo único que me contenía en ese momento era la confusión que me provocaban mis deseos. Pero ¿por qué dejar que eso me detuviera? Los dos éramos adultos. La otra noche, después de compartir el banana split, se lo había dejado muy clarito. No sabía adónde íbamos y tampoco pensaba hacerle promesas. Solo sabía que me moría por saborearla de nuevo.

Seguía paranoico por la posibilidad de que cualquier mujer que se mostrase interesada en mí fuera otra Valerie. Al principio se portaría de maravilla y sería una actriz consumada, hasta que yo me pusiera en ridículo y me enamorase de ella. Después, me clavaría las uñas, y las clavaría en mi cuenta corriente, poco a poco, y en cuanto tuvieran la tracción suficiente, cogería su botín y me abandonaría.

Sería capaz de sobrevivir a la frustración y a la traición. De verdad que sí. De no ser por Caitlyn, me habría olvidado de Valerie en cuestión de semanas, tal vez antes. Le habría dado carta blanca a un bufete de abogados para conseguir que se arrepintiera de creer, por un segundo siquiera, que podía burlarse de mí.

Lo que no podría soportar era la idea de estar bailando al son que tocaba otra persona.

Yo era un ganador. Eso no era motivo de orgullo ni de chulería. Era una estrategia empresarial, una que se había impuesto también en mi vida personal.

Algunas personas creían que ganar consistía en conocer el negocio o tener talento. Otros insistían en que era trabajar duro. Yo creía que era cuestión de disciplina. La disciplina siempre había sido mi mayor talento. Era un arma que perfeccionaba todos los días. Cada vez que hacía ejercicio aunque

estuviera cansado o me levantaba antes de que saliera el sol. Cada vez que me quedaba hasta tarde en el trabajo cuando preferiría estar en casa. Todas las veces que me había obligado a concentrarme y a estudiar en vez de irme de juerga. Todas y cada una de esas ocasiones reforzaron mi disciplina y la perfeccionaron hasta tal punto que podía emplearla a mi voluntad.

Salvo con Natasha.

Ella era una anomalía. Daba igual lo fuerte que fuera mi voluntad. Al final, el deseo de tenerla, de bromear con ella y de disfrutarla siempre ganaba. Podía luchar contra él, e incluso posponerlo, pero no podía ganar.

—Aquí viene —le dije a Charlie, que gruñía de un modo que me resultaba un poco perturbador mientras le rascaba detrás de las orejas.

Natasha aferraba el hombro de su hermano como si le diera miedo que se fuera a caer.

—Braeden, te presento a Bruce. Bruce, este es Braeden.

Le miré la mano sucia y tendí la mía para estrechársela.

Él la aceptó titubeante, con la clase de apretón que siempre me había dado repelús, como si su mano fuera un saco de sangre, sin huesos. No levantó la vista del suelo, y la vergüenza que vi en su lenguaje corporal estaba más clara que el agua.

—¿Necesitas un sitio en el que quedarte? —le pregunté a Braeden.

—No pasa nada —me contestó Natasha—. Se va a quedar conmigo, ¿verdad? —Lo dijo con voz tirante, al tiempo que le daba un codazo.

—Sí. Me quedaré contigo hasta que mamá y papá puedan venir a buscarme.

—¿Tienes sitio en tu apartamento? —le pregunté.

—Ya nos las apañaremos. No sería la primera vez.

—Tonterías —protesté—. Yo tengo sitio de sobra. Mi ático tiene dos plantas. Los dos podéis quedaros en la de abajo y yo, en la de arriba. Al menos, hasta que tus padres puedan venir a recogerte.

—Es una oferta muy generosa, Bruce, pero no veo la necesidad de que me incluyas a mí —replicó Natasha.

Me devané los sesos en busca de una respuesta diferente al hecho de que la deseaba en mi casa, pero no la encontré.

—En fin, la oferta sigue en pie. ¿Quieres quedarte en mi casa, Braeden? Comida y bebida gratis. Te lo pasarás bien.

Por fin levantó la vista del suelo y me miró con una sonrisa renuente.

—¿Tienes wifi?

Le presté a Braeden algo de ropa y le dije que usara el dormitorio de invitados. Natasha y yo nos quedamos en el salón, mientras se oía el agua correr de fondo.

—Has sido muy amable, de verdad. Gracias —me dijo.

—De nada. Además, casi nunca estoy en casa. No me molestará.

Ella frunció el ceño y levantó la vista al techo al tiempo que se daba unos tironcitos en el brazo, como si estuviera a punto de tomar una decisión trascendental.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

La vi titubear.

—Nada. Oye —se apresuró a decir—, todavía no te has comido la banana de rigor. ¿Quieres que te traiga una?

—¿Te crees capaz de encontrar una que cumpla mis requisitos?

Puso los ojos en blanco.

—No es física cuántica. ¿Quieres una o no?

—Sí —contesté. Como si quisiera dar su opinión, me rugió el estómago. La verdad, ya me sentía muy gruñón por no habérmela comido.

Natasha se fue y yo me acerqué al lugar donde su hermano ya había descolocado varias cosas. Volví a alinear el diván con el brazo del sofá. Enderecé el cuadro que él había movido al chocarse con la pared. Fui al frigorífico y me aseguré de que todo estaba en su lugar, porque le había dicho que podía coger lo que quisiera.

No me importaba recolocar las cosas. Siempre me había producido cierta calma. Era mi forma de meditar. Me pregunté si no sería uno de los motivos por los que me gustaba tanto estar con Natasha. Con ella tenía la posibilidad de tener que arreglar algo a todas horas. Aunque no tenía claro que esa fuera la razón. Podría ser algo más sencillo. Tal vez fuera porque era auténtica. No intentaba hacerme la pelota ni edulcorar las cosas. Se mostraba real conmigo y hacía que quisiera creer que no tenía motivos ocultos.

Era una mujer en la que podría confiar.

## Natasha

—¿*L*o dices en serio? —me preguntó Braeden. Estábamos en la habitación de invitados de Bruce. Él había tenido que ir a la oficina para una reunión, poco después de que yo volviera con la banana, y me había dicho que me tomara todo el tiempo que necesitara antes de volver. Acababa de explicarle lo del artículo de Hank a mi hermano.

—Sí, pero de todas formas no importa. Creo que Bruce está limpio. Y aunque no lo estuviera, creo que no podría escribirlo. No quiero traicionarlo.

—¿Y si lo descubre?

—No lo hará. Te lo digo porque mamá y papá lo saben. No sabía si decírtelo o no, por si acaso se te escapa y se lo cuentas a Bruce. Así que no le digas nada sobre el artículo, ¿vale? Creo que me gusta y no quiero fastidiar las cosas. Supongo que solo necesito encontrar el momento adecuado para decírselo.

—Sí, vale. Lo pillo.

Lo miré y suspiré. Menos mal que se había duchado. Encontrarlo en el parque con el aspecto que tenía me había dejado hecha polvo.

—¿En qué estabas pensando? —le pregunté—. Mamá y papá dicen que les aseguraste que estabas en mi casa, pero ni siquiera me has mandado un mensaje de texto. ¿Creías que podrías sobrevivir como un sintecho durante una semana o así, hasta que ellos decidieran dejarte volver a casa?

Braeden apartó la vista y empezó a jugar con la colcha de la cama en la que se había sentado.

—Estaba pensando que ya estaba bien de molestarte tanto. Nat, mírame, por favor. Soy un tío hecho y derecho, y no he conseguido una mierda en la vida. Mi mayor logro es mi colección de pokemons, y sí, ya sé que es muy patético. Mamá y papá están hasta el gorro de mí. Sé que nunca lo vas a

admitir, pero estoy seguro de que tú también lo estás. Hasta yo estoy harto de aguantarme. Estoy cansado de ser un puto fracasado, pero me parece que es demasiado tarde para enmendar las cosas.

Le coloqué una mano en una rodilla y le di un apretón.

—Oye. No eres un puto fracasado. Es que todavía no has encontrado tu sitio en la vida, ¿vale? Así que deja de martirizarte. Y, por favor, ni se te ocurra pensar otra vez que prefiero verte durmiendo en el parque antes que dejarte que me pongas la casa patas arriba. Eres un coñazo, pero eres mi coñazo. Y siempre puedes contar conmigo cuando lo necesites.

—¿Es un mal momento para pedirte un par de pavos?

Saqué un billete de cinco dólares del que no debería separarme y se lo di.

—Ni se te ocurra decirme para lo que es, porque ahora mismo no puedo darte más. Bruce ni siquiera me paga.

—¿Cómo? —me preguntó Braeden, que me devolvió el billete—. ¿Ese tío vive en este pedazo de mansión y te hace trabajar gratis?

—Estoy en prácticas —le recordé.

—Por eso precisamente estoy en el paro, la verdad. A ver si lo adivino. Se supone que debes seguir en prácticas hasta que ellos lo crean conveniente y luego ya te dan un empleo remunerado, ¿no?

—Creo que funciona así, sí. Pero da igual. Técnicamente hablando, da lo mismo, porque solo es una fachada para escribir el artículo, ¿recuerdas?

—Vale. El artículo que eres demasiado blanda para escribir.

—Aunque sea una blanda, estoy casi segura de que no hay nada sobre lo que escribir. Bruce solo es un tío estupendo en lo que hace. No es un empresario corrupto.

—Ah, ya estás pensando con el coño.

—En primer lugar, qué fuerte. Y, en segundo lugar, como vuelvas a decir «coño» otra vez, se acabó la conversación.

—Pensar con el coño —siguió como si nada, como si no me hubiera oído— es un fenómeno ampliamente conocido según el cual una mujer ni se fija en los defectos de un hombre porque está deseando que se la meta.

Me tapé las orejas con los dedos y fingí una arcada.

—Por favor, por favor. Si dejamos la conversación ahora mismo y fingimos que nunca ha sucedido, te regalo el apartamento.

—Una oferta tentadora. ¿Las facturas sin pagar van en el paquete?

—Imbécil —dije—. Sí, las facturas van incluidas.

—En ese caso, quédate con la caja de zapatos y yo seguiré siendo un fracasado. ¿Te parece bien?

La agenda de Bruce estaba llena de reuniones. Braeden llevaba tres días quedándose en su casa y yo siempre encontraba una excusa para entrar a saludarlo. Porque eso me permitía ver a Bruce fuera de su entorno. En su casa era diferente. Estaba menos tenso, aunque seguía siendo el hombre obsesionado por controlarlo todo que tanto empezaba a gustarme.

Faltaban solo cinco minutos para la hora a la que le gustaba comerse la banana, pero seguía reunido. Se me ocurrió tener un gesto útil y llevársela a la sala de reuniones, así que me dirigí a la sala de descanso. Cogí la banana, que tenía su nombre escrito con enormes letras negras por todos lados.

—Veo que ya no te da miedo tocarle la banana al jefe —comentó una voz femenina. Miré hacia la mesa de la sala de descanso. Creí reconocerla como la mujer que insinuó un par de semanas antes que me estaba acostando con Bruce. Menos mal que era la única persona en la sala de descanso en ese momento.

Levanté la banana y la miré como si fuera un objeto mágico capaz de aliviar la incomodidad del momento.

—Solo con su permiso —repliqué a la ligera y, después, torcí el gesto cuando repasé lo que había dicho y capté el doble sentido. Aunque tal vez fuera posible hablar de la banana de un hombre sin darle un doble sentido.

—Ah, bueno, es agradable que sea él quien te lo pida. Claro que todavía estás en prácticas, así que no debes de estar tocándosela bien.

A esas alturas, sopesé la idea de largarme sin más. No tenía sentido rebajarme a su nivel cuando estaba claro que se estaba esforzando por ser desagradable. Tal vez no fuera lo adecuado, pero no me apetecía hacer lo correcto, así que me acerqué a ella.

—Creo que te preocupas demasiado por la vida sexual de Bruce. ¿Quieres que le diga que estás interesada? Ahora mismo tiene una reunión, pero voy a entrar a verlo. Puedo decirle que estás aquí, esperándolo. ¿Quieres que lo haga? —le pregunté con voz dulce.

Ella apretó los labios, cabreada, mientras se levantaba y salía hecha una furia. Me sentí un poco mal por haberme rebajado a su nivel, pero debía

admitir que resultaba satisfactorio. Si quería seguir entrometiéndose en mi inexistente vida sexual y suponer lo peor de mí, se lo merecía.

Abrí la puerta de la sala de reuniones haciendo el menor ruido posible y sintiéndome un poco avergonzada por llevar la banana en la mano. Alrededor de la mesa se sentaba un grupo de hombres, todos trajeados. Bruce estaba al lado de William, algo que todavía me sobresaltaba, porque era como ver una versión distorsionada de sí mismo, procedente de otra dimensión en la que no era tan perfeccionista.

Bruce miró la banana, pero William fue el primero en hablar.

—Dime, Bruce —dijo—, ¿por qué siempre que veo a la chica de prácticas tiene tu banana en la mano?

Bruce carraspeó y todos los presentes en la estancia, salvo William, se movieron en sus asientos, incómodos.

—Lo siento —me disculpé—, no quería interrumpir, pero sé que sin esto se pone de mal humor.

—Bien hecho, Natasha. —Clavó los ojos en mi mano y levantó las cejas un poco nada más, lo justo para hacerme sentir que estaba haciendo algo sexual cuando le di la banana.

Me enderecé y me alisé la falda para librarme de las arrugas, tras lo cual hice un gesto con la cabeza para despedirme de todos los reunidos, que me estaban mirando, y me alejé hacia la puerta. Aferré el pomo y tiré, pero la puerta no se movió. Solté un sonido que era una mezcla de risa nerviosa y gemido de desesperación mientras tiraba con más fuerza. Tres tirones más y me aparté, resoplé y me volví para mirar a Bruce con expresión desvalida.

Él se levantó, caminó hasta la puerta y... ¡empujó!

—¡Ah! —exclamé—. Hay que empujar, no tirar, ¿no? —Salí corriendo de la sala antes de que alguien pudiera decir algo y me metí de cabeza en el baño más cercano para intentar relajarme.

Bruce me encontró media hora después, escondida al lado de las fotocopiadoras. Ya llevaba casi dos semanas «trabajando» en la empresa y seguía sin una ocupación fija. Era desquiciante. Acompañaba a Bruce dentro y fuera de la oficina. Lo seguía si tenía alguna reunión fuera, pero salvo por eso, me veía obligada a vagar por la oficina fingiendo estar ocupada.

Una de las cosas más sencillas con las que había descubierto que podía ocuparme consistía en coger un documento de la mesa de alguien y hacerle



un montón de copias. Después, las llevaba de un lado a otro de la oficina hasta que me asignaban alguna tarea.

Era ridículo, y sabía que Bruce era consciente del tema, porque por fin se lo había dicho unos días antes. Ese chulo cabrón me había dicho que le gustaba ver «mi creatividad» para fingir que estaba ocupada.

—Mmm —oí que murmuraba Bruce a mi espalda—. Cien copias de la confirmación de compra en Amazon de un bote de pastillas de fibra. Sí. Entiendo que sea necesario que circulen por la oficina.

La verdad, ni siquiera había leído lo que había cogido.

—Dime la verdad —dije, pasando por alto su pulla—. Cuando salí de la sala de reuniones, ¿os pusisteis a comentar el ridículo que acababa de hacer?

Él rio entre dientes.

—Sí. Dos millonarios japoneses y la junta directiva al completo de la farmacéutica más grande del mercado occidental obviando el tema de la reunión para comentar lo patosa que es la de prácticas.

Lo miré echando chispas por los ojos, aunque me sentía un poco más aliviada.

—El sarcasmo sobra, imbécil.

—No estaba siendo sarcástico. Dejaron de hablar del tema de la reunión para comentar el episodio. Al señor Kyoto le hizo mucha gracia.

—¿Cómo? —pregunté.

Bruce sonrió.

—Me estoy quedando contigo, ahora sí. Nadie ha dicho nada de ti, Natasha. Ni siquiera se han dado cuenta.

—Lo dudo mucho, pero gracias. Bruce, hay una cosa que quiero decirte desde hace un tiempo.

—Yo también —me aseguró él. Miró hacia atrás y vio que un grupo de mujeres se acercaba a nosotros—. Vamos. Podemos hablar en mi despacho.

Una vez en el interior de su despacho, Bruce se dio media vuelta, de manera que apenas dejó espacio entre la puerta que yo tenía detrás y su cuerpo, que estaba delante.

—Quería decirte...

—Yo primero —dijo él, interrumpiéndome.

Ese tono de voz no admitía discusión alguna. Ni tampoco la admitían sus ojos. Era la misma expresión que tenía cuando se comió el banaba split, justo

antes de que me arrancara la ropa y me provocara el orgasmo más increíble de la historia.

—Me niego a seguir fingiendo que esto no me interesa.

—¿Esto? —le pregunté con un hilo de voz—. Vas a tener que concretar un poco más. Podrías estar hablando de un coche que has visto en algún concesionario. O, conociéndote, de una banana.

—Me refería a ti. No voy a engañarme más. Te deseo, Natasha. Haces que desee ser como era antes. Que desee derribar las barreras y disfrutar de la vida.

Tragué saliva. Necesitaba decírselo. Había decidido no escribir el artículo, así que no creía que fuera tan malo admitir que sí, que en un primer momento mi intención era la de introducirme en la empresa para busca algún trapo sucio, pero que pronto cambié de opinión. Por lo menos era algo, ¿no?

Mis pensamientos regresaron a la conversación que tuvimos después de que yo conociera a Valerie, cuando me dijo que yo era especial porque podía confiar en mí.

Se merecía saber la verdad, pero no dejaba de convencerme de que se presentaría otro momento más adecuado en el futuro. Tal vez esa oportunidad perfecta en la que me sentiría segura de que él me entendería. Iba a decírselo. Pensaba decírselo. Pero, a lo mejor, ese no era el momento adecuado.

—¿Y si yo no tengo claro lo que deseo? —le pregunté.

—En ese caso, puedes pasarte el resto de la vida preguntándote qué podría haber pasado, o puedes descubrirlo.

Experimenté la misma sensación que me invadió la noche que nos besamos, como si el mundo desapareciera a nuestro alrededor. Bruce me parecía más vívido, más intenso. Esos labios carnosos. Esos ojos hipnóticos. Su olor, limpio y fresco.

—¿Y si llegamos a conclusiones distintas? —le pregunté—. ¿Y si yo decido que sí lo deseo, pero tú decides que no?

—¿Y si estoy harto de oír preguntas y solo quiero devorarte otra vez?

Me permití sonreír mientras me inclinaba hacia delante para besarlo. Era tan maravilloso como recordaba. Mejor, incluso. Su lengua se movió despacio contra la mía al principio, pero el beso no tardó en dejar de ser indeciso y titubeante, y pasó a ser tórrido y desesperado. Me pasó las manos por el pelo, por la blusa y por la falda, ávido por acariciarme allí donde le apetecía, pero controlándose.

Nuestros cuerpos se frotaron. Sentí el roce de su erección cuando me levantó y me apoyó contra la puerta, besándome y restregándose contra mí. Intenté no jadear ni gemir, que era lo que mi cuerpo me exigía que hiciera. Sabía que su secretaria estaba justo al otro lado de la puerta y que podía haber más gente esperando para verlo.

—Sabes —le dije entre besos—, creo que te debo una después de la última vez.

—No me debes nada. Lo disfruté más que tú. Te lo aseguro.

Me besó el cuello y el lóbulo de la oreja, abrasándome con cada caricia.

—¿No puedes fingir que esperas que yo lo haga? ¿Vas a hacerme suplicar?

—Hacer ¿el qué? —me preguntó al tiempo que me apartaba un poco para que yo pudiera ver su sonrisa traviesa.

—Devolverte el favor —contesté.

—Tendrás que concretar más.

«Qué cabrón.»

—Una mamada —dije.

—Mmm... Si tantas ganas tienes, supongo que no puedo detenerte.

Intenté darle un guantazo, motivada por la frustración, pero me agarró la muñeca y me miró a los ojos con una intensidad que me hizo temer que iba a acabar derretida en torno a sus pies.

—Suplícamelo. Dime lo mucho que deseas mi polla, y a lo mejor te lo permito.

Tiré todo el orgullo por la borda. Allí no había humillación ni falta de autoestima. Lo importante era el placer. Le excitaba pensar que tenía tantas ganas de chupársela que sería capaz de ponerme de rodillas y suplicarle si llegaba el caso. Cuando lo miré y vi lo grande que parecía delante de mí, con esos hombros anchos y esos rasgos perfectos, lo único que deseé fue provocarle placer. Era difícil creer que tuviera a mi merced a un hombre como él, y el poder derivado de esa idea resultaba embriagador.

—Por favor —le dije con cierta timidez—. Déjame comerte la banana otra vez.

Pensé que iba a reírse o a sonreír al menos, pero se limitó a apartarse un poco y a ponerme las manos en los hombros, instándome a arrodillarme. Al ver que no hacía ademán de bajarse la cremallera, supuse que esperaba que lo hiciera yo.

«Debe de excitarlo mucho la idea de verme tan cachonda por él.»

Y era su día de suerte, porque estaba muy cachonda, así que no necesitaba fingir lo que no era. Solo tenía que soltarme el pelo e intentar que mi cerebro no se interpusiera entre mi cuerpo y lo que quería hacer.

Así que me mordí el labio y enterré todas las inhibiciones. Dejé que el palpitante e insoportable deseo de hacer todas las guarrerías con las que había fantaseado saliera a la superficie y me gobernara.

## Bruce

*P*arecía una diosa allí, a mis pies. El pelo castaño y esos enormes y preciosos ojos marrones. Sin embargo, yo era incapaz de apartar la vista de sus labios. Esos voluptuosos labios que estaban hechos para el pecado.

Se inclinó hacia delante y, para mi sorpresa, atrapó el ganchito de la cremallera entre los dientes y la lengua en una pose muy seductora antes de intentar bajármela. Como no podía ser de otra manera con Natasha, se le escapó de entre los labios. Se puso colorada, algo que me excitó todavía más.

Era una locura, pero no solo me volvían loco sus virtudes, como que tuviera la cabeza bien amueblada y pudiera sorprender incluso a empresarios experimentados con ideas muy intuitivas o geniales; o la amabilidad que le demostraba a todo el mundo y su buena disposición para atender las necesidades de los demás antes que las suyas; o incluso el don para hacer que me olvidara de la amargura y de mi afán por levantar barreras a mi alrededor para mantener a los demás a distancia. Natasha había zarandeado, queriendo o sin querer, todas esas barreras hasta derribar mis defensas gracias a una coreografía perfecta entre el destino y la torpeza.

No, no solo lo bueno me atraía de ella. Incluso me gustaba que fuera un desastre con patas. Era algo novedoso y tierno. Verla tan avergonzada después de sus meteduras de pata siempre me ponía a mil; y en ese preciso momento, estaba seguro de que iba a explotar si no se daba prisa y me bajaba la cremallera.

En su segundo intento, la atrapó entre los dientes, olvidándose de la lengua, y consiguió bajármela, aunque en su empeño por no soltarla estuviera frunciendo el ceño más que poniendo cara sensual.

—A lo mejor deberías usar los dedos para el botón, a menos que tengas un talento oculto.

Me miró con una ceja levantada y, durante un segundo, creí que iba a intentar desabrocharme el botón con los dientes. En cambio, pasó por completo de la lenta sensualidad y estuvo a punto de arrancarme los pantalones y los calzoncillos por las prisas. Fue la leche, y si no me hubiera empalmado con el primer beso, se me habría puesto dura en cero coma al ver lo mucho que deseaba hacerlo.

Me la cogió por la base, y esa simple caricia me tensó por entero. Me miró a la cara y, después, me miró la polla y, en ese momento, apareció en sus labios la sonrisa traviesa que había visto en tantas ocasiones.

—¿Es un mal momento para decir que nunca he hecho esto? —me preguntó.

—Mientras no pienses que es una banana y le des un mordisco, no, no es un mal momento.

—¿Me lo dirás si lo hago mal? —insistió ella.

Esa repentina vulnerabilidad me resultó muy erótica. Meneó la cabeza.

—Natasha, mientras tengas la polla en la boca, es imposible que lo hagas mal. Créeme.

—Me parece que estás subestimando mi capacidad para meter la pata.

—Tú chúpamela —le dije con una sonrisa al tiempo que la instaba a agachar la cabeza para que me la rozara con los labios.

O mentía al decir que nunca había hecho una mamada o tenía un don innato. Tal vez hubiera una tercera posibilidad: la de que llevara tanto tiempo deseando follármela que seguramente me habría corrido con solo verla leer un libro.

Le enterré una mano en el pelo mientras ella subía y bajaba la cabeza. No la obligué a bajar la cabeza y se la metí en la boca hasta el fondo. Era su primera vez, y quería que Natasha tuviera el control. Al principio, se concentró en metérsela en la boca. Podía sentir sus labios mientras subía y bajaba la cabeza, y también sentía la cálida humedad de su lengua, acariciándome la base de la polla. Se sujetaba con fuerza a mis muslos con las manos. Me encantaba ver cómo fruncía el ceño mientras me la chupaba, como si estuviera disfrutando tanto como yo y, al mismo tiempo, le sorprendiera estar haciéndolo.

Me apartó una mano del muslo para colocármela en la polla, justo junto a sus labios, y empezó a acariciármela mientras me la chupaba. La fricción

añadida hizo que echara la cabeza hacia atrás y apretara los dientes. Joder, qué bien. Sabía que iba a durar muy poco si seguía haciéndolo.

Me puse todavía peor al agachar la cabeza para mirar sus curvas, allí arrodillada con la falda pegada a las caderas y al culo. Podía ver cómo se le movía el canalillo con cada movimiento de la mano, y luego tuve que cerrar los ojos con fuerza para no llenarle la boca al correrme.

—Vale, vale —me apresuré a decir. No quería correrme aún, porque quería follármela. Era como si llevara deseando hacerlo desde que la conocí. Quería correrme dentro de ella, aunque tuviera que hacerlo con condón, lo necesitaba tanto que me dolía—. Como no pares, me voy a correr —le dije, más excitado si cabía.

No aminoró sus movimientos. De hecho, fue como si la estuviera animando.

—Natasha... ¡Joder! —gruñí. Me estaba lamiendo la polla y encima me acariciaba con ambas manos. Con una me la meneaba mientras que con la otra me acariciaba las pelotas. Se movía tan deprisa que oía el sonido que hacían sus labios y su lengua, y seguramente fuera lo más erótico que se me ocurría para ese momento. Era algo apasionado y sensual. Pensar en que la tímida Natasha hacía esos ruidos mientras me la chupaba fue la gota que colmó el vaso.

Me tensé de la cabeza a los pies. Sentí una opresión en el pecho y cerré los ojos con fuerza.

—Me corro —mascullé. Fue la única advertencia que le pude hacer para que no se lo tragara, pero me atrapó la polla entre los labios, como si le preocupara la idea de que se le escapara una sola gota.

Sentí que la polla me estallaba mientras alcanzaba el orgasmo y, para mi sorpresa, Natasha no se movió.

Después, cuando los últimos coletazos del orgasmo se transformaron en un placentero zumbido, me di cuenta de que no sabía qué hacer. Se había quedado helada sobre mi polla, seguramente con la boca llena, mientras me miraba con los ojos desorbitados, preocupada.

Solté una carcajada.

—Llegados a este punto, te lo tragas o...

Tragó y me miró a los ojos al tiempo que se sentaba sobre los talones y se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—¿Cuál era la segunda opción?

—O escupes —contesté—. Pero que te lo tragues me pone muchísimo.

Se mordió el labio inferior.

—Bueno, ¿qué tal lo he hecho?

—Te voy a dar una pista infalible: si el tío se corre, lo has clavado.

Sonrió.

Extendí una mano para desabrocharle la blusa, porque aunque me hubiera corrido, no pensaba renunciar a la oportunidad de tirármela por haber saciado un pelín el deseo sexual.

Me cogió las muñecas y frunció el ceño.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Quitarte la ropa...

—¿Por qué? —me preguntó, y vi ese brillo travieso en sus ojos que me resultaba tan familiar.

—Porque quiero ver hasta el último centímetro de este cuerpo perfecto y follarte.

—¿Y si te digo que quiero hacerte esperar una semana tal como tú me has tenido esperando a mí? —me soltó.

—Pues te diría que es un castigo cruel y retorcido.

—Mmm —murmuró ella al tiempo que se daba unos golpecitos en la barbilla con un dedo.

Estaba tan follable y sensual en ese momento que no era ni justo. Todavía tenía los labios húmedos por la mamada, y se le había desabrochado uno de los botones de la blusa, así que atisbaba el sujetador negro de encaje que llevaba. Se le había subido tanto la falda que casi se le veían las bragas y, además, aún estaba de rodillas delante de mí, tal cual estaba cuando me la chupó. Nunca me habían torturado, pero saber que estaba a punto de decirme que no me la podía follar era la peor tortura que se le podría ocurrir a un torturador.

—Pues que sea cruel y retorcido —sentenció.

No podía creérmelo cuando la vi levantarse, colocarse bien la blusa y dar un paso hacia la puerta.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté.

—Tenía que devolverte el favor de la semana pasada. Ya estamos en paz. Te toca. —Se despidió con un gesto coqueto de los dedos, cerró la puerta al salir y me dejó sin habla.

Oí un golpe al otro lado de la puerta y la voz de mi secretaria.



Me coloqué la ropa a toda prisa y abrí la puerta para ver qué pasaba. A juzgar por el aspecto de Natasha, se estaba levantando después de un tropezón.

—¿De verdad? —le pregunté, pero llegué antes que mi secretaria para ayudarla a levantarse.

Natasha estaba como un tomate, pero me apartó en cuanto estuvo de pie e intentó enderezarse.

—Tenía la pierna un poco dormida —me explicó en voz baja—. He intentado retrasar todo lo posible mi salida triunfal, pero sabía que era el momento apropiado, así que lo aproveché.

—Eres increíble —le dije.

Casi se me había olvidado que el hermano de Natasha seguía en mi casa cuando volví del trabajo. Si así ayudaba a Natasha, me parecía bien dejar que se quedara todo el tiempo que hiciera falta, pero la verdad era que no había esperado que fueran más de dos o tres días.

Braeden estaba repantingado en mi sofá, en calzoncillos, cuando llegué. Me dije que tenía que llamar a los de la limpieza para pedirles que se emplearan a fondo en esa parte. Me saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Qué pasa, Bruce Wayne?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Ese no es el tío de *Batman*?

—¿Que si es el tío de *Batman*? —me preguntó, incrédulo—. ¿Qué tienes, setenta o algo? Pues claro que es el tío de *Batman*.

Hice un gesto con la mano para recalcar que estaba medio desnudo en mi sofá.

—¿Y tú qué tienes, doce?

—Muy gracioso —replicó Braeden. Se metió en la boca lo que parecía una bolita de queso.

«¿Una puta bola de queso? ¿En mi sofá?»

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

—De la tienda —contestó como si yo fuera imbécil.

—Tengo comida de sobra en casa. ¿Por qué malgastas el poco dinero que tienes en bolitas de queso?

—¿Llamas a eso comida? A lo mejor tú puedes subsistir a base de verduras y pollo, pero las verduras me dan gases y el pollo me da asco. A ver, ¿has visto lo asqueroso que es antes de cocinarlo? Parece que lo han sacado de los huevos de un marciano.

Levanté las cejas.

—¿Me estás diciendo que has visto de cerca los huevos de un marciano?

Ladeó la cabeza y me miró.

—¿Cómo sé que no eres un fetichista sexual de esos raritos? Multimillonario. Obseso del orden. ¿Perfecto a simple vista? Eres el vivo ejemplo del perfecto asesino en serie o de un tío con una mazmorra de sadomaso.

—Si quieres, puedes registrar toda la casa en busca de pistas mientras sigues regodeándote en tu desempleo.

—Y un huevo que me regodeo en mi desempleo —masculló Braeden, que se levantó y se enfrentó a mí, en todo el esplendor de su cuerpo enclenque y debilucho.

Lo miré de arriba abajo, literal y figuradamente.

—¿Te das cuenta de que la mayoría de la gente me besaría el culo después de haberle dado un sitio donde quedarse?

—Je, pocos serían tan gilipollas como para acabar necesitando la ayuda de un imbécil como tú. Así que vamos a dejar las cosas claras desde ya. No estás tratando con la mayoría de la gente.

—Salta a la vista —repliqué.

Por un instante, tuve la impresión de que quería darme un puñetazo. Después, se relajó y me miró con los ojos entrecerrados.

—Oye, ¿qué quieres de mi hermana? Déjate de rollos y no me vengas con la chorrada de que esto no es por ella. Porque es el único motivo. No aguantarías mis gilipolleces si no quisieras algo de ella.

—Trabaja para mí —dije sin rodeos—. Un trabajador feliz es un buen trabajador. Y con una carga como tú... Creo que conseguir que la dejes tranquila incrementará muchísimo su felicidad.

—Venga ya, no me jodas. ¿Por qué crees que estaba en el parque en vez de dándole la tabarra?

—¿No has pensado en conseguir trabajo? —le pregunté—. Una pregunta estúpida, lo sé.

—Sí, es muy estúpida. Los trabajos tradicionales y yo no nos llevamos

bien. Soy un tío que piensa a lo grande, genialidades. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Solo tengo que seguir insistiendo hasta que me cambie la suerte, y todo se arreglará. No te preocupes por eso.

—No pensaba preocuparme. Te voy a proponer una cosa: acepta un trabajo en mi departamento promocional. Coméntales algunas de esas genialidades tuyas a los profesionales. A ver si eres tan estupendo como te crees.

—A la mierda tu caridad —replicó, mientras meneaba la cabeza y cruzaba los brazos por delante de su barriga cervecera como si acabara de pedirle que me limpiara los zapatos con su cepillo de dientes.

—Vale, solo...

—Por curiosidad —se apresuró a decir—, ¿exactamente cuál sería el sueldo de tu trabajo de caridad?

—Cero patatero hasta que demuestres que vales algo. Pon una de tus genialidades a circular en el departamento promocional y luego ya hablaremos de sueldos.

Se mordió una uña.

—Joder. Vale. Lo haré, pero sigues siendo un imbécil. Y solo lo hago para poder ayudarle a Natasha a pagar las facturas que no cubre ese trabajo de mierda que tiene.

Sentí un agujonazo de culpa. Al fin y al cabo, era yo quien no le estaba pagando. Al principio, creía que sería uno de los motivos por los que renunciaría al puesto. Después, cuando empecé a conocerla, temí que si le ofrecía un salario, eso la impulsaría a renunciar. Para ser una persona que necesitaba tanto el dinero, tenía una vena orgullosa y terca, y no me cabía la menor duda de que se negaría a aceptar caridad. Aun así, no me quitaba de la cabeza cómo su casera la había acosado para que pagara el alquiler, y encima su hermano acababa de decir que iba corta de dinero. No debería sorprenderme. Nueva York era una ciudad cara, y nunca había entendido cómo la gente podía permitirse vivir en ella, a no ser que se fuera un directivo de una grande empresa.

Por primera vez, se me ocurrió algo. Dejé a Braeden para que siguiera mancillando mi sofá y fui al despacho para abrir el portátil. Busqué en los archivos de empresa hasta dar con el expediente de Natasha. Quería saber en qué había trabajado antes de estar en prácticas en Galleon, si acaso había trabajado. De haberla entrevistado, ya lo sabría.

En su currículum había un trabajo de camarera y otro en una librería del

campus de la universidad, pero nada más. Fruncí el ceño. A juzgar por los años que decía haber trabajado de camarera, así debió de pagarse el alquiler hasta el momento. Algo no terminaba de cuadrar, así que, guiado por un impulso, llamé al restaurante y hablé con el gerente. Tardaron un poco en recabar la información, pero me confirmaron que solo había trabajado allí dos años, no los cuatro que ella decía.

Eso dejaba un hueco de dos años. Un hueco que ella intentaba ocultar.

De modo que, ¿a qué se dedicaba de verdad? ¿Y qué clase de trabajo sería tan horrible como para intentar ocultarlo en el currículum con el de camarera?

Pasé un rato en Google, buscando su nombre, pero solo encontraba artículos de una revista empresarial que no tenían nada que ver. Decidí buscar sus redes sociales, sin saber muy bien qué buscaba, pero a esas alturas ya estaba muerto de la curiosidad.

Descubrí una entrada en su casi desierto muro de Facebook en la que decía que estaba emocionadísima por su nuevo trabajo. La fecha era de hacía unos dos años. Con el corazón en un puño, revisé los comentarios. Y lo encontré.

MARTHA FLORES: ¡No me creo que mi niña vaya a ser periodista! ¡Estoy muy orgullosa!

¿Periodista?

Recordé los artículos que me habían salido al buscar su nombre en Google y volví atrás para pinchar en algunos enlaces. Descubrí que eran artículos escritos por Natasha Flores. Mi trabajadora en prácticas.

Me eché hacia atrás en el sillón mientras la cabeza me daba vueltas y se me caía el alma a los pies. Era periodista. De una revista empresarial. Y lo había ocultado en su currículum cuando envió la solicitud para trabajar en prácticas para mí.

Era como lo de Valerie, pero peor. Peor porque Natasha ya me importaba muchísimo más de lo que jamás me importó Valerie. Peor porque había roto mi regla número uno. Había cometido el mismo error por segunda vez.

—Oye —dijo Braeden desde la puerta de mi despacho. Añadió un puñetazo al marco para llamar mi atención—. ¿Tienes pasta de dientes de sobra?

—Vete a la mierda —mascullé. Esperaba que discutiera, pero debí parecer más cabreado de lo que pensaba, porque guardó silencio y, después de unos segundos, oí que se alejaba por el pasillo.

Sabía que debería preguntarle a Natasha qué pasaba. Eso sería lo justo, pero también sabía que la amenaza de la traición me dolía tanto que no podía pensar con claridad.

Le mandé un mensaje de texto y le dije que saldría de la ciudad al día siguiente, de modo que se lo podía coger libre. Después, me pasé toda la noche en vela, con la vista clavada en el techo, consumido por la misma gélida rabia que sentí dos años antes. En ese momento, me resultó más fácil recordar por qué me había distanciado de los demás. Natasha me había hecho olvidar el motivo. Incluso había empezado a creer que estaba exagerando, que debería haber superado lo de Valerie y haber pasado página.

Pero ya lo recordaba.

Todavía cabía la posibilidad de que me equivocase. Lo sabía. Pero ese era un triste consuelo. Siempre había creído que lo mejor era seguir el camino más recto hacia una conclusión. Si todas las pruebas apuntaban en una dirección, casi siempre era la correcta. Incluso recordé todas las veces que Natasha pareció querer decirme algo. Sí, tal vez yo la interrumpí siempre, pero había tenido oportunidades de sobra para contarme la verdad.

Sabía que me había traicionado. Lo sabía en lo más hondo de mi corazón. Ya solo me quedaba confirmarlo.

## Natasha

**B**ruce me dio el día libre. Intenté no sentirme demasiado avergonzada. Al fin y al cabo, no era normal en mí decirle que quería esperar una semana para echar un polvo después de habérsela comido la noche anterior. Si hubiera sido sincera, le habría confesado que tenía miedo de llegar hasta el final. Me preocupaba hacerlo mal o decepcionarlo de alguna manera, y mi bromita solo había sido una tapadera que no pensaba que él aceptase. Esperaba que protestara, que me inmovilizara contra la pared y que me la metiera de todas formas.

Claro que no podía sentirme molesta en absoluto. Bruce había respetado mis deseos, aunque, en el fondo, yo esperara tontamente que no lo hiciese.

Era una cobarde y me odiaba por ello. Esperaba que él se encargara de todo. Quería que tomara todas las decisiones y que se hiciera con el control, pero eso era injusto. Yo era la que necesitaba confesarle cuál era mi verdadero trabajo. Hacía mucho que había decidido no escribir el artículo, porque de entrada carecía de fundamento. Me parecía ridículo. Debería haber sido lo más fácil del mundo admitirlo, pero lo había dejado tanto que la mentirijilla se había agrandado, tal como les sucedía a las mentirijillas en las relaciones íntimas.

Decidí que se lo contaría cuando él volviera. Estaría preparada para que me despidiera o me odiara, pero sabía que de todas formas tenía que hacerlo. No podía seguir mintiéndole más.

Fui a las oficinas de *Mundo empresarial* para hablar con Hank y Candace. También debía decirle a Hank que abandonaba el proyecto.

Cuando llegué, Hank estaba de pie en su despacho, hablando con un hombre mayor muy corpulento, con manchas en la calva. Era el señor

Weinstead. Lo estaba mirando con mal disimulado asombro cuando Candace corrió a mi lado para abrazarme.

—¡Hola, perdida! —exclamó. Bajó la voz como si fuera a contarme un secreto—. El jefazo está aquí. ¡Tachán!

—¿Sabes por qué? —le pregunté. Solo había visto al señor Weinstead una vez, en una de las fiestas de Navidad.

—Tengo una ligera idea, sí. Ha preguntado por ti. —Bajó la voz y adoptó el tono grave de un viejo cascarrabias—. ¿Dónde está la muchacha que está haciendo el artículo sobre los hermanos Chamberson?

—¿Sobre los hermanos? —repetí—. Hank me dijo que solo le interesaba Bruce.

Candace se encogió de hombros.

—Solo te cuento lo que he oído.

Suspiré. No pensaba entrar en el despacho y presentarme. Decidí esperar hasta que el señor Weinstead se marchara. Después, hablaría con Hank en privado y le daría las malas noticias. Aceptar el hecho de que renunciaba a escribir el artículo era como despedirme de una parte de mi persona.

Me avergonzaba de no haber intentado siquiera escarbar en busca de información sobre Bruce una vez que descubrí que me gustaba. Me sentía como una niña tonta que no merecía trabajar como periodista. Cuando por fin me asignaban un proyecto real, la fastidiaba. Eso sí, que me quitaran lo bailado.

Se me paró el corazón cuando vi que Hank miraba en mi dirección y, al verme, ponía los ojos como platos. Me señaló y le dijo algo al señor Weinstead, tras lo cual salieron del despacho para acercarse a mí.

—¿Puedo usarte de escudo humano? —le pregunté a Candace, pero cuando me volví para mirarla, descubrí que iba de camino a su mesa a toda pastilla.

El señor Weinstead y Hank llegaron a mi lado luciendo sendas sonrisas. Hank, por su parte, parecía esperar que no lo avergonzara. El señor Weinstead me miraba como si tuviera la impresión de que yo estaba a punto de revelar el trapo sucio más jugoso sobre Bruce y su hermano.

—Bueno, así que tú eres nuestra agente encubierta, ¿no? —me preguntó. Parecía un poco Papá Noel, pero con voz de pito y ojos pequeños y negros.

—Lo dice usted como si fuera más importante de lo que es —repliqué, nerviosa.

—No te quites méritos, Nat. Aceptaste el trabajo como si fuera poca cosa.

Ya llevas dos semanas trabajando de forma encubierta. Eso no es moco de pavo.

Me obligué a sonreír.

—Bueno, tampoco es para tanto.

—En fin —dijo el señor Weinstead—, supongo que habrás hecho progresos, ¿no?

—En realidad, me preguntaba si podía darme algún detalle sobre la información que lo ha llevado a sospechar de los hermanos Chamberson —repuse.

—Déjame darte un consejo, de periodista a periodista —replicó el señor Weinstead. La expresión de Hank me dejó claro que él también pensaba que el señor Weinstead tenía de periodista lo que yo de monja, pero me esforcé por parecer atenta y receptiva—. Que no se te olvide que tu trabajo consiste en investigar el tema de tu artículo, no a la persona que te lo asignó.

Esbocé una sonrisa tensa. Era una negativa tajante a mi pregunta.

—Bueno, solo lo preguntaba porque de momento no he visto ni el menor asomo de corrupción en Galleon Enterprises. A lo mejor si estuviera allí meses, acabaría enterándome de algo, pero aunque quisiera hacerlo, que no es el caso, me es imposible subsistir sin un sueldo. El pago por el artículo ni siquiera llega a cubrir los gastos que tendría que hacer durante todo ese tiempo.

El señor Weinstead levantó las manos con las palmas hacia arriba y miró a Hank.

—Pues págale a esta mujer lo que necesita. —Se metió la mano en un bolsillo y sacó un talonario de cheques—. ¿Cuánto necesitas para seguir adelante con este caso? ¿Dos mil? ¿Cinco mil?

Que me ofreciera semejante cantidad de dinero como si tal cosa me dejó sin aliento. Bien sabía Dios que el dinero me vendría de perlas; pero, al mismo tiempo, aquello ya no iba de un simple artículo para la revista. Daba igual lo mucho que ansiara el reconocimiento y el respeto que me aportaría semejante artículo. El tema era Bruce, y no había dinero suficiente en el mundo para manchar su reputación o traicionar su confianza si seguía adelante con esa tontería.

—Lo siento —dije—. No...

En ese preciso momento, el universo decidió regalarme el peor momento inoportuno de mi vida. Justo cuando estaba extendiendo la mano para apartar



el talonario de cheques del señor Weinstead, vi que Bruce se encontraba a escasos metros de distancia.

—Se suponía que ibas a salir de la ciudad —dije. Me di cuenta de que estaba tocando el talonario y retiré la mano como si me hubieran pillado robando—. Por Dios, Bruce, puedo explicarte todo esto.

—No hace falta que lo hagas —replicó él, y la frialdad de su voz me hizo polvo—. Tienes facturas que pagar y debes hacer lo que haga falta para pagarlas. —Se sacó un cheque del bolsillo de la chaqueta y me lo ofreció—. Es un pago justo para el tiempo que has estado trabajando en prácticas, incluyendo las horas extra. He hecho un cálculo aproximado y he restado dos horas durante las cuales no estuvimos lo que se dice trabajando.

Al oírlo decir eso, sentí un aguijonado abrasador. Se refería a las dos ocasiones en las que nos habíamos dejado arrastrar por el deseo, pero no parecía mencionarlas con intención de coquetear. Más bien parecía estar recordándomelas para que me arrepintiera de lo hipócrita que había sido al tontear con él en semejantes circunstancias.

—Bruce, por favor... —Intenté devolverle el cheque, pero él me cubrió la mano para que lo aferrara.

—Quédate con el dinero. Pero no quiero volver a verte en la vida. Ah, y ya he pagado una habitación en un hotel para que tu hermano se aloje en ella hasta finales de mes. Ya tiene la llave y sabe dónde es. Ojalá pudiera decir que te echaré de menos. Adiós, Natasha.

—No pensaba escribir el artículo. Después de conocerte, yo... Iba a decírtelo, pero tenía miedo de que tú... —Bruce ya se había alejado y, al parecer, o no me oía o no le importaba lo que yo estaba diciendo. No sabía por cuál opción decidirme.

El señor Weinstead se guardó de nuevo el talonario de cheques en el bolsillo y miró furioso a Hank.

—Espero que encuentres el modo de arreglar esto, ¿eh? Necesito ese artículo.

—Haré todo lo posible —le aseguró Hank.

Y así, sin más, parecieron olvidarse de mí. De repente, había vuelto a la casilla de salida. O más atrás incluso. Porque había rozado con los dedos la posibilidad de escalar. La idea de salir de ese hoyo que yo misma había cavado a lo largo de mi vida. En cambio, había terminado sentada de culo, en el mismo fondo del agujero. Hank sabía que no podía confiar en mí para

ofrecerme un artículo serio. Y lo peor era que su jefe también lo sabía. La verdad, me sorprendería incluso que me siguiera ofreciendo los artículos de mierda que me encargaba antes.

Había intentado nadar y guardar la ropa, y había acabado perdiéndolo todo.

Me pasé dos semanas de bajón. Me pareció lo adecuado. Durante dos semanas, había llevado una vida distinta. Una vida donde me planteaba la aterradora y emocionante posibilidad de mantener una relación con Bruce Chamberson y el impacto que podía tener en ella un hombre como él. Durante esas dos semanas, había descubierto lo divertido que era saber que cualquier cosa que deseara estaba al alcance de mi mano.

Así que me pasé dos semanas sacándomelo todo de la cabeza. Intenté olvidarlo todo. A él. A Galleon Enterprises. A *Mundo Empresarial*. Quería olvidarlo todo. Ya había trabajado antes de camarera y, aunque no me resultaba satisfactorio, al menos se ganaba un dinerillo. A lo mejor debería buscar un lugar para alquilar fuera de la ciudad cuando el contrato de alquiler del apartamento llegara a su fin dentro de dos meses, pero sobreviviría. Siempre lo había hecho, y encontraría la forma de seguir haciéndolo.

Braeden iba a verme a menudo, algo raro en él. Todavía se alojaba en la habitación que Bruce había pagado para él, algo que suponía una extraña amenaza hacia esa parte de mi vida que tanto me esforzaba por olvidar. Sin embargo, era agradable ver que mi hermano iba a verme porque le apetecía y no porque necesitara un sitio donde quedarse.

Pese a su entusiasmo inicial por la idea de dejar de ser una carga para mí, mi hermano no había cambiado en absoluto, como de costumbre. Estaba tumbado en el suelo, al lado de la pared, más que nada porque no había sitio para poner un sofá y yo ya me había sentado en la cama.

—Pero piénsalo —dijo—. Sería como una hamaca, pero la podrías usar debajo del agua. A ver, no me digas que no me puedo forrar con esa idea, ¿eh?

—Pues no. La verdad es que no lo veo —contesté con más brusquedad de la que pretendía.

Braeden suspiró, se sentó y apoyó la espalda en la pared mientras me observaba con atención.

—¿Todavía sigues dolida por lo de Batman?

Mi hermano tenía muchos defectos, pero era un tío estupendo. Llamar «Batman» a Bruce era una manera de intentar que me sintiera mejor, como si así pudiera convertirlo en un chiste para que dejara de ser el agujero que me había dejado en el corazón.

—Lo estoy superando poco a poco —contesté.

—En fin. Tampoco es que yo haya visto muchas películas románticas, pero ¿esta no es la parte en la que el tío hace algo espectacular para que la chica lo perdone? Ya sabes, esa parte en la que todo el mundo se corre de gusto cuando ve al protagonista postrado de rodillas, pidiendo perdón.

—Pues sí —respondí—. La diferencia es que, en las películas, normalmente es el chico quien la caga a base de bien. No la chica.

—Vale, entonces, ¿por qué no sigues el ejemplo de todos los hombres del planeta que la han cagado alguna vez? Haz algo alucinante. Haz que el chico te perdone. No sé, pero me da que así no vas por buen camino para impresionar a nadie, a menos que intentes superarme en lo de quedarte en el paro, claro. Pero tienes todas las de perder, hermanita. Batman me dijo que me regodeaba en el desempleo y no creo que seas capaz de superar semejante halago.

Puse los ojos en blanco y sonreí.

—No, seguramente en eso eres el rey. Pero ¿de verdad crees que le importa siquiera que yo me disculpe?

—¿No te importaría a ti si fuera al revés?

—Bueno, sí. A mí sí me importaría. Pero no sé si eso cambiaría las cosas.

—Nat, que a los tíos nos guste mirarnos en el espejo para ver lo grande que la tenemos no significa que no tengamos un lado sensible. Piénsalo. Ese pobre tío ha salido de una relación muy chungu y va y se topa contigo. Le gustabas, y seguramente está avergonzado por haberse dejado seducir de nuevo por una lagarta que solo quería pescarlo.

Lo miré, enfadada.

—Yo nunca fui a pescarlo. Y tú lo sabes.

—Yo sí —convino mi hermano—. Pero ¿lo sabe Bruce?

## Bruce

*L*a vida continuó, más o menos. Me había despertado de un maravilloso sueño y me había dado de bruces con la cruda decepción al descubrir que, una vez más, solo había sido una fantasía. Desde que le dije a Natasha que no se metiera en mi vida, era como si tuviera que recordarme a mí mismo todas las mañanas que ya no estaba. Que no me esperaría con el cada vez más abollado coche de empresa delante de mi edificio. Que no nos lanzaríamos pullas de camino al trabajo. Que no me daría la tabarra por la falta de sueldo o por el hecho de no estar realizando un trabajo de verdad.

Se había ido. Se me hacía raro que, en tan solo dos semanas, Natasha hubiera dejado una huella tan honda en mi vida que su ausencia me resultara abrumadora.

Sabía que debería estar enfadado. Incluso cabreado. Que debería sentirme dolido. A lo mejor lo estaba hasta cierto punto, pero nada me afectaba tanto como la sensación de pérdida. Sabía que no podía permitirme volver con ella, pero detestaba esa realidad.

De modo que, cuando salí de casa esa mañana, no me esperaba verla. Desde luego, no me la esperaba cargando con una especie de colcha horrorosa que tenía un montón de bolsillos cosidos a mano.

—No tienes que decir nada —empezó ella, muy seria, sin prestarles atención a las miradas que le echaba la gente que iba andando al trabajo—. Pero lo siento, y sé que te encanta organizar las cosas, así que te he hecho algo para que organices los calcetines. Tiene un montón de bolsillos, para que puedas meter un par en cada uno o tal vez organizarlos por colores... —Dejó la frase en el aire y se mordió el labio—. No sabía cuántos pares tienes, pero puedo hacerte otra si esta no tiene suficientes bolsillos.

Le quité esa cosa de las manos y la examiné con el ceño fruncido. Me moría por mandarlo todo a la mierda, por estrecharla entre mis brazos y besarla, por decirle que se lo perdonaba todo. Sin embargo, había roto los lazos antes de que ella pudiera ahondar en la herida. Había escapado, y perdonarla solo me expondría de nuevo a que me clavara la inevitable daga en la espalda.

Por más que quisiera darle las gracias y besarla, me limité a llevarme la colcha al coche, donde me esperaba mi chófer. Demostré el mínimo respeto posible al doblar la colcha y dejarla en el asiento en vez de arrojarla sin más al interior, pero no me atrevía a demostrarle nada más.

A partir de aquella mañana, apareció todos los días, como un cachorrito triste que echaba de menos su hogar. A veces me llevaba café, y nunca con azúcar. Siempre me llevaba una banana perfecta. Incluso escribía mi nombre por toda la cáscara tal como yo había empezado a hacer desde que ella se comió mi banana por error el primer día. Me pasé más tiempo del que estaba dispuesto a admitir sentado en mi despacho, admirando su letra tan femenina, como si en ella se ocultara la explicación de cuál era su verdadero objetivo o de si solo lamentaba que la hubiera descubierto.

La mayoría de los días, ni siquiera hablaba. Se limitaba a esperar con los regalos que me llevaba y a mirarme con esos enormes e inocentes ojos mientras yo los aceptaba. Cada día me costaba más resistirme. Tenía que obligarme a no decir nada, porque sabía que si hablaba, me arriesgaba a descubrir lo que albergaba mi corazón en vez de decir lo que era sensato.

Me hizo tantas cosas para organizar, decorativas o no, que empecé a preguntarme si no pensaba en nada más. Al cabo de unas semanas, tenía el ático lleno con sus regalos, y la mayoría me resultó muy útil, sobre todo el chisme que inventó para que las perchas de mis corbatas quedaran de tal forma que podía verlas todas sin tener que moverlas de su sitio. Por supuesto, ya tenía un sistema bastante bueno, pero, de alguna manera, saber que Natasha lo había inventado hacía que lo prefiriera al mío.

Era un hombre de rutina y, en cuestión de poco tiempo, ella se convirtió en mi parte preferida de dicha rutina. Ya no esperaba a que llegase el momento de la banana antes del almuerzo. Esperaba a verla cada mañana.

El mejor regalo que me llevó fue Caitlyn. Habían pasado unas cuantas semanas desde que empezó a esperarme por las mañanas, pero aquel día en concreto tenía a Caitlyn de la mano en vez de un regalo hecho por ella.

Caitlyn soltó un gritito emocionado al verme y salió corriendo para abrazarme las piernas. Natasha observó la escena, aunque intentaba aparentar que tenía la vista clavada en el suelo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunté. Seguramente fuera la frase más larga que le había dicho desde que todo eso comenzara, y Natasha pareció sorprenderse al oír que me dirigía a ella.

Fue Caitlyn la que contestó.

—Estoy asistiendo a clases de periodismo. Natasha me mandó un mensaje *online* y me dijo que era amiga tuya, y que si convencía a mi madre de que la contratara como mi profesora, ¡me traería y podríamos pasar tiempo juntos!

—Estoy casi seguro de que esto es ilegal —dije mientras le devolvía el abrazo a Caitlyn.

—En fin —repuso Natasha—, seguramente solo sea un pelín ilegal, si acaso lo es. Pero merece la pena, ¿no?

El siguiente miércoles vi a Caitlyn de nuevo, y Natasha dijo que haríamos lo mismo el viernes, pero cuando llegó la mañana del viernes, no había ni rastro de Natasha. Estuve esperándola media hora antes de empezar a preocuparme. Natasha jamás perdió la costumbre de llegar tarde por cualquier cosa, así que supuse que había perdido el tren o se había quedado dormida, pero al final decidí llamarla.

Me pareció que era una especie de rendición llamarla después de tenerla tanto tiempo esperando por mí, pero sabía que era lo mínimo que se merecía, si acaso no se merecía mucho más a esas alturas. Había traicionado mi confianza, pero estaba haciendo muchísimo más de lo que haría cualquier mujer para arreglar las cosas.

No cogió el teléfono.

Llamé a su hermano, pero tampoco me lo cogió.

Llamé a mi secretaria y le pedí que mirase quién era el contacto de emergencia de Natasha, preguntándome si podría ponerme en contacto con sus padres de alguna manera, pero no tuve suerte.

No me quedó más remedio que portarme como un alarmista y decirle a mi chófer que me llevara al hospital más cercano.

—¿Bruce? —dijo Natasha.

Estaba esperando en el vestíbulo con los ojos enrojecidos e hinchados. Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Es Braeden. Mis padres lo echaron cuando se le acabaron los días en el

hotel e intentó dormir en el parque de nuevo. Se metió en una pelea y hubo mucha sangre, pero dicen que tal vez solo sean unos cuantos cortes en la cabeza.

—Bien. Tu hermano es un gilipollas, pero me alegro de que no esté muerto. Natasha se echó a reír.

—Me aseguraré de decírselo usando esas mismas palabras.

Esbocé una sonrisilla torcida, y me resultó raro que, después de tantas semanas de nuestra extraña y silenciosa danza, hubiéramos entrado en una fase en la que parecía que no hubiera pasado nada.

—Que sepas... —le dije al cabo de un momento— que si alguien quisiera que yo lo perdonase... Cualquiera diría que, a estas alturas, dicho alguien ya habría recordado lo mucho que disfruté del banana split cuando me invitó.

La emoción brilló en sus ojos.

—A lo mejor ese alguien no creía que le funcionara lo mismo por segunda vez.

—En ese caso, ese alguien ha subestimado lo mucho que me gustan los banana splits.

—¿Me estás diciendo que podría haberme ahorrado todas las chorradas y que me habrías perdonado por un banana split desde el principio?

—No. Digo que tu persistencia me encanta y que no quería estar cabreado contigo desde el primer momento, así que ya has hecho bastante, y ahora solo quiero comerme el postre antes de perdonarte.

—¿Y me lo dices ahora, cuando no me puedo mover del hospital y mi hermano me tiene preocupadísima?

—Tu hermano se sentó medio desnudo en todas las superficies habidas y por haber de mi casa, cambió de sitio las cosas y dejó una peste que no he podido eliminar del todo. Pero si quieres asegurarte de que vivirá antes de que nos comamos el postre, no tengo inconvenientes.

Se inclinó hacia mí y me pegó la frente al pecho antes de soltar un largo y trémulo suspiro.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No sé qué clase de educación le han dado tus padres, pero no tiene modales. Es increíble.

—No, tonto —dijo con una carcajada—. ¿Dices en serio que me vas a perdonar después de lo que hice?

—Me encantará tener una excusa para ser un tirano contigo de nuevo. Vas

a tener que tragar a partir de ahora.

Asintió con la cabeza.

—Encantada de hacerlo.

Me senté en frente de Natasha en una cafetería de moda a escasas manzanas del hospital. Teníamos un banana split entre los dos, y yo estaba comiendo a dos carrillos, como si llevara semanas sin probar bocado.

—¿Se te ha olvidado dónde comer sin la ayuda de tu fiel chica de prácticas o qué? —me preguntó ella.

Intenté comer más despacio, aunque tuve que echarme a reír.

—En fin, puede decirse que he estado un poco distraído.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de lo que te he dicho de que pensaba ser un tirano de nuevo?

—Ajá...

—Pues eso implica que no puedes hacer preguntas... periodista.

Dio un respingo al oír la palabra, como si no estuviera dispuesta a perdonarse por todo lo que había pasado, aunque yo sí.

—Bruce...

Levanté una mano.

—No tienes que explicar nada. Tengo la casa llena de cosas que has hecho con tus propias manos. En estas semanas me has demostrado que estás dispuesta a hacer todo lo que haga falta para dejar claro que detestas cómo ha acabado todo. Llámame tonto, pero con eso me basta. La verdad, ahora mismo solo quiero una cosa.

Levantó las cejas mientras yo le miraba los labios. Me pregunté qué creía que iba a decir. Que la quería a ella. Un beso. Una noche a solas. Otra oportunidad. Quería todo eso, pero no era capaz de decirlo en voz alta, todavía no.

—El banana split —le dije—. Quiero la última cucharada.

Casi me eché a reír al ver lo decepcionada que se quedaba.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Esperabas que dijera otra cosa?

—Pues no. Pero yo también quería la última cucharada. —Estaba mintiendo como una bellaca, pero yo también, así que lo dejé pasar. No era la



clase de mentira que desestabilizaría los cimientos de una relación. Era la clase de mentira que ocultaba secretos felices.

Llené mi cuchara y, después, me incliné hacia delante por encima de la mesa para poder acercársela a los labios.

—Abre la boca, chica de prácticas —le ordené.

Ella me miró con una sonrisilla traviesa y separó los labios para aceptar el helado. No puede evitar recordar lo maravillosos que se veían sus labios alrededor de mi polla, y se me aceleró el corazón. ¿Qué tenía el postre que me ponía tan cachondo?

—Que sepas —dijo ella cuando se lo tragó todo— que dicen que reconoces al hombre de tu vida porque te da la última porción de su comida preferida.

—¿En serio?

—Eso dicen. Pero yo digo que lo reconoces cuando lo deseas tanto que eres capaz de ponerte en ridículo una semana tras otra con tal de tener la oportunidad de conquistarlo de nuevo.

—Así que me estás conquistando, ¿no? No te confundas, Natasha. Aquí la única conquista eres tú. Siempre lo has sido. La pregunta es si el precio de hacerte mía era demasiado alto o no.

—¿Me estás diciendo que solo me querías si era barata?

—Solo te quería si veía que no ibas a convertirme en un hazmerreír. A lo largo de las últimas semanas, creo que me he dado cuenta de que te quiero de cualquier forma. Te rías de mí o no. Te deseo, sin más.

—Eso parece un comentario dicho por un hombre dulce y atento. ¿Qué has hecho con el frío y calculador Bruce que conozco?

—A lo mejor solo estoy diciendo cosas bonitas para que te acuestes conmigo. —Fui consciente de que contenía la respiración al comprender lo que acababa de decir. Acto seguido, sentí que se me aceleraba el corazón al ver que una lenta sonrisa aparecía en su cara. Sí, secretos felices...

—A lo mejor funciona y todo. Pero me has hecho esperar semanas para esta cita, así que creo que lo menos que debes hacer es hacerme pasar un buen rato antes de intentar acostarte conmigo.

—¿A qué te refieres? ¿A una cita por la noche o algo? —le pregunté.

—Exactamente a eso.

—¿Te importa decirme cuándo se han vuelto las tornas de nuevo? Ayer mismo estabas esperándome en la puerta de mi edificio, ¿y ahora me vienes con exigencias?

Apretó los labios, levantó la vista y luego asintió con la cabeza.  
—Mmm. Pues sí, mira, me parece estupendo.

## Natasha

**B**ruce me llevó a un teatro abandonado, situado en los límites del centro de la ciudad. Desde fuera parecía un gigantesco bloque de hormigón. Pasamos frente a la puerta principal, que estaba cubierta de cadenas, y nos encaminamos hacia uno de los laterales del edificio.

—¿Estás seguro de que tenemos permiso para hacer esto? —le pregunté por quinta vez.

—Deja de preocuparte tanto por todo —dijo él.

—Eso significa que estamos entrando sin permiso, ¿verdad? Cuando te dije que quería salir contigo me refería a ir a una pista de patinaje o a tomar un helado.

—¿Acabamos de comernos un banana split y ya estás pensando en otro helado? —Se echó a reír.

—Tú te has comido un banana split. Creo que esa cucharada que me has dado al final es la única que me he comido.

Se detuvo y se volvió para sonreírme y, ¡Dios mío, pero qué guapo era! Llevaba el pelo bien peinado, apartado de la cara. Con ese mentón tan afilado y masculino, y esos labios tan carnosos, la camisa formal que llevaba le sentaba de maravilla. Era la imagen del éxito con esa prístina camisa blanca y la corbata azul marino. Los pantalones de pinzas ajustados, se le ceñían a los muslos y al culo, y le sentaban estupendamente. Todavía no acababa de creerme que estuviera interesado en mí, aunque yo hubiera metido la pata hasta el fondo.

—A lo mejor quería asegurarme de que te quedabas con hambre para comerte mi banana luego.

Le regalé una sonrisa torcida.

—Si quieres que te dé un mordisco ahí abajo porque estoy muerta de hambre, vas por el buen camino.

Él dio un respingo.

—Oído cocina. Podemos incluir un helado pequeño en la cita de esta noche, en cuanto salgamos de este cine terrorífico y abandonado.

—Vale. Y, por cierto —repliqué—, ¿te importaría iluminarme como cerebro creador de este plan que eres? ¿Es otra forma de castigarme o se me escapa algo?

—Ajá. Este era uno de mis sitios preferidos cuando era pequeño. Antes de que lo cerraran, claro.

Abrió una puerta lateral. Para mi sorpresa, no estaba cerrada. El tejado se había caído en algunos sitios, lo que permitía que penetraran algunos rayos de sol en los que flotaban motitas de polvo, iluminando así las hileras de butacas y el destartado escenario. Una parte de las butacas del fondo estaba cubierta de moho y arbustos, pero en otras zonas todo parecía intacto.

Eché un vistazo a los descoloridos murales de las paredes y a la asombrosa cantidad de elementos decorativos abandonados hasta que alguien llegara y demoliera el edificio.

Bruce limpió el asiento de una de las butacas que teníamos más cerca y me hizo un gesto para que me sentara. Él se sentó a mi lado y levantó los pies.

—Me sorprende que soportes estar aquí —dije—. Lo normal sería que se activara tu necesidad compulsiva de limpiar y ordenar.

—Las cosas sucias no me molestan mucho. Lo que necesito es orden.

—¿Has dicho que este era tu sitio preferido cuando eras pequeño? No te veo yo disfrutando de una obra de teatro. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendes. Me gustaban porque nunca podíamos permitirnos pagar las entradas. Mis padres usaban esa puerta lateral durante los intermedios y nos colábamos para ver el segundo acto. Nunca veíamos el primero. Siempre me gustó mucho tratar de encajar las piezas de lo que había pasado antes. Era una especie de misterio. Aunque parezca retorcido —siguió—, creo que la experiencia cimentó en parte mi filosofía empresarial. Muchos publicistas quieren contarte lo que un producto puede ofrecerte. ¿Yo? Siempre he pensado que era más efectivo engañar a la gente para que imaginara lo que ese producto puede hacer. Las cosas que imaginamos son mucho mejores que la verdad. Eso lo aprendí aquí.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Creo que estás intentando enviarme un profundo mensaje en clave y...  
—dije y agité una mano por encima de la cabeza—... me pierdo.

Él bajó la vista a su regazo, como si fuera un inusual momento de vulnerabilidad.

—No hay ningún mensaje profundo. Solo se me ocurrió este sitio mientras pensaba dónde podía llevarte. Siempre ha sido importante para mí y me parece que es una parte de lo que soy, supongo. Quería que lo vieras.

Me mordí el labio inferior y sonreí.

—Me gusta que quisieras traerme. —Me incliné hacia él y lo besé en los labios. Bruce pareció sorprenderse, pero eso no le impidió enterrarme los dedos en el pelo y devolverme el beso hasta dejarme sin aliento.

Me aparté de él.

—¿Y si ahora vamos a un sitio que sea importante para mí?

—Estaría bien.

Nos sentamos en un banco del metro mientras la gente esperaba a nuestro alrededor. Bruce me miró con curiosidad cuando se percató de que yo quería sentarme en vez de coger el metro para ir algún lado.

—¿Aquí? —me preguntó.

—¿Qué? ¿Es que eres el único que puedes tener un lugar especial un poco extraño?

Se echó a reír.

—No. Aunque no intentaba hacerme el interesante.

Esbocé una sonrisa torcida.

—Ya. Yo tampoco. Es que aquí fue donde me enamoré de la ciudad de Nueva York. Mi familia siempre ha vivido en el estado, pero nunca en la ciudad. Todos los años veníamos para pasar un día, pero no más porque a mis padres les causaban estrés las multitudes. Un año, me separé de ellos mientras esperábamos para coger el metro. Ellos no se dieron cuenta de que yo no les estaba prestando atención y se bajaron sin mí. Acabé bajándome cuando me di cuenta de que no estaban, y aquí fue donde los esperé. Pasó antes de que los teléfonos móviles fueran algo cotidiano, así que no podían ponerse en contacto conmigo de ninguna forma. Creo que pasaron como ocho horas buscándome mientras yo los esperaba aquí sentada. Recuerdo observar el trasiego de la gente. Me pasé las horas muertas jugando a adivinar a qué se

dedicaban y cómo eran sus vidas. Entonces fue cuando decidí que quería ser periodista y que quería serlo en Nueva York. Me parecía una ciudad exótica y emocionante. Como sacada de una película. Claro que una niña de diez años no sabía que alquilar una caja de zapatos en Nueva York costaba lo mismo que alquilar una casa de cuatro dormitorios en cualquier otro sitio. Sin embargo, echaré de menos la ciudad si tengo que marcharme.

—¿Por qué ibas a marcharte? —me preguntó.

—Bueno, el dinero que me diste ha sido una gran ayuda, pero ahora mismo trabajo de camarera por la noche y estoy intentando buscarme otro trabajo diurno. Después de hacerte la visita matinal de todos los días, claro —añadí mientras me ardían las mejillas. Todavía no me podía creer que hubiera seguido el consejo de mi hermano, ¡de mi hermano!, pero tenía razón hasta cierto punto. Sin importar si Bruce me perdonaba o no, había sido estupendo pedirle perdón a lo grande, como si fuera una especie de penitencia.

—A ver si lo adivino. ¿No se me permite darte el dinero suficiente para ayudarte a seguir aquí?

—Correcto. Ser un caso de caridad nunca formaba parte de mi sueño de vivir en Nueva York. Es un trofeo que debo conseguir por mí misma, aunque te agradezco el ofrecimiento.

Asintió con la cabeza, como si ya se esperara mi respuesta.

—Por cierto, sé que pagaste parte de mi alquiler —le dije.

Otra vez asintió con la cabeza, pero sin muchas ganas.

—Fue muy dulce por tu parte. Da igual que mi alquiler te parezca calderilla, la verdad. Tuviste un gesto muy considerado cuando pensabas que yo estaba distraída, aunque supuestamente me odiabas y querías que renunciara a mi trabajo.

—Sí, bueno, no se lo digas a mi hermano. No me dejará en paz en la vida si descubre que llevaba razón desde el principio.

Nuestra noche acabó en un restaurante situado en el ático de un edificio. Las barandillas estaban adornadas con tiras de luces, que también colgaban sobre nuestras cabezas mientras unas cuantas estufas ayudaban a mantener alejado el frío. Bruce no quería admitirlo, pero estaba segura de que se las había arreglado para que no hubiera más clientes en la zona de la terraza, porque estábamos solos mientras que el comedor interior estaba a rebosar.

El camarero llegó para preguntarnos qué queríamos de beber, y yo intenté pedir agua porque sabía que no podía permitirme otra cosa en ese sitio.

—Tomará el mejor vino que tengáis —dijo Bruce, que levantó una mano para detener mis protestas antes de que yo pudiera abrir la boca—. El más caro y rico que puedas encontrar —añadió con una sonrisa.

—¿Hay algún adjetivo para describir a alguien que es muy amable, pero a la que vez es gilipollas? —le pregunté cuando el camarero se marchó.

—¿*Gilimable*? —sugirió.

—Pues eso eres. Un *gilimable*.

—Bueno, rechazas con terquedad lo que consideras una limosna, pero estoy chapado a la antigua. Te he invitado a salir, así que pago yo. Soy feliz haciéndolo, así que no admito quejas.

Podría haberme sentido culpable si él hubiera usado otras palabras para describir la invitación, pero Bruce tenía un don especial para hacerme sentir que de verdad disfrutaba invitándome a comer. No me parecía un acto de caridad. Me parecía un gesto amable.

—Bueno, pues gracias. Aunque me dan ganas de darte una patada en ese culito tan mono que tienes.

—¿Acabas de hacerme un cumplido? —me preguntó.

—Si te digo la verdad, no llegué a vértelo bien cuando se me presentó la ocasión, así que no lo sé con seguridad. ¿Por qué crees que me estoy esforzando tanto para que me perdones?

Él soltó una carcajada. A esas alturas, sonreía con más frecuencia que cuando nos conocimos, y me descubrí ansiando más y más sonrisas suyas al ver lo bien que le sentaban.

—Ahora tiene más sentido, sí. Primero pensaba que ibas detrás de mi dinero. Después de mi carrera profesional. Y ahora descubro que, en realidad, ibas detrás de mi culo.

—Exactamente —repliqué.

El camarero llegó con una vasija de cristal enorme y de cuello alargado, que parecía un jarrón, y tras descorchar la botella, vertió el vino en ella. La parte superior era tan estrecha que el vino al caer cubrió todo el cuello y se derramó por las paredes de cristal hasta el fondo.

—¿Por qué está echando el vino ahí dentro? —le pregunté a Bruce en voz baja al tiempo que me inclinaba hacia delante para que el camarero no me oyera.

—Es un decantador —me explicó él—. Así es como sabes que has pedido un vino caro. Supuestamente mejora el sabor, porque airea el vino o no sé qué. Las burbujas de aire y tal. Si te digo la verdad, a mí me sabe igual. Normalmente prefiero agua con limón, pero a veces, cuanto intentas llevarte a una chica a la cama, tienes que sacar el decantador.

—¿Ah, sí? —le pregunté.

—Desde luego.

—¿Y es algo que haces a menudo? ¿Intentar llevarte a alguna chica a la cama?

La sonrisa desapareció de sus labios.

—No. Si te soy sincero, es algo que hace mucho que no hago. No te mentí cuando te dije que me enorgullezco de no repetir los errores que cometo. Valerie me enseñó que entregarle parte de mí mismo a una mujer puede ser un error garrafal. Después de ella, me retiré. William intentaba a veces hacer de celestino y me organizaba alguna cita, pero nunca llegaba a ningún lado. Me sentía frío y distante, como si mi yo real estuviera en otro lado, observándome y controlando mi cuerpo desde lejos.

—Un robot sexual —dije—. Sin el sexo, supongo.

—Sí, como un robot. Y desde luego que sin el sexo. Al menos, hasta que apareciste tú.

—¿Qué me dices después de mí? —le pregunté. Era una pregunta curiosa, ansiosa, y detestaba sentirme en la obligación de hacerla, pero la hice antes de poder mordirme la lengua.

—¿Después de ti? Estabas tú.

Levanté las cejas.

—¿Me estás diciendo que me has usado como distracción para... distraerte de mí?

—En lo que se refiere al día de hoy, sí. Podría decirse que sí.

—Mmm. Me gusta. Si vas a tirarte a alguien para olvidarte de mí, supongo que no podrías encontrar a nadie mejor que a mí.

—¿Me estás diciendo que lo de tirarse a alguien es un hecho?

—Has traído el decantador.

Bruce miró el decantador.

—Pues sí. Con suerte, es la clase de vino que cuesta un riñón porque está bueno y no porque un coleccionista esté dispuesto a soltar pasta para saber de qué año es y de qué viñedo ha salido.



—Ya veo que eso podría ser un problema habitual con los vinos carísimos.

—Lo es, en serio.

—Bueno —le dije—, ¿en este sitio sirven huevas de pescado y ojos de serpiente o hay comida que pueda reconocer?

—Es un sitio en el que seguro que le echan un paquete entero de mantequilla a todo lo que hacen, pero en el que el brócoli sabe de maravilla. Pide esto —me dijo al tiempo que señalaba un plato de la carta que casi no podía leer, mucho menos pronunciar—. Es una palabra rarísima para un filete muy caro que sabe muy bien.

—Me fiaré de tu palabra.

Pudiera pronunciarlo o no, el filete estaba tan bueno que me pregunté, por un instante, si lo que deparase la noche podría compararse siquiera. Era tan bueno, sí. Me había pasado semanas despertándome presa de un sudor frío después de haber soñado con todas las cosas que deseaba hacer con Bruce y ¿en ese momento? Estaba convencida de que seguramente soñaría con vacas vegetarianas que llevaban una vida regalada y que seguramente recibían tratamientos faciales todas las mañanas para asegurarse de que su carne era tan tierna que se deshacía en la boca como la mantequilla.

—Estoy segura de que esta vaca tenía una personalidad increíble —dije en cuanto tragué el trocito de filete—. Pero, ¡uf!, si sabes tan bien, es imposible que no vayas a acabar en un plato.

—A lo mejor murió por causas naturales —replicó Bruce.

—O, cuando menos, espero que pudiera ver *Orgullo y prejuicio* y *Terminator 2*.

Bruce frunció la nariz y luego se echó a reír.

—Qué mezcla más rara.

—A veces, te apetece algo ñoño y otras veces te apetece ver cómo le dan una paliza a alguien. Creo que estas vacas se merecían tener lo mejor de ambos mundos antes de morir.

—Siento tener que decírtelo, pero me da en la nariz que murieron sin haber visto ninguna de esas películas.

Suspiré, pero después me llevé a la boca otro trozo de ternera y fui incapaz de contener el gemido de placer.

—En fin, pues me dedicaré a disfrutar sin pensar en nada. —Bebí un sorbo de vino que, a mi paladar novato, parecía un vino caro, pero de los caros

porque sabía bien—. Al menos no tengo que sentirme mal por las uvas que murieron para hacer que esto supiera tan bien.

—Brindo por eso —replicó él con un brillo travieso en los ojos mientras nuestras copas tintineaban al golpearse.

Me gustaba cómo me miraba. De hecho, podría hacerme adicta a su forma de mirarme. Así se suponía que los hombres miraban a las mujeres por las que sentían algo, pero era más que eso. Sí, había casi un brillo de adoración en sus ojos, pero también algo travieso y guarrillo. Casi podía sentir cómo vibraba de deseo al otro lado de la mesa.

No sabía si se debía al vino, a la comida o al ambiente. Tal vez fuera cosa de Bruce. Fuera lo que fuese, un calorcillo agradable se me instaló en el estómago, y estaba segurísima de que mi cuerpo me estaba enviando la señal más clara que cualquier cuerpo podía enviar: «Acuéstate con él».

Solo había una casillita de nada a la que tenía que ponerle la marca verde.

—Bruce —dije en voz baja—, quiero que sepas que, en cuanto te conocí, deseché la idea de escribir el artículo.

—No pasa nada —me aseguró—. Ya no importa.

—No —repliqué—. Sí que importa. Aunque no pensara escribir el artículo, mantuve la mentira más tiempo del debido. Debería haberte contado la verdad en cuanto supe que me gustabas, pero me daba miedo que todo se acabara. Que los guardias de seguridad aparecieran para bajarme de la montaña rusa en la que estaba montada y me sacaran a rastras del parque de atracciones, pataleando y gritando. Me daba miedo pasarme la vida deseando poder disfrutar de un minuto más.

Arqueó una ceja.

—Por desgracia, técnicamente, nunca llegamos a la parte de montar nada —señaló.

—¿Te importaría ponerte serio? —le pregunté, aunque se me escapó una carcajada—. Yo aquí, intentando desnudar mi alma, y tú no dejas de hacer bromitas con segundas.

—Tienes toda mi atención.

—Solo intento decir que lo siento, pero no porque pensara sacar trapos sucios sobre ti y escribir un artículo. Quiero que sepas que esa nunca fue mi intención después de los primeros días. Lo que siento es no haberte dicho qué me había llevado allí antes.

—No puedo cabrearme contigo por no haber confiado en mí. Yo tampoco

confiaba en ti al principio, así que vamos a dejarlo en que estamos en paz.

Después de la cena, volvimos a casa de Bruce, y me pareció muy distinto entrar en ella sin saber que Braeden estaba allí. No podía fingir que había ido a ver a mi hermano, y tampoco había dudas de cómo iba a acabar la noche.

Por suerte, Braeden estaba bien. Lo había llamado varias veces desde que le dieron el alta en el hospital para saber si estaba preparado para que fuéramos a verlo y no dejaba de decirme que me daría una tunda si abandonaba mi «sueño» con Batman.

Todas las excusas habían desaparecido. Todas las dudas se habían disipado. Esa noche era nuestra, y los dos sabíamos dónde queríamos acabar.

Sentí un cosquilleo en el pecho y me atronaron los oídos cuando Bruce me cogió de la mano y me condujo hasta su dormitorio. Los dos sabíamos que el coqueteo y la espera se habían terminado. Había aceptado las reglas que yo le había impuesto y me había regalado una cita de ensueño, pero había llegado el momento del último acto.

Estaba tan nerviosa que me temblaban las manos. Aunque no sabía el motivo, la verdad. Un nuevo comienzo. Un posible final. O tal vez solo la idea de poder decepcionarlo de alguna manera.

En su dormitorio, me eché a reír al ver una banana en la mesilla de noche.

—Estás de coña —dije entre carcajadas y se me saltaron las lágrimas por la risa.

—No es lo que parece —replicó él.

Me reí con más ganas.

—Ay, por Dios. Ni se me había ocurrido eso.

Bruce también se estaba riendo, pero parecía hacerle más gracia lo bien que yo me lo estaba pasando que otra cosa.

—A veces, me despierto con hambre, ¿vale?

—Vale —le dije. Le entrelacé los dedos en la nuca, apoyándole los brazos en los hombros. Nos miramos a la cara, y la risa se tornó algo más potente. Algo lleno de deseo contenido—. Estoy tan llena que me duele la barriga, pero necesito algo.

Me levantó del suelo y me pegó a su torso mientras me llevaba a la cama, donde me tiró como si pesara menos que una pluma. Caí de espaldas, sin apartar la vista de sus ojos. Me miró con una emoción descarnada.

—Llevo queriendo abrirte de piernas y follarte desde que te vi. Desde antes de que pudiera admitirlo siquiera.

Me humedecí los labios y subí por el colchón con la idea de dar con las almohadas, pero calculé mal mi posición y apoyé la mano demasiado al borde, y casi me caí al suelo.

Bruce me sujetó antes de que pudiera caerme y volvió a dejarme en el centro de la cama.

—¿Serás capaz de no caerte de la cama mientras me desvisto? —me preguntó.

Me puse colorada.

—Lo intentaré. Pero a lo mejor deberías desnudarme tú, porque, a ver, podría hacerme daño sin querer y eso.

—¿Tú crees? —me preguntó. Se inclinó sobre mí, con las manos a ambos lados de mi cabeza. Levantó una mano para quitarse la corbata y tirarla al suelo. Se desabrochó unos cuantos botones de la camisa antes de perder la paciencia y concentrarse en mí.

No me había vestido precisamente para una cita y para acostarme con un guapísimo multimillonario cuando me arreglé esa mañana. Me había vestido para mi enésimo día de penitencia... algo que se traducía en un mono blanco con estampado floral.

Bruce lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo te quito esto? —Empezó a darle tirones al cinturón, que solo era un cordón para que se ciñera a la cintura. Sus manos me sorprendieron y me hicieron cosquillas, arrancándome carcajadas.

—Pa-pa-para —dije como pude—. Por ahí no. —Eso fue la única indicación que pude darle.

Deslicé un brazo por debajo del tirante para que comprendiera lo que tenía que hacer. A continuación, el me quitó el otro tirante y luego me dio un tirón para bajármelo entero, haciendo que levantara el culo y los pies para quitármelo.

Me miré para recordar qué ropa interior me había puesto mientras cruzaba los dedos para no llevar algo demasiado viejo. Menos mal que llevaba unas bragas rosas de encaje y un sujetador a juego. Teniendo en cuenta mi suerte, era un milagro.

Lo toqueteé sin vergüenza alguna, apretándole los músculos por encima de la camisa y metiéndole las manos por debajo para sentir su firme torso y sus bíceps mientras él parecía besarme hasta el último centímetro de piel.

Al final, llegó a los labios, que me besó con pasión, y sentí que me

deslizaba una mano por el muslo. Dejó que el dorso de la mano me rozara entre los muslos, arrancándome un estremecimiento que me recorrió como una descarga eléctrica. Le mordí el labio con más fuerza de la que quería, pero en caso de que le doliera, no lo demostró.

Me metió una mano por debajo de las bragas y dobló los dedos para acariciarme. Fruncí el ceño y me quedé boquiabierta como si no diera crédito cuando sus habilidosos dedos empezaron a moverse. Me los metió para mojarlos y luego empezó a frotarme con ellos, arriba y abajo, hasta que me entraron ganas de gritar de puro placer.

Supuse que tendría que meterle mano para devolverle el favor mientras me hacía un dedo, pero no creía que pudiera llegar. Además, a Bruce no parecía importarle cómo se estaban desarrollando las cosas, a juzgar por su respiración jadeante contra mi cuello. Además, movía el cuerpo al ritmo de sus dedos, frotándose contra mí, como si no pudiera contenerse hasta haber acabado, y sus ansias me ponían a mil.

Nunca había tenido mucha confianza en mí misma, sobre todo en el tema sexual, así que cualquier muestra de su excitación, de lo cachondo que estaba, era como licor que yo bebía sin dudar.

Me aferré a su cuello, incapaz de controlar cómo le clavaba los dedos en la piel para obligarlo a pegar la cara contra mí. Su tacto era maravilloso, y no dejó de darme besos allí donde podía.

Fue aumentando el ritmo de los dedos hasta que pensé que iba a correrme.

—Te deseo —le dije—. Por favor. Te quiero dentro. Quiero sentirte dentro.

Soltó un gruñido, como si mis palabras fueran manos invisibles que lo acariciaran. Se enderezó y se abrió la camisa de un tirón, arrancándose uno o dos botones en el proceso. Fue un gesto que desentonaba tanto con su naturaleza ordenada y metódica que me puso todavía más cachonda.

Se tumbó de espaldas y se quitó los pantalones y los calzoncillos, sin mostrar la menor intención de convertirlo en un espectáculo sensual. Solo quería desnudarse y metérmela lo más rápido posible, y menos mal, porque sabía que no podía esperar mucho antes de ponerme en evidencia y arrancarle la ropa a fin de montarlo a horcajadas.

Sacó un condón de los pantalones y abrió el envoltorio antes de ponérselo. Me alivió comprobar que pensaba con claridad, porque desde luego que yo no me habría acordado del condón así de primeras. Incluso habría dejado que me penetrara antes de caer en el asunto, algo que me daba un poco de miedo.

Siempre había sido muy sensata. Siempre había sabido que nunca dejaría que un tío se me acercara sin protección, pero con Bruce esas reglas no contaban.

Me incorporé y extendí las manos hacia él al tiempo que se colocaba en posición. Lo sentía erecto entre los muslos y agaché la cabeza para mirar. Esperaba que se la cogiera y me la metiera, pero él se limitó a mover las caderas con pericia y a frotarse el glande con mi sexo para empaparse de mi humedad durante unos segundos. Después, cuando pareció convencido de que era el momento, me penetró.

No fue algo salvaje, pero tampoco titubeante. Me la metió poco a poco. Mi vagina tenía que expandirse para acomodarlo, algo que no había sucedido cuando me acosté con el otro tío. Descubrí que me gustaba la sensación, como si me estuviera llenando de un modo que ni siquiera sabía que ansiaba con tanta desesperación.

—Más —susurré entre jadeos—. Dios... Métemela más. Por favor.

Él gruñó de nuevo, demostrándome que le encantaba que le hablara así. No estaba diciéndole «guarrerías» para aparentar o porque pensaba que eso le gustaría. Las palabras brotaban sin más. Podía controlarlas tanto como controlaría un estornudo. Era como si mi desesperación fuera tal que mi cuerpo se había hecho con el control de mi cerebro y de mi conciencia.

—Te la voy a meter entera, chica de prácticas. No te preocupes. —Sus palabras fueron un susurro erótico junto a mi oreja, acentuadas por un cálido suspiro y un mordisquito en el lóbulo, seguido de un beso para mitigar el dolor que me hubiera causado.

Ya casi lo tenía dentro por completo, y la sensación era más de lo que podía soportar. Me aferraba al colchón, a la almohada, a su espalda o al cabecero de la cama... a cualquier superficie que tuviera a mano para mantenerme anclada en la realidad y no perderme en el mar de placer con el que me estaba llenando.

Me moví contra él sin pudor, levantando las caderas y rodeándole los muslos con las piernas. Soporté la incomodidad inicial de su penetración hasta que mi cuerpo se adaptó a su tamaño, porque lo único importante era tenerlo dentro. No habían sido palabras huecas. Lo necesitaba entero. Hasta el último centímetro.

## Bruce

*E*ra sublime. Cada vez que penetraba a Natasha, era como si estuviera erradicando el recuerdo de cualquier mujer que hubiera conocido antes. Las noches que pasé intentando encontrar algo que tuviera sentido en los brazos de otra se redujeron a cenizas. El tiempo que había desperdiciado con Valerie me parecía insignificante en ese momento. ¿Cómo había creído que podría ser lo bastante buena? ¿Cómo no me había dado cuenta de que una mujer podía ser mucho más, de que sus caricias podían ser mucho más increíbles?

Me mantuve medio incorporado con una mano sobre el colchón, de modo que pudiera usar la otra para acariciarle los pechos, que tenía de un tamaño perfecto. Eran lo bastante grandes como para poder acariciarlos a placer, con unos preciosos pezones que siempre tenía duros para mí. La acaricié de arriba abajo, sin dejar un solo centímetro sin recorrer, mientras me dejaba hechizar por las elegantes curvas de su cuello y de sus caderas tanto como por el placer carnal de su coño, que me la aferraba con fuerza en su interior, y de sus suaves pechos. Era un ángel. La perfección. Pero, sobre todo, era mía. No tenía sentido negarlo.

Toda su atención estaba concentrada en mí, y la mía, en ella. No solo era la conexión de mi polla penetrándola hasta el fondo ni la forma en la que no dejaba de jadear, cada vez más rápido. Era la sensación de que estábamos formando una especie de pacto, un vínculo, que no se parecía en nada a lo que había experimentado hasta entonces.

Llevábamos varias semanas sumidos en una frágil danza. Ambos habíamos demostrado cautela y renuencia. Ambos habíamos dado pasitos hacia algo grande, pero ninguno había estado listo para dar el salto definitivo. Ese era el gran salto. Cada vez que la penetraba, la sensación se hacía más fuerte. Estábamos construyendo algo.

Y quería construir todos los ángulos a la perfección, de modo que la agarré por las caderas y la insté a darse la vuelta, dejándola boca abajo, a cuatro patas para mí. A juzgar por el gemido ronco y sorprendido que se le escapó, le gustó el cambio.

Su estrecha cintura formaba un diamante perfecto en combinación con su generoso trasero. La sujeté de la cintura, y me encantó el control que podía ejercer y cómo la podía mover a mi antojo, cómo la podía usar como si fuera mi juguete sexual particular. Embestí con fuerza y aumenté el ritmo de cada penetración, acompañada por el golpe de mis caderas contra su culo.

Extendió los brazos para aferrarse al cabecero, y me volvió loco que no pudiera contenerse y girase el cuello para mirarme. No se conformaba con cerrar los ojos y dejarlo todo a la imaginación. Quería verme. Y me quedó claro que ver cómo me la follaba la estaba poniendo a mil, porque no dejaba de pasear la vista desde mi cara hasta las manos que la sujetaban, pasando por mi torso y mis abdominales.

Alargué la mano para cogerle las tetas, que parecían más tersas y grandes al colgar bajo ella, y que se agitaban con cada embestida.

—Quiero verte más —susurró ella. Se volvió para cogerme del hombro y me instó a tumbarme en la cama, boca arriba.

Siempre me había gustado tener yo el control, pero la forma en la que dio pie a esa nueva postura me puso tan cachondo que me dio igual. Disfruté de cada segundo que pasó hasta que se subió sobre mí. Me rodeó con los dedos la polla, que estaba empapada con su flujo, y se colocó a horcajadas sobre mí, ofreciéndome una panorámica magnífica de su cuerpo, desde la cara interna de los muslos, húmedos por el flujo vaginal, hasta sus labios enrojecidos por nuestros besos.

Jadeó, aliviada, cuando se la metió entera. Al pillarme mirándola cuando empezó a bajar y subir sobre mí, apartó la cara, colorada como un tomate. Extendí los brazos y la sujeté por el trasero antes de empezar a levantar las caderas para salir a su encuentro. Estaba a un paso de perder la cabeza. A un paso, joder.

En ese momento, se inclinó hacia delante y me colocó ambas manos en el pecho antes de perder el control. Se aferró a mí como si fuera un asa y empezó a moverse sin rastro de vergüenza. Me quedé tumbado y disfruté del momento mientras veía cómo fruncía el ceño y cómo se le movían los



pechos. Era éxtasis puro, y sabía que si la dejaba seguir mucho tiempo, me iba a correr.

Llevaba semanas fantaseando con la forma en la que me la iba a follar, y el final siempre era conmigo encima. Clavándome las uñas en la espalda y con las piernas alrededor de mis caderas, sujetándose como si le fuera la vida en ello.

Levanté las manos y le coloqué una entre los pechos antes de obligarla a caer de espaldas mientras me movía. De alguna manera, conseguí no salir de ella mientras cambiaba la postura y, en cuestión de segundos, me puse encima. Con las manos, la insté a rodearme las caderas con las piernas y luego me incliné para besarla.

Después, se lo di todo. No me contuve ni un pelo. No quería alargar el momento ni tampoco me importaba si se corría antes que yo, porque me daba cuenta de que estaba muy cerca del orgasmo. Sabía que estaba a punto, tanto como yo.

Me clavó las uñas en la espalda, y eso completó mi fantasía. Estaba justo donde quería, y sentí que se me tensaban los huevos a medida que el orgasmo se acercaba. En ese mismo instante, me clavó las uñas con más fuerza y gritó:

—¡Me corro!

Sentí que se tensaba a mi alrededor y me estrujaba la polla como si su cuerpo no quisiera desperdiciar ni una sola gota, aunque llevaba condón puesto. Sentí que me estremecía con un orgasmo que duró más y que fue más intenso de lo que jamás había experimentado.

La besé una vez más antes de salir despacio de ella y sentarme sobre las piernas. La miré de arriba abajo allí delante de mí, exhausta, expuesta y totalmente empapada.

—Joder, eres preciosa —le dije.

Se humedeció los labios y me miró, a todas luces agotada por los efectos del orgasmo.

—¿Alguna posibilidad de que quieras darte una ducha? —me preguntó—. Aunque puede que necesite ayuda para lavarme. Ahora mismo tengo las piernas un poco flojillas.

—Esperaba que me lo pidieras —contesté.

Natasha durmió en mi casa, y a la mañana siguiente me vestí sin hacer ruido. Salí de la cama a primera hora y pasé mucho tiempo delante del ordenador una vez ya vestido para el trabajo. Cuando por fin oí los pies descalzos de Natasha en el suelo, le dije que se sentara conmigo a la mesa de la cocina.

Ella se sentó, con una expresión desconcertada de lo más mona, el pelo de punta y los ojos todavía medio cerrados por el sueño.

—¿Ya te has vestido? —me preguntó.

—Sí. Esta mañana he estado investigando a una trabajadora potencial. He analizado su trabajo y he llegado a la conclusión de que sería una incorporación increíble en el equipo de Galleon Enterprises.

Me miró con incomodidad, como si supiera adónde quería llegar yo y estuviera buscando la forma de impedírmelo.

—Bruce... te lo agradezco. De verdad que sí, pero no quiero seguir trabajando en prácticas para ti. Quiero estar contigo, pero no quiero trabajar como una especie de esclava que recibe una limosna de vez en cuando.

—No hablo de un puesto en prácticas. Hablo de un puesto real en mi equipo. Sé que tienes buena cabeza para esto, Natasha. Lo que hacen la mayoría de mis trabajadores no tiene nada que ver con un título universitario o fórmulas aprendidas. Tiene que ver con el instinto y con lo que hay aquí dentro. —Me di unos toquecitos en la sien—. He leído tus artículos. Tienes un don para dar con las causas por las que una empresa funciona, y eso es medio camino hecho en publicidad. Podemos enseñarte el resto sin problemas.

Frunció el ceño y meneó la cabeza mientras se miraba las manos.

—No sé qué decir. A ver, no quiero parecer una desagradecida, pero sigo teniendo la sensación de que me estás echando un cable. Sé que me hace falta, pero para mí es importante abrirme camino yo sola. Nunca he querido sentir que soy una carga para nadie o que estoy en un sitio que no me corresponde. Ni siquiera sé si me gustaría ser publicista o lo que sea que me estás describiendo.

—No voy a mentirte. Quiero darte dinero. He querido darte dinero para solucionar tus problemas incluso mientras intentaba apartarte de mi vida. El dinero necesario para que vivieras como una reina durante años en la ciudad sería calderilla para mí, pero sabía que eres la clase de persona que no aceptaría una limosna. Eres orgullosa, íntegra. Eso me encanta de ti. Si

hubiera leído tu trabajo y creyera que no eres apta para el puesto, no te lo habría ofrecido. ¿Me habría tomado la molestia de leerme tus artículos sin conocerte? No. Pero así es la vida. Conseguir un trabajo a veces depende de a quién conoces, y aceptar el puesto sería aprovecharte de la misma oportunidad de la que se ha aprovechado la mitad de la población de Nueva York.

Esperé.

—Si acepto el trabajo, tengo que estar segura de que no me vas a dar un trato especial solo porque soy tu...

—¿Amiguita? —le sugerí.

Me miró con cara de pocos amigos, pero luego sonrió.

—Estaba pensando más en la palabra que empieza por n.

—Mmm... vas a tener que especificar más.

—¡Novia! —masculló.

Esboqué una sonrisilla torcida.

—En fin, si insistes, pues claro. Por cierto, yo también necesito una aclaración. ¿Lo de «novia» es un requisito para aceptar el puesto o es algo que va por separado?

Me miró como si quisiera despedazarme despacio.

—Es broma —le aseguré en voz baja—. Ya te consideraba mi novia, incluso antes de ayer. Fuiste mi ex durante un tiempecillo, y ahora vuelves a ser mi novia. ¿De acuerdo?

—¿Yo no tengo voz en todo esto? —me preguntó.

En ese momento, fui yo quien la fulminó con la mirada.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Que también es broma. Pero en respuesta a la pregunta, no. Evidentemente, quiero ser tu novia con trabajo o sin él. Solo digo que no quiero ser un chisme. No quiero que me miren como si estuviera tirándome al jefe para ascender. ¿Me entiendes?

—Técnicamente, te has tirado al jefe.

—Solo a uno —me corrigió.

—Bien dicho. Por cierto, asegúrate de que sigue así la cosa.

Me miró con sorna.

—Creo que me sobra con un hermano Chamberson. No tienes nada de lo que preocuparte.

—A ver, menudo marrón para el ego. Somos idénticos. Si una mujer me

pone los cuernos con él, ¿qué excusa tengo?

—En fin, a lo mejor deberías dejar de preocuparte por «una mujer» y empezar a preocuparte por mí. —Hizo una pausa un segundo después de decir esas palabras y se tapó la cara con las manos—. Dios. Lo siento. Me he pasado de rosca y he dejado caer de paso que tenías que preocuparte de que te pusiera los cuernos, todo en la misma frase. —Tuvo el entrañable gesto de separar un poco los dedos para mirarme desde detrás de las manos.

Sonreí.

—Por algún motivo, creo que contigo no hay forma de pasarse de rosca. Y en cuanto a lo de poner los cuernos... —Me incliné sobre la mesa y le hice un gesto para que me imitara y así poder besarla—. Me aseguraré de que no te quedan orgasmos que repartir con nadie más. Haré que te corras por la mañana, después del trabajo y antes de acostarnos. Serás toda mía. Hasta la última gota.

Se echó hacia atrás e intentó balancearse sobre las patas traseras de la silla, pero se inclinó demasiado y empezó a mover los brazos para mantener el equilibrio. Puso una expresión muy graciosa, con los ojos como platos, y casi no me dio tiempo a sujetarla de las muñecas para que no se cayera de espaldas.

—Y... —añadí— supongo que también tendré que asegurarme de mantenerte con vida en el proceso.

—Parece un buen plan —replicó ella.

—¿Qué parte? ¿La de los orgasmos infinitos o la de mantenerte con vida?

—Todo.

## Epílogo - Natasha

### *Un mes más tarde*

Acepté trabajar con Bruce, y estaba contentísima de haberlo hecho. Me había pasado casi todos los años de adulta creyendo que quería ser periodista, y tal vez fuera cierto en algún momento. Trabajar para Galleon Enterprises hizo que me diera cuenta de que, en realidad, ansiaba un trabajo en el que mi esfuerzo contara, algo que me permitiera entregarme al máximo y que me recompensara cuando lo clavaba. No quería un trabajo en el que mi productividad se midiera tachando elementos de una lista o en el que el éxito estuviera condicionado por una serie de criterios estrictos. Quería un trabajo en el que pudiera exprimir al máximo mi cerebro y en el que sintiera que yo era importante. Creía que el periodismo era dicho trabajo, y tal vez lo fuera llegado el día, pero, en ese preciso instante, conseguía todo lo que ansiaba en Galleon.

Me encontré con Braeden después del trabajo en una fiesta de empresa de *Mundo editorial*. Bruce llegaría después, una vez concluidas sus reuniones. Había presentado mi renuncia formal el día después de aceptar la propuesta de Bruce. Hasta ese momento, seguía estando disponible como periodista independiente, y podría haber aparecido para ver qué reportaje cutre tenía Hank por ahí. Con renuncia o sin ella, Hank tuvo la amabilidad de invitarme a la fiesta, que era una celebración anual por la fundación de *Mundo editorial*.

Habían colocado adornos ñoños por toda la oficina para la ocasión, y la comida era tan mala como de costumbre. Sin embargo, la bebida era bebida, y había champán de sobra, un regalo que siempre costaba el señor Weinstead, aunque él no se tomara la molestia de asistir.

Braeden llevaba una camiseta negra raída y unos vaqueros. Parecía que se había lavado el pelo hacía poco, algo que siempre se agradecía.

—¿Crees que Bruce me va a dar la tabarra cuando llegue? —me preguntó Braeden.

Estábamos junto a una de las mesas donde había montones de botellas de champán y copas de plástico. Era una combinación muy elegante. Champán del caro en las copas de plástico que solían usar en las fiestas de instituto, pero nadie era demasiado orgulloso para rechazar lo que le ofrecían allí. Todavía no había visto a Candace, pero habíamos llegado pronto, así que no me cabía duda de que aparecería enseguida. Solo estábamos unas cuantas personas, y nadie bailaba al son de la música que salía, a todo volumen, de dos altavoces.

—¿Por qué iba a darte la tabarra? ¿Porque le diste la espalda al trabajo que intentó darte?

Braeden cerró los ojos como si estuviera a punto de explicarle algo a alguien muy corto de entendederas.

—No le di la espalda. Me di cuenta de que malgastaría mi talento en ese sitio. ¿Un montón de borregos y de chupatintas incapaces de despegar ni con un cohete? Por favor. Sabes que no es el sitio en el que quiero estar.

—Claro, claro. Y estoy segura de que el hecho de que tuvieras que levantarte a las 6.30 no ha tenido nada que ver.

—Nada en absoluto —replicó—. Pero ahora tengo algo nuevo entre manos. Va a ser algo gordo. Te lo digo en serio.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—En fin, no quiero entrar en detalles, porque todavía estoy empezando, pero dejémoslo en que voy a pasar mucho tiempo viendo vídeos de yoga en YouTube.

Levanté las cejas con gesto expectante, ya que quería más detalles.

—¿Y...? —le pregunté cuando quedó claro que no iba a decir nada más.

—Digamos que... —añadió, con mucho misterio, algo que empezaba a mosquearme— la ciudad de Nueva York está a punto de descubrir a un nuevo e interesante yogui.

Intenté contener las carcajadas.

—¿Eres capaz de tocarte los pies?

—No se trata de poseer la capacidad, Nat. Esa es la primera lección. Se trata de... y que conste que la expresión la he acuñado yo, así que asegúrate

de mencionarme cuando la uses... Se trata de «voluntabilidad».

—¿«Voluntabilidad»?

—Sí. La voluntad de tener la capacidad. Es la pieza central de mi filosofía.

—Bueno... esto... me alegro de que te apasione algo. Otra vez.

—*Namasté* —me dijo al tiempo que juntaba las palmas y me hacía una breve reverencia.

Me habría echado a reír, pero conocía bien a mi hermano. No estaba bromeando. Eso era algo que me encantaba de él, aunque pareciera atraparlo en una cadena interminable de fracasos y decepciones. Volcaría toda su pasión y su energía en un nuevo proyecto durante unos días. Durante dichos días, sería feliz de verdad, porque no había parte de él que creyera que iba a fracasar. Yo había aprendido a seguirle la corriente y a sonreír porque, estuviera condenado a fracasar o no, era mi hermano y lo veía feliz en momentos como ese. Siempre cruzaría los dedos para que alguna de sus desquiciadas ideas prosperase, pero hasta que eso sucediera, haría lo que estaba en mi mano: estar a su lado.

—Parece fantástico —le dije con voz cantarina—. Avísame cuando lo tengas en marcha, a lo mejor puedo hablar bien de ti en Galleon Enterprises. Estoy segura de que a algunas de las chicas les gusta el yoga.

—Muy bien —replicó, y tal vez fueran imaginaciones mías, pero me pareció que lo decía con un leve acento asiático.

Me tapé la boca para que no pudiera verme la sonrisa.

Candace llegó con un grupo de personas y me vio enseguida. Hizo un extraño paseíllo con los brazos levantados para abrirse paso entre la gente y llegar hasta mí.

—¡Natashaaaa! —gruñó con una voz tan grave que daba repelús.

—Candaaace —repliqué con una sonrisa, intentando imitar su voz.

Me dio un abrazo de oso. Como de costumbre, olía a champú floral y a protector solar. Candace se tomaba muy en serio el cuidado facial, y jamás ponía un pie en la calle sin una generosa dosis de crema protectora.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Qué se siente al trabajar para la alucinante Galleon Enterprises? ¿Tienes pausas para que te den masajes antes del almuerzo? ¿Los inodoros tienen las tazas de oro?

—Nada de masajes en horas de trabajo y las tazas son de porcelana, como en el resto del mundo. Pero el papel higiénico es de dos capas.

—¡Anda ya! —Candace recalcó la exclamación dándome una palmada en

el hombro con algo más de fuerza de la que creía que quería ejercer.

—Pues vale... —repliqué al tiempo que me apartaba con una mueca, antes de echarme a reír.

—Lo siento. —Me abrazó de nuevo—. Tengo la sensación de que llevo una eternidad sin verte, y eso me vuelve loca. Vale, hora de sincerarse. ¿Cuándo es la boda? ¿Y los niños? Necesito información.

—Te lo creas o no, todavía no hemos hablado de esas cosas, porque solo llevamos juntos un mes. Pero me ha hablado de los disfraces para Halloween que deberíamos llevar para la fiesta de empresa, así que al menos ha planeado que sigamos juntos hasta octubre.

Candace contó en silencio los meses, con la ayuda de los dedos.

—Vale, he perdido la cuenta, pero son unos cuantos, ¿no? Desde luego que está pensando en ponerte un anillo en el dedo. Sin dudarlo. O a lo mejor primero quiere dejarte embarazada para que el asunto de la boda sea cosa hecha.

Levanté una mano.

—Para el carro, fiero. Ahora mismo solo quiero mantener el equilibrio entre el hecho de que sea mi jefe y de que también sea el tío con quien...

Candace se inclinó hacia delante y levantó las cejas para hacer un gesto tan obsceno que no pude contener la carcajada.

—El tío con quien salgo —terminé, enfatizando las palabras para que parecieran más platónicas que lo que fuera que estuviera pensando.

Aunque la verdad, tampoco se alejaría mucho de la salvaje fantasía sexual que se estaría imaginando. Yo no tenía mucha experiencia para comparar, pero estaba segura de que Bruce tenía una libido mucho más desarrollada que la mayoría de los hombres. Era una máquina, y había empezado a darme cuenta de que lo de robot sexual que le decía al principio de nuestra relación no se alejaba mucho de la realidad, salvo que acostarme con él no tenía un pelo de aséptico y sí mucho de emocional. Bruce era tan apasionado que me provocaba escalofríos, como si cada caricia fuera sagrada y cada vez, una novedad.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Candace en voz baja.

Seguí su mirada y vi entrar a Bruce. Todavía me sorprendía comprobar cómo destacaba allá donde iba. Su altura ayudaba, pero también tenía algo carismático. No era un hombre cualquiera. Pasarle por alto era imposible. Había visto cómo algunas personas lo miraban, boquiabiertas, en la calle,



como si intentaran recordar en qué película lo habían visto. No podía culparlas. Era como si debiera tener un nombre familiar, era la clase de hombre que se veía en las portadas de las revistas, en la playa, mientras una hacía cola en el supermercado.

Ya estaba familiarizada con la punzada de orgullo que sentía al saber que era mi hombre, sobre todo cuando me di cuenta de que las demás mujeres de la fiesta volvieron la cabeza para mirarlo con deseo. La forma en la que lo observaban con el rabillo del ojo, con los labios entreabiertos, antes de ponerse a cuchichear con sus amigas era un lenguaje universal. No me hacía falta leerles los labios para saber de lo que hablaban.

Hablaban de Bruce. De mi Bruce. Y todas se preguntaban, sin duda, si tenían la más remota posibilidad con él, incluso algunas que no estaban solteras.

Bruce lo cortó todo de raíz cuando llegó a mi lado y me abrazó con afán posesivo, envolviéndome con sus brazos y pegándome a su cálido cuerpo. Se apartó un poco, me tomó la cara entre las manos y me dio un tierno beso. Fue algo rapidito, no la clase de beso que hacía que la gente apartase la mirada, incómoda, cuando se daba en lugares públicos. Era la clase de beso que había visto antes y que me había emocionado, porque sabía que era la clase de beso que se daban dos personas que se querían.

—Me tocaba a mí llegar tarde para variar —dijo mientras me soltaba, aunque me puso una mano en la base de la espalda, como si se negara a dejar de tocarme todavía. Me encantaba ese aspecto de él. Era incapaz de dejar de tocarme, y eso había obrado milagros con mi confianza.

—Oye —protesté—, que estoy haciendo grandes progresos al respecto.

—Cierto, siempre que yo te ponga en marcha.

Sonreí y me encogí de hombros.

—Supongo que tendré que quedarme contigo.

—Lo dices como si pudieras elegir.

En ese momento, reparé en que Candace nos miraba como si nuestra conversación fuera la final de Wimbledon.

—Hola —dijo con un hilo de voz al tiempo que le tendía la mano a Bruce—. Básicamente, soy la mejor amiga de Natasha. Candace. Deberíamos conocernos mejor, por cierto, dado que Natasha y yo somos tan buenas amigas. Una pregunta que no viene a cuento: ¿tus amigos son todos como tú?

Bruce aceptó su descaro sin despeinarse.

—¿Como yo? —repitió con voz tranquila.

Carraspeé y la miré con gesto elocuente.

—Ya sabes... Perfectos. Porque eres mi tipo, vaya que si lo eres, y si tienes amigos que se te parezcan o...

—Tengo un hermano gemelo. Idéntico. Pero no se lo desearía ni a mi peor enemigo.

—Gemelo idéntico... Ya —dijo ella, muy despacio—. Ya lo sabía, porque Natasha y yo buscamos fotos vuestras en G...

Dejó la frase en el aire, porque le tapé la boca con una mano.

—Candace no sabe cuándo mantener la boca cerrada —mascullé—. ¿Verdad? —le pregunté a mi amiga.

Aparté la mano.

—Tiene razón —convino Candace—. Es una enfermedad.

—Tranquila —dijo Bruce.

Me fijé en que Braeden hablaba con una mujer que parecía estar en buena forma. Me dio en la nariz que estaba promocionando su nuevo pufo, algo que se confirmó cuando lo vi juntar las manos y hacer una leve reverencia. Para mi sorpresa, la mujer parecía estar tragándose todo. Sonreí. Bien por él.

Hank se acercó a nuestro grupito.

—Bruce Chamberson en carne y hueso, ¿no?

—Eso me han dicho —respondió Bruce.

—Quería disculparme formalmente. Todo vale en periodismo, claro, pero siento que se convirtiera en algo personal.

—Sin problemas. Pero tengo curiosidad —dijo Bruce—. ¿Qué te hizo pensar que algo olía mal y que tenías que buscar indicios de corrupción?

—A riesgo de ponerme en ridículo y de poner en ridículo a toda la empresa... fue un error de picado. Teníamos a uno rebuscando en las cuentas empresariales por si había algo sospechoso y al parecer le dijo al señor Weinstead que tu empresa estaba declarando unos gastos insostenibles. Dijo que era un claro indicio de fraude fiscal. Al final, resultó que estaba consultando la cuenta de gastos de 2017, mientras que repasaba la cuenta de ingresos brutos de 2014. No me preguntes cómo pudo cagarla hasta ese punto, pero ha perdido el puesto por su descuido.

—¿Fue por eso? —le pregunté. Había intentado averiguar en varias ocasiones qué motivaba las sospechas de Hank, pero sin éxito alguno.

—Por eso mismo —confirmó Hank con un suspiro—. El señor Weinstead

me lo confesó hace un par de semanas, y solo porque quería que despidiera al pobre chico que cometió el error. Insistí en conocer el motivo, porque no quería darle la patada al pobre sin más, y eso fue lo que me dijo.

—En fin —replicó Bruce—, no puedo fingir que me moleste. Ese error consiguió que pudiera ponerle las manos encima a Natasha. —Hizo una pausa tras decir eso, y habría jurado que se puso como un tomate—. Eso ha sonado un poco mal —dijo tras carraspear—. El asunto es que me alegro de que haya acabado así.

Extendí el brazo y le di un apretón en la mano.

—Yo también.

—Ya, ya —masculló Hank—. Muy dulce todo.

—Ahora os besáis —susurró Candace, que estaba muy cerca, cerquísima, demasiado.

Bruce y yo la miramos con expresión rara, y ella retrocedió un paso.

—Solo era una sugerencia. Por favor...

## Epílogo - Bruce

### *Cuatro meses después*

Natasha me dio un apretón en la mano y me miró con una sonrisa para darme ánimos. No me había sentido tan nervioso en la vida. Ni antes de pedirle a Natasha que se viniera a vivir conmigo. Ni antes de comprar el anillo de compromiso que seguía guardando para cuando fuera el momento oportuno.

Eso lo superaba todo con creces.

A Valerie la habían condenado dos veces por conducir bajo los efectos del alcohol en otros tantos meses, y los servicios sociales habían iniciado una investigación que había descubierto otras señales de peligro. Valerie tenía cocaína en la casa y, al parecer, también se había hecho adicta a los calmantes después de su última operación de cirugía estética. En resumidas cuentas, los servicios sociales habían determinado que era negligente y habían podido demostrarlo en un tribunal, lo que quería decir que iban a quitarle la custodia de Caitlyn. Valerie tenía novio, pero él no quería saber nada de la custodia y, aunque quisiera, el tribunal se habría mostrado reticente a concedérsela a alguien que mantendría a la niña en un ambiente igual de negligente. Los padres de Valerie tampoco la querían.

En términos legales, yo tenía tanto derecho a adoptar a Caitlyn como cualquiera que pasara por la calle, pero me había asegurado de dar los pasos necesarios para colocarme en primera posición. Ayudó que Caitlyn redactara un escrito en el que decía que le gustaría que yo la acogiese. También ayudó que dispusiera de los medios económicos para criarla, así como que tuviera un historial impoluto.

Con todo, la espera para saber si permitirían o no la situación había sido una experiencia espeluznante. La adoptaría el mismo día en el que le retirasen la patria potestad a Valerie. Me habría gustado creer que había una mínima posibilidad de que Valerie se reformase y volviera para ser la madre que Caitlyn se merecía, pero sabía, de alguna manera, que eso no iba a suceder.

Ese día era cuando nos la llevábamos a casa.

Un coche aparcó delante de mi edificio justo a la hora que avisaron de que lo haría. El chófer salió y le abrió la puerta a Caitlyn. Creía que la niña estaría confusa, a tenor de las circunstancias, pero en su cara apareció una sonrisa deslumbrante nada más verme.

—Gracias —me dijo contra el abdomen mientras me abrazaba con fuerza.

No sabía qué decir. No quería decirle que estaba tan feliz que podría reventar, porque el único motivo de que estuviera a mi cuidado era que Valerie fue una madre nefasta. Me sentía un poco culpable a ese respecto. No estaba seguro de que Valerie se hubiera desmadrado tanto de no haberle dado el dinero que me pedía. Al mismo tiempo, tampoco tenía claro que una larga batalla legal no hubiera pasado factura.

En vez de replicar, le devolví el abrazo y la conduje al interior. Con su manita en mi mano izquierda y mi brazo derecho sobre los hombros de Natasha.

### ***Una semana después***

William estaba sentado en mi sofá con el desconcierto pintado en la cara. No dejaba de lanzar al aire un caro pisapapeles, que atrapaba antes de volverlo a lanzar. Natasha y Caitlyn estaban enfrascadas en un juego de cartas con reglas complicadísimas. Estaban de rodillas, delante de la mesa auxiliar, con caras de concentración y muy serias, ya que ambas estaban decididas a ganar a toda costa.

Eran más competitivas de lo que me habría imaginado y, por lo que había visto, habían congeniado a la primera. Al parecer, ayudaba el hecho de que las dos estuvieran obsesionadas con los juegos de mesa y de cartas.

—Que sepas —dijo William— que casi estoy celoso. De verdad. Debe de ser duro haber acabado con la parte emocionante de tu vida. Ya no tendrás que preocuparte de si estás bueno descamisado. Ya no tendrás que

preocuparte por la tía buenorra que te llevarás a casa al acabar la noche. Todos esos problemas... a la papelera. De golpe. Tiene que ser bonito.

—Pues sí, la verdad —repliqué.

Levantó las cejas.

—Yo no, hermano. Yo no. Prefiero disfrutar de tu familia disfuncional a ratos. La dosis basta para aburrirme por toda la eternidad.

—Ya te llegará el día —vaticiné—. El problema es que todavía no has conocido a la chica adecuada para ti.

—Tiene razón —convino Natasha, aunque parecía distraída y no levantó la vista de las cartas.

—¿Le has enseñado tú a hacer eso? Buen truco.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Recuerdas quién solía ganar cuando nos peleábamos? Pues como no te andes con ojo, te lo voy a recordar.

—Que sí, que sí. No te me alteres tanto. Solo intentaba decir que lo has hecho bien.

—En fin, pues gracias... creo.

—De nada... creo.

—Qué raros son los chicos —afirmó Caitlyn.

—Sobre todo, esos dos —dijo Natasha.

—¡Uf! —exclamó William—. Supongo que no la tienes tan bien adiestrada.

Natasha me miró con una sonrisilla traviesa que nadie más vio. Era una sonrisa que decía más que mil palabras. Decía que él tenía razón. Natasha nunca sería la esposa perfecta ni nada que pudiera resultar típico en ningún sentido. Era dada a los accidentes, impredecible hasta decir basta y una fierecilla indomable, y yo tenía claro que no iba a esperar mucho para pedirle matrimonio.

—Por eso la quiero —repliqué.

Nadie, salvo Natasha, se percató de la onda expansiva de esas palabras. Todavía no nos habíamos dicho que nos queríamos, de modo que no eran unas palabras que nos tomáramos a la ligera.

—Yo también te quiero —dijo ella, que por fin pareció desentenderse por completo de las cartas.

—Si vais a meteros mano, me largo —replicó William.

—Yo también —se sumó Caitlyn, pero la sonrisilla de su cara indicaba que

seguía gustándole tener padres, aunque fueran adoptivos, que sabían cómo demostrar una relación sana entre ellos.

—Pues ya os podéis ir con viento fresco.

Los dos se levantaron de un salto y salieron de la habitación, dejándome solo para poder tirar de Natasha y sentármela en el regazo, antes de tumbarnos en el sofá.

—Estaba a punto de ganar, que lo sepas —dijo ella, con una expresión cargada de deseo mientras me miraba a la cara.

Clavé la vista en el reloj que estaba tras ella y vi que eran las diez de la mañana.

—En fin —dije de repente, y la aparté a un lado con tiento, de modo que acabó sentada en el sofá mientras yo me ponía en pie—. Es la hora de mi banana antes del almuerzo. Así que... ¿lo dejamos para otro momento?

—Y un huevo que lo dejamos para otro momento —respondió ella con una sonrisa enorme al tiempo que me daba un tironcito para que volviera al sofá.

—Mmm —murmuré al tiempo que miraba su cuerpo y esos tentadores ojos—. Supongo que puedo posponer la banana.

—Yo no —replicó ella, que se inclinó hacia delante para atrapar el ganchito de la cremallera entre los dientes. En esa ocasión, tenía experiencia de sobra con mis pantalones para bajarla a la primera.

—Por esto te quiero.

—¿Es el único motivo? —me preguntó mientras me recorría los muslos con las manos.

—Joder, no —contesté, serio de repente. Quería lo que estaba a punto de darme, pero podía esperar. La insté a ponerse de pie, le tomé la cara entre las manos y la miré a los ojos—. Te quiero porque nunca te ha importado quién soy. Nunca te ha importado que tuviera dinero o que fuera el jefe. Siempre has sido tú misma, aunque ocultaras el motivo por el que querías trabajar en prácticas para mí. Eres la persona más auténtica que conozco, y eso quiere decir que te quiero a ti, no a una máscara que llevas para impresionarme.

Entrecerró los ojos y una sonrisilla apareció entre sus labios.

—¿Es una forma amable de decirme que hago unas mamadas de pena?

Me eché a reír.

—No. Es la forma amable de decirte que no solo te quiero porque eres la leche en la cama.

—Mmm. Me vale. —Se inclinó para besarme el cuello—. Y ya que

estamos sensibleros, debería decirte que siempre me ha gustado que me dejaras demostrar de lo que soy capaz. Todos los demás siempre me hacían la cruz porque era torpe o metía la pata, algo que, tengo que admitir, tampoco es tan raro. Pero tú siempre has visto más allá de eso.

—Y eres competente.

Volvió a ponerse de rodillas y me sonrió con la expresión más traviesa que le había visto pintada en la cara.

—¿Qué tal si recordamos viejos tiempos? Podríamos empezar por el principio...



Título original: *His Banana*

© 2018, Penelope Bloom

Primera edición en este formato: abril de 2019

© de la traducción: 2019, Ana Isabel Domínguez Palomo  
y María del Mar Rodríguez Barrena

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-177050-39-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.

